

168

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 17 - 23 julio 1955 - Direccion y Administraci6n: Zurbano, 55 - Il Epoca - N6mero 346

UN HOMBRE NUEVO EN UN PAIS MEJOR



**18 DE JULIO:
LA CONQUISTA
DE LA ALEGRIA**

**CON EL TRABAJO
DE TODOS, LA VIDA
TIENE OTRA CARA**



EUROPA, AÑO CERO DE LA LIBERACION

Una visi6n del momento actual europeo, de nuestro enviado especial M. Blanco Tobio desde Par6s (p6g. 48)

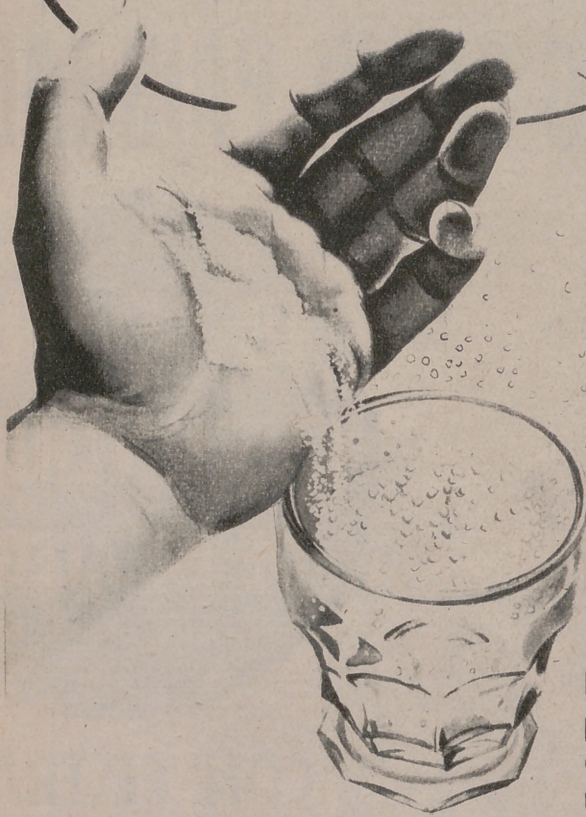
Carta del Director a don Manuel Peral de Cuevas (p6g. 7) * Extranjeros de todos los paises en la plaza del Castillo de Pamplona, de nuestro enviado especial J. M. Deleyto (p6g. 8) * Entrevista con Julio Camba (p6g. 13) * Los 6ltimos momentos de Voltaire, por F. Peir6, S. J. (p6g. 16) * El campesino espa1ol se motoriza (p6g. 19) * La paz sobre T6nez, por Luis A. de Vega (p6g. 23) * Segorbe, ciudad de tr6nsito, de nuestro enviado especial F. Costa Torro (p6g. 32) * El doble crimen de Montfort l'Amaury (p6g. 41) * Capitanes y reyes, por Edith Benham (p6g. 44) * Parque Sindical deportivo de Puerta de Hierro, por A. Barra (p6g. 53) * Festivales al aire y al sol de Espa1a, por M. Jes6s Echevarr6a (p6g. 57)

UN HOMBRE HA MATADO
Novela por P. Posada (p6g. 36)



¡Un buen refresco...

...Y UN REGULADOR DEL ORGANISMO



Buen refresco no es aquel que primero provoca una sensación de frío e inmediatamente una reacción contraria. Sólo es buena para la salud, y eficaz contra el calor, la bebida que fisiológicamente mitiga la sed y a la vez entona el organismo: "Sal de Fruta" ENO, en agua fría... Y si es con unas gotas de limón, mejor.



C.S. 14.100

La "Sal de Fruta" ENO es una bebida natural, efervescente y refrescante consagrada en el mundo entero desde hace 85 años. Estimula las funciones orgánicas, elimina los desechos y depura la sangre. Iguala las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura

"SAL DE FRUTA" ENO
MARCAS REGIST.

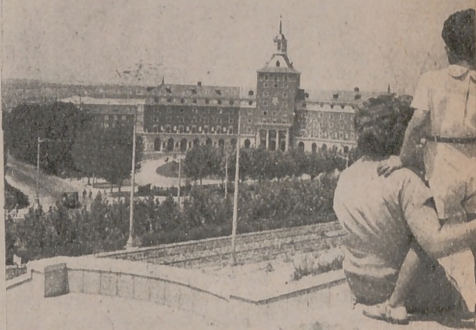
REFRESCA, ENTONA, PURIFICA

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

UN HOMBRE NUEVO EN UN PAIS MEJOR



18 DE JULIO: LA CONQUISTA DE LA ALEGRIA



EL 18 de julio las grandes ciudades españolas se despu-
blan. Hay como una querencia
cordial y felicísima hacia el cam-
po, un campo cuya conquista me-
tal y material, para bien de to-
dos, comenzó energicamente hace
ahora exactamente diecinueve
años bajo la mirada y el pulso
ordenador de Francisco Franco.

Quienquiera puede comprobar:
en un platillo, lo hecho; en otro,
el tiempo y los medios de que se
ha dispuesto para hacer lo he-
cho. Un honrado y veraz juicio
crítico habrá de añadir una gran
dosis de inteligencia y voluntad
al segundo platillo para llegar al
equilibrio, a la proporción.

Y vamos por parte.

VACACIONES RETRIBUI- DAS SON VACACIONES GANADAS

En las quedades silenciosas
de una sierra o en la fascinan-
te movilidad de una playa po-
drían puntualizarse muchos as-
pectos. En Somosierra o en Si-
erra Nevada. En Fuenterrabía o en
Torremolinos. En cualquier esta-
ción veraniega de España, por-
que en todas ellas, en las mejo-
res, hay residencias de verano
para trabajadores, que pasan de
cuarenta y tres.

El obrero o la obrera, y a ve-
ces el obrero y su familia—no
faltan residencias familiares—,
descansa, «veranea», se libera de
su sitio y ocupaciones habitua-
les.

Era difícilmente fácil este he-
cho social, ahora resuelto con
diez pesetas diarias en las resi-
dencias familiares de Educación
y Descanso.

Este descanso, al que se llama
«vacaciones retribuidas», nueva
conquista, con carácter general,
desde el 18 de Julio acá, lleva
por los caminos de España, en to-
das direcciones, millares de traba-
jadores, que ningún año bajan
en número de los 40.000. Sierras
y playas. Agua y pinos. Arena y
bosques. Aire, sol, ejercicios y de-
portes. En resumidas cuentas, ale-
gría y vigor.

UN BAROMETRO QUE BAJA: LA MORTALIDAD INFANTIL

—Estoy asombrado de vuestras
instituciones.

El director general del Seguro
Social chileno, don Alfredo Bo-
wen, hablaba así al contemplar
instalaciones del Seguro de En-
fermedad.

—Están ustedes en deuda con



CON EL TRABAJO DE TODOS, LA VIDA TIENE OTRA CARA

el mundo—añadió—por no divul-
gar lo que han hecho en este
aspecto social humanitario.

Un nuevo motivo de descanso,
de paz interna, de relativa con-
fianza de aquel trabajador que
pasó sus vacaciones retribuidas
en la sierra o en la playa. Y de

los que no fueron también. Por-
que los beneficios del Seguro al-
canzan o los que perciben suel-
dos o jornales hasta 18.000 pe-
setas, hechas las excepciones de
los funcionarios públicos y de
los que trabajan en Corporacio-
nes que tengan establecidos, con
éxito, servicios médicoquirúr-
gicos.

La madre encinta o lactante,
el niño, la esposa y el trabaja-
dor enfermos, el trabajador in-
válido y el viejo que sólo ansía
reposo en los postreros días de
su vida. He ahí el mundo que
cobija el Seguro de Enfermedad.
Cuantos, por económicamente
débiles, consideran una tragedia
el caer en cama o dejar de con-
currir al centro de trabajo.

Aunque no original, sí corres-
ponde al Movimiento una con-
cepción más amplia y eficaz del
Servicio de Maternidad: antes,
sólo las obreras activas; ahora,
también la esposa de cualquier
trabajador. Y para ello, clínicas
y deambulatorios por toda la
geografía de España. En resu-
men: ninguna mujer queda prác-
ticamente fuera. Y aquí radica
el punto de partida, el acierto
total del sistema, porque los
cálculos económicos, cuando no
la ignorancia—la Beneficencia
Municipal tiene límites muy con-
cretos—, eran los siniestros con-
sejeros en los momentos origina-
les del hombre.

Esta es la hoja de servicio:
asistencia durante el embarazo
que puede comenzar desde los
primeros meses; clínica, si los
síntomas o distancia la exigen o
permiten, en el momento del

A lo ancho de la dilatada
geografía hispánica, un nue-
vo 18 de Julio sorprende a
los españoles con nuevas
conquistas para el bienestar
de todos: el trabajo por la
alegría



parto, y un subsidio equivalente, si es trabajadora, al 60 por 100 de su sueldo o jornal, durante varias semanas.

Más concreto: disminución del índice de mortalidad tanto materno como infantil.

Cifras: casi cero de defunciones por fiebre puerperal. En algunos Centros se ha reducido a un 0.43 por 100 de los partos. Y, en caso de cesárea, eficaz procedimiento quirúrgico de salvación, la técnica operatoria ha disminuido la mortalidad desde un 4.4 a un 0.5 por 100.

Cada número menos en el índice de mortalidad infantil es una conquista, un triunfo de la política sanitaria del Movimiento. Obsérvanse, año por año, como si se tratase de una escala barométrica, Baja y baja. No ha dejado de bajar, hasta llegar hoy al 48.2 por 1.000. Cifra elocuente, que hay que aclarar: a principios de siglo era el 186 por 1.000, que en 1948 descendió al 64.

DE ENFERMOS, A HOMBRES ÚTILES PARA EL TRABAJO

Un gran instrumento al servicio del bien nacional ha sido la Sanidad. Un instrumento manejado con acierto y generosidad.

A los Centros de precaria economía, cuyas consignaciones, sólo suficientes para satisfacer los gastos del año anterior, apenas permitían remuneración para los médicos, ha relevado una red de Centros de Sanidad e Higiene, sanatorios, dispensarios y preventorios, bien servidos y dotados, que día por día, auscultan el estado de salud de España. Curan y previenen. Y se tiende, más a prevenir, que a curar. Reconocimientos vacunas y medicamentos.

Consecuencias: una mortalidad general del 9.2 por 100. El mismo nivel que los países más adelantados sanitariamente de Europa. Ya en 1949 se había logrado el primer éxito: el Boletín de la Organización Sanitaria de las Naciones Unidas decía: «En estos últimos años los países que más han aprovechado sus reformas sanitarias, disminuyendo caprichosamente su mortalidad en términos más acentuados, han sido, primero, Holanda, y luego, España.»

—Lo que más estimo de lo realizado hasta ahora—dijo el pasado año el Ministro de la Gobernación—es, quizá, lo que menos se valora por los profanos: la extinción de las epidemias que podrían llamarse tradicionales. Ni hay viruela ni tifus exantemático.

No hace más de cinco meses, en la IV Reunión de Sanitarios Españoles se concretó la idea de realizar, con carácter voluntario y guardando el secreto, exámenes periódicos sistemáticos de las personas, medio eficaz para el descubrimiento de algunas enfermedades, como la tuberculosis, cardiopatías, diabetes, nefritis y cáncer.

LAS ENFERMEDADES DE LA CIVILIZACIÓN

—Nosotros—dijo, a fines del pasado año, el director general de Sanidad—catalogaremos los pulmones de todos los españoles en dos épocas importantes de su

vida: en la edad escolar y al incorporarse a filas.

Y así ocurrió: En la primavera pasada, de 102.836 reclutas, fueron descubiertos 979 claramente inútiles, y 1.825 sospechosos. ¿Para qué valorar esto? Supuso al Ejército, en aquel primer año, el ahorro de la mitad del dinero que costaron los aparatos fotoseriadores, aparte de facilitar la curación e impedir el contagio. Hoy, la tuberculosis se bate en retirada deja libres camas de las 26.000 que el Estado había preparado. No se construirá un sanatorio más. Y parte de los existentes coordinarán sus servicios con especialidades del corazón.

En cambio, la lepra aumenta el número de pacientes, pero hace menos estragos en las vidas. Una contradicción. Y no lo es. ¿Por qué? Porque no crece por recrudescimiento de la endemia sino que la bien ordenada actividad de los equipos móviles descubren casos antes ignorados. Consecuencias: ha tenido que cerrarse, antes de su inauguración, la leprosería de Toén, en Orense. Y el 3.1, que era el porcentaje de mortalidad en 1949, ha descendido al 0.6 en 1953.

Nosotros, como el resto del mundo, estamos pagando a la muerte el tributo de la civilización: poliomielitis, úlcera gastroduodenal, caries dentaria, alergias y neurosis de angustia. Contra esta última nació el pasado año el Frente Psiquiátrico Nacional.

MEDIO MILLON DE NUEVAS VIVIENDAS

Pero, ¿de qué sirve una movilización sanitaria sin una vivienda sana, sin una alimentación sana y sin vida sana? A ello se ha ido también.

Días hace que fué aprobado el Reglamento para la construcción en cinco años de 550.000 viviendas. Ur Consejo Nacional de la Vivienda está en guardia. Problema ni único en el mundo ni nuevo en España. En Italia, según informes de una Comisión parlamentaria, 232.000 familias—el 2 por 100 de la población—viven en bodegas, buhardillas y almacenes, y 92.000—el 0.8 por 100—en barracas y cuevas. Y en Madrid, concretamente, hubo en 1934 sin hogar adecuado más de 41.000 familias.

El Estado español ha lanzado al Instituto Nacional de la Vivienda, a la Dirección General de Regiones Devastadas, a la Obra Sindical del Hogar y Arquitectura, a la Comisaría del Poro, a organismos oficiales y Empresas con más de 50 obreros. Unos han repuesto muros mutilados por la guerra; otros, han visto erguirse barrios y colonias sobre terrenos horadados por hediondas cuevas; y otros, han hecho reír, al claro sol de campos fecundados por agua recién alumbrada, nuevos pueblos para la geografía política y económica de España. Más de 238 pueblos—de ellos, 18 completamente nuevos—llevan el cuño de Regiones Devastadas. Más de 30 pueblos nuevos, y otros tantos en construcción, han brotado—no hay mucha exageración en el término—por obra y gracia

del Instituto Nacional de Colonización.

En total: más de medio millón de viviendas, ya en uso. Viviendas alegres, sanas. Con cuarto de aseo, poco frecuente en los medios rurales y en los periféricos de las ciudades. Cuatro, tres, dos habitaciones, con comedor, según el número familiar. Un sistema ponderado, intermedio entre las posibilidades económicas y la función higiénico-social. «Donde entra el sol no entra el médico», proclama el dicho popular.

CHOCOLATINAS CON VITAMINAS Y GALLETAS CON CALCIO

—La superabundancia de algunas mesas tiende a desaparecer.

El doctor Marañón, que así escribe ve, al mismo tiempo, la liquidación del otro extremo, el negativo, el de las mesas casi vacías. Ni lo uno ni lo otro son virtudes sociales, y, mucho menos, higiénicas.

—En la corrección de ambos errores se debe, en buena parte, el alargamiento de la vida media del hombre actual.

En verdad que el hombre de nuestro tiempo, el hombre que quiere seguir nuestro tiempo, va perdiendo el instinto alimenticio. Cada vez se aleja más de las condiciones naturales primitivas. Productos, artificiales, conservas, salazones, alimentos ahumados, fermentados, esterilizados, concentrados, y todas las manipulaciones que exige el sibaritismo. En resumen: que se come, pero a veces, no pocas, sin equilibrio alimenticio, que con frecuencia lleva a la hipovitaminosis.

Y surge el contraste: la dieta es un arma de mucho uso en la reducción de las variadas enfermedades.

Pero entre la dieta y la escasez involuntaria de principios inmediatos de alimentación hay distancia.

Una distancia que la ciencia moderna —y detrás, los Estados celosos— tratan de corregir. Así ocurrió después de nuestra guerra: la Sección de Nutrición del Instituto de Investigaciones Médicas, en colaboración con la Dirección General de Sanidad realizó los siguientes estudios: Sobre el estado nutritivo de la población madrileña; sobre los estados de desnutrición; sobre algunos síntomas particulares observados en la población de un suburbio madrileño; sobre el latirismo; alimentación y desarrollo infantil y composición cuantitativa de algunos alimentos españoles.

Reacción del Estado español: ley de Bases de 1944, que dió lugar a la creación, en 1946 del Patronato de Higiene de la Alimentación, así como la construcción de un Instituto de Higiene de la Alimentación y de la Nutrición.

A Madrid Barcelona, Valencia Sevilla y todo el Levante español fueron llegando millares y millares de chocolatinas vitaminadas, Vitaminas A y D.

Guerra al raquitismo en colaboración con el sol. Y para el sol, para tener sol, parques y jardines infantiles preventorios, albergues y residencias escolares

En las costas del Norte, del Sur y del Este. En las sierras del Centro, del Norte y del Mediodía. En todas partes, colonias escolares de verano. En 1945, en el 46, en el 47, en el 48 y en el 49 continuaron circulando chocolatinas por Dispensarios de Puericultura y Jefaturas Provinciales de Sanidad. Y un sólo instrumento de control: la báscula.

UN MAPA ALIMENTICIO DE ESPAÑA

Hay un aspecto social de la nutrición, y no precisamente el sobado resentimiento que origina el hambre. Puede venir de lo contrario, del alimento. Las relaciones de las dietas y del régimen alimenticio con la criminalidad.

—Y ¿cómo?

—Una exploración ordenada y sistemática —contesta el doctor Royo Villanova— de la glotonería o de la parquedad, de los gustos y disgustos, de las inclinaciones, aversiones y perversiones, de las preferencias y antipatías hacia la comida puede llevar a valiosos descubrimientos sobre la personalidad, el carácter, el temperamento, la disposición, la inclinación, el comportamiento de los que viven al margen de la ley.

La revelación es impresionante. Pero hay más:

—Podría ser que diversos hechos criminales sean consecuencia de necesidades y demandas alimenticias no logradas o no satisfechas debidamente.

—Entonces, ¿el remedio?

—Ir a una selección de regímenes apropiados y especiales, según los casos.

—¿Podrían entonces prevenirse las tendencias criminosas partiendo del régimen alimenticio?

—Quizá. Sería conveniente la institución de una economía criminológica y penitenciaria de la nutrición.

Existe ya en la Ciudad Universitaria de Madrid, pero con fines distintos a los citados anteriormente, una institución por y para el alimento: la Escuela de Bromatología, de reciente creación. Su objeto es claro: crear directores de industrias alimenticias y también directores de cantinas y comedores colectivos. Tiene rango universitario.

¿Y qué se hace? Un «mapa» alimenticio de España. La base para una política racional de abastecimiento. Ni todas las regiones tienen las mismas características ni tampoco hay igualdad en todas las agrupaciones humanas. A cada uno, lo suyo. Y respecto a la tradición: pote gallego, 559 calorías; cocido castellano, 876; cocido andaluz, 737; cocido catalán, 592; gazpacho andaluz, 159; sopa de ajo, 261; migas de los pastores, 658; arroz con judías y nabos, 1.175; paella valenciana, 1.038; gazpacho manchego, 1.230.

Es una base. Pero hay que saber qué entra en cada plato regional.

63 800 MILLONES DE PESETAS DE RENTA INDUSTRIAL

Todo es cuestión de renta real y para ello, para su crecimiento.



Nuevos sistemas en el trabajo, nuevas formas de diversión en esta conquista de la que participan todos los españoles día a día por una Patria mejor

que es el aumento del bienestar, no hay más que un camino: producción. Producir y producir. El mundo, la población humana está a estos efectos mal distribuido. Es una frase hecha. Pero su contenido también es un hecho. De los 2 570 millones de habitantes que había en 1953 —son datos de la O. N. U.—, más de 1.600 millones no disfrutaban de una renta inferior a 4 000 pesetas. Ha nacido, en consecuencia, el término económico internacional de «excedentes». Excedentes agrícolas de un país. Y dos bandos: naciones «adelantadas» y naciones «retrasadas».

España hubo de comenzar su recuperación, su rehabilitación y fortalecimiento sin reservas de oro. Esfuerzo y sacrificio, mientras el precioso metal —pesetas 5.199.756.026 fueron extraídas del Banco de España— circulaba por los mercados del mundo.

Pero había que producir. Y con el siguiente cuadro de ejecución: el campo, todavía sumiso a los caprichos del tiempo. Ni embalajes para riego ni cantaciones de

río o alumbramientos de agua. Y la industria, con unas deficientes muelas de electricidad, maquinaria y carbón, aparte de otras materias. Sin embargo...

El «sin embargo» es éste: Según el «Boletín Nacional del Instituto Nacional de Estadística» se han obtenido en 1954 los índices de producción: energía eléctrica, carbón (hulla), 159; sales potásicas, 157; cinc, 302; estaño, 353; aluminio, 381; acero, 108; cemento, 181; ácido sulfúrico, 168; superfosfato de cal, 124; abonos nitrogenados, 648; celulosa, papel, 348; rayón, 331; petróleo crudo destilado, 1 107; neumáticos, 332.

E industrias nuevas: de camiones, de coches, aviones, de aprovechamientos de residuos plásticos, resinas y fibras sintéticas, antibióticos, productos químicos.

Y esta es la renta nacional industrial: en 1951, 53 398 millones de pesetas; en 1952, más de 60 100 millones, y en 1953, cerca de 63 800 millones.

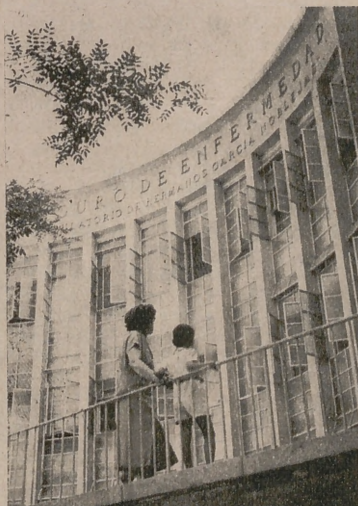
A todos los españoles afecta, aunque no lo palpemos, ese aumento de la renta industrial.

No son pocos los productos fundamentales que están próximos a satisfacer las necesidades de la nación: carbón, siderurgia, aluminio, cinc, cemento Portland, medio de transporte y abonos nitrogenados.

Y actúa, trabaja ya, en nuestra Ciudad Atómica, un equipo de jóvenes investigadores de energía nuclear con fines de paz. Para la salud del hombre y para el campo.

EL AGUA Y EL ÁRBOL, NUESTROS AMIGOS

La agricultura, sin embargo sigue siendo el soporte de la mayor parte de la población española. Y no ha cesado todavía como factor predominante en los índices de la renta nacional. Cada capricho de la naturaleza, con efectos en el campo, tiene reflejo, produce movimiento en los índices. Agrícola e industrial. España puede, será en breve, las dos cosas.



En el campo de lo social las mejoras alcanzadas son fruto de un esfuerzo continuado en la batalla por la alegría española

En el campo español bulle una honda transformación. Transformación económica y social, bajo el imperio de la máquina y la técnica. Con un triple frente: riegos, árboles y defensa del suelo. Sin alharacas, sin gestos de violencias. Poco a poco, quienes la traían van pasando a propietarios. Y la puerta sigue abierta.

Colonización, concentración parcelaria, repoblación forestal, defensa del suelo vegetal, regeneración de pastizales, fomento de la cabaña, selección de semillas, capacitación de los trabajadores y ayuda económica para mejora de las explotaciones. Un índice, que bien merece glosa.

Tieras sedientas, grandes extensiones del agro pertenecientes a pocos propietarios, han caído, fraccionadas, bajo el agua fecundante, para reaparecer verdes y lozanas en manos de múltiples propietarios. Proprietarios que antes eran braceros. Y en medio de ellas, pueblos que todavía huelen a cemento y cal recientes, pueblos nuevos con la esperanza satisfechas. Nuevos propietarios y nuevas tierras productivas. Alegría y fruto.

Más de 512 378 hectáreas, habían sido declaradas de interés nacional por estas fechas del año pasado. De ellas, el Instituto Nacional de Colonización tenía planes de colonización para 345.025. De 97.014 planes coordinados con Obras Públicas. Su actuación alcanza a 100.000. El cálculo de este año es el asentamiento de 2.500 colonos con sus familias, a más de 1.500 familias de artesanos y obreros. Está previsto un aumento en el ritmo, hasta lograr en cinco años las 250.000 hectáreas que permitirán el asentamiento de 30.000 familias de colonos y obreros fijos sin contar con otras más, en número de varios millares que se completarán con patrimonios familiares y unidades mínimas de explotación, resultado de la labor de concentración parcelaria ya en marcha.

Mientras tanto, la línea del horizonte va cambiando. Masas forestales nuevas, la tñen de verde. Árboles, millones de árboles, cubren, gracias a la repoblación forestal, los páramos, las tierras desnudas y agrietadas por el sol. Un 15 por 100 del territorio nacional es roca pelada. Y la mitad es monte. El árbol, por tanto, tiene todavía mucho que hacer. Se han repoblado 439 509 hectáreas, pero quedan cinco millones que para otra cosa no pueden servir.

El árbol es nuestro amigo. Lo sabemos, pero no lo tenemos en cuenta. Defiende el suelo, proporciona humedad, atempera los rigores del clima preservando incluso de las heladas, ayuda a garantizar la continuidad de los manantiales. Y madera, resina, corcho, leña, etc. Es algo de interés nacional. Así lo ha entendido el Ministerio de Agricultura, que en el curso de 1953 logró una cifra de 100.000 hectáreas de repoblación, ante los ojos atónitos del mundo.

Hay que resumir, uniendo agricultura e industria. La renta nominal, que en 1935 era de 24.756 millones de pesetas corrientes, ha

subido en 1953 a 268.720 millones. Estas mismas cifras en renta real son: 25.289 millones de pesetas en 1935 y 34.113 millones en 1953.

COCHES, MOTOS, BICICLETAS Y TELEFONOS.— VELOCIDAD

Y se nota. En el hogar y en la calle. En la ciudad y el campo. En la persona. Desde el aparato de radio, que no falta en la familia más modesta, hasta las máquinas de uso doméstico, que van ganando plazas con rapidez. En el modo de vestir, del que no está ausente el abrigo de moda o la gabardina. En los viajes del campo a la ciudad en invierno, y de la ciudad al campo o al mar en verano. En los espectáculos y deportes.

—¡Pero si no hay entradas!
Es una frase única. Lo mismo vale para el cine que para el teatro, para los toros o el fútbol. Diversión o pasión. En todo caso, entretenimiento.

Y son ya 8.000 los locales de espectáculo existentes en España: 4.400 cines, 60 teatros, 3.000 salones de baile y 15 circos. Pero es más significativa la línea ascendente de crecimiento: 1.350 cines comerciales en 1925, 2.900 en 1935 y 4.400 en 1955.

No hay duda; la gente puede distraerse con cargo a su economía. Y no justifica el aumento de población la creciente propagación de las butacas de cine o salas de baile. Puede y quiere. Posibilidad económica y humor. Buen síntoma.

Va y viene. Y cada vez en mayor número de vehículos. Si en Madrid había en 1939 alrededor de 61.000 coches, hoy pasa la matrícula de los 123.000. Y 30.000 personas claman en España por un coche. Y coches se fabrican ya en España: un total de 12.000 en el presente año, a los que habrá que sumar los de importación.

Pero el año 1955 es de las motocicletas, no importa color y tamaño. Un vehículo motorizado, del que este año se fabricarán en España 55.000. No es lujo sino necesidad. Necesidad por lo visto, de fácil cumplimiento. De la casa al lugar de trabajo, del lugar de trabajo a casa o sitio de esparcimiento... Al cine, al teatro, al fútbol, a los toros... Allá va el motorista propietario, enanado, con las piernas en ángulo, los brazos en conexión con los extremos de los manillares y el cuerpo dando brinquito. Un elemento inquieto del paisaje urbano. Y también de las carreteras.

Va cediendo terreno, deja paso, la bicicleta. Sobre todo en las ciudades. En el campo gana dominio. Trabajadores del campo, concretamente de Andalucía, las tienen en servicios para sus traslados a los lejanos cortijos. A la típica estampa del gañán montado en mulas que iba cantando fandangos y soleares por los caminos del Sur ha sucedido el rápido paso del trabajador agrícola, silencioso y expectante que regresa de la población.

No ha bajado la producción de bicicletas. ¡Y qué buenas! Todavía usan los carteros de Casa-

blanca las mismas bicicletas españolas que se compraron en 1927. Hoy pasa de 300.000 la producción.

Está claro: el español de nuestros días marcha al ritmo del tiempo: velocidad. Motor o teléfono. Del motor ya sabemos algo. ¿Y del teléfono?

Van cifras: más de 1.000.000 de teléfonos tenía España a fines del primer cuatrimestre de 1955. Una cifra que sólo admite comparación de once países del mundo. Unos 80.000 entraron en servicio el pasado año. Pero no basta. A fines de 1953 había 205.000 peticiones, y en los últimos días de 1954, a pesar de los 80.000 instalados, llegaba el número de peticiones a 211.000.

Correr y hablar. Expansión. CERRO LA «CASA DE LA TROYA»

Hoy día el deporte ha creado un estado permanente de ánimo, de tensión y disputa. Liega, se cuele por todas partes. En activo y en pasivo. Su impulso es una de las grandes realizaciones del Movimiento Nacional. En colegios, Universidades, centros de trabajos masculinos o femeninos, aldeas, pueblos y ciudades. En todas partes. El fútbol, ciclismo, baloncesto, natación, alpinismo, hackey sobre hierba y patines... Y el último, al que llaman pelota base (beisbol).

¿Qué sucede? Que hay campos de fútbol, donde no hace mucho apenas concocían su esencia y existencia. Que se multiplican las piscinas, y no sólo por el puro y escueto goce del agua. Que ruedan por las calles bien asfaltadas los patinantes. Que se pueblan las cumbres de las sierras.

Cerró la «Casa de la Troya», y quedó abierta la naturaleza. Se han cambiado el billar y los naipes por aire y sol. Una gran conquista en el mundo universitario.

Campeonatos nacionales e internacionales entre estudiantes de Universidad. Campeonatos Nacionales Escolares. Campeonatos nacionales entre trabajadores. Y dos organismos conductores: Frente de Juventudes y Educación Descanso. He aquí el esquema de la gran movilización deportiva de España fuera de los Clubs profesionales o federados.

De septiembre a junio se mueven y dan vueltas los equipos. En las Ciudades Universitarias y en los campos deportivos de Aneeta, Palencia, Valladolid, León, Granada, Santander, Bilbao, Almería, Las Palmas, Badajoz. Más de 1.040 son los Campeonatos que organiza el Frente de Juventudes, con intervención de 14.123 equipos y 104.464 participantes. Más de 325 Colegios de Segunda Enseñanza, con 26.670 estudiantes, toman parte en los Campeonatos Escolares.

Y lo que es más: campos de deportes y Campeonatos para el mundo laboral.

Al final, hemos dado vigencia al aforismo clásico: mente sana en cuerpo sano. El español es un hombre nuevo en un país mejor.

(Fotografías de Cortina.)

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON MANUEL PÉRAL DE CUEVAS

O señor don José Gallego, o don Manuel Lorenzo, o don Manuel de Fata, o don Joaquín Aguilera, o don Carlos Godoy, o don Felipe Pérez..., los siete difuntos y los siete que fueron vecinos de este pueblo andaluz de hidalgos medio extinguidos, de campesinos, de emigrantes. A los siete quiero invocar en la víspera del 18 de Julio, como representación de todos los muertos que he conocido durante mi vida, mientras vivían, y cuya existencia ha reflejado la Historia política de la Patria desde mi niñez. Sólo en las villas y en las aldeas, en los burgos pequeños, el hombre no se confunde en el gentío, no se camufla dentro de la masa amorfa y electoral, donde las supercherías ideológicas y los oportunismos sociales se agitan como las moscas en los estercoleros. La urbe enorme es un enigma, aunque se militaricen, cual en la Roma antigua, los comicios; en tanto que en un pueblo o en una módica ciudad a la escala del ser humano, cuya mitad son virtudes y la otra mitad son debilidades y fantasías, pueden compulsarse las reacciones públicas, los precipitados emotivos del alma a la manera de si viéramos un tubo de ensayo, sin mixtificación, sin prestidigitación, siguiendo la trayectoria de cada cual, que a su vez se acomoda y se adapta a la moda o al mandato del tiempo. Únicamente la iglesia parroquial permanece inmutable y en su contorno la tierra inerte y deseada de los campos, la naturaleza agraria, que, siendo insuficiente, origina el casi permanente prurito de las reformas agrarias. Porque la iglesia no podría repartirse, como un bancale, y era el testigo sin sobornar, perenne y ahistórico, de las veleidades, vaivenes y ambiciones de las personas; cuando los pueblos se salieron de madre (que es la Santa Madre Iglesia) pretendieron aniquilar sus templos o convertirlos en garajes, rebajándolos al efímero progresismo de la época hasta que el espíritu del 18 de Julio fue amparándolos, defendiéndolos y restaurándolos. La iglesia, gracias a la Cruzada de Francisco Franco, el Caudillo del 18 de Julio, ha vuelto a contemplar a ustedes, don Manuel Peral de Cuevas, don José Gallego, don Manuel Lorenzo, don Manuel de Fata, don Carlos Godoy, don Felipe Pérez, vivos o muertos.

En nuestra España y en esta villa de la Andalucía penibética, gozne geológico del país desde Galicia hasta Almería, yo logré vislumbrar, hace más de cuarenta y cinco años, un ejemplar de la nación de Sagasta y Romero Robledo. Era usted, don Manuel Peral, tío abuelo mío, del que sólo recuerdo un coche de caballos, un bisbeo de sus ocho hijas delante de su lecho de valetudinario y la fama de haber sido el amo generoso de todos y todas. Los esrañoles éramos pintorescos al modo del romanticismo francés y desde Despeñaperros para abajo el Estado era sustituido por los caciques, que no eran señores de horca y cuchillo, sino a ratos caprichosos y a ratos pródigos, una especie egregia de la versión popular del anticacique, o sea de los bandidos andaluces. En mi infancia había puñaladas y trabucazos con revólveres de calibre gigante y había cierta impunidad para estos deslices promovidos por la majeza o la pasión amorosa. De cuando en cuando emigraban a Cuba y al Brasil, como antes se habían ido a Argelia, porque aún no marchaban a Cataluña. La España que trató de civilizar Canalejas tuvo su repercusión en las fiestas del árbol y en la jefatura de usted, don José Gallego. Eran los mismos perros con distintos collares, eran los mismos pueblerinos, pero ya usted nos contaba que su jefe en Madrid, don Luis Silveira, era un personaje liberal y culto, que tampoco hacía asco a las damas en el reparto horario de su jornada. Pusieron ustedes una fuente de mármol en la plaza, cuyo color y cuyo simbolismo se parecía un poco a la corbata blan-

ca de don Melquiades Alvarez. Sin embargo, era la vieja política, según el vocabulario de Ortega y Gasset en el discurso del teatro de la Comedia, porque usted alternaba el mangoneo, nombrando y quitando Alcaldes, con su cuñado, que era conservador, de los de Dato, aquel sociólogo al servicio de las intrigas de la Corte, pero que tenía que sucumbir bajo unas balas motorizadas. Comenzaba el signo tremendo de la moto, que aun no había llegado al pueblo, pues entonces aun rodaba su coche de caballos, atravesando las calles hacia la estación y el vecindario le saludaba, ya que era usted un caballero afable y cariñoso, un señor cristiano afiliado a los liberales, que no eran liberales.

Sin embargo, como escribí antes, era la vieja política y tuvo que venir don Miguel Primo de Rivera y sus delegados gubernativos para elegirles, don Manuel Lorenzo, don Manuel de Fata, don Felipe Pérez, como Alcaldes de la Dictadura. Descubrí en aquel momento que la Dictadura era un proemio, pero que no era la Revolución Nacional, en la buena fe, en la inexperiencia y en la timidez de sus correligionarios. Don Miguel era don Miguel y en algunas ciudades se vendieron las láminas de la Hacienda Municipal para comenzar un urbanismo incipiente. Una industrialización en mantillas y unas obras públicas en la coyuntura feliz del Conde de Guadalhorce caracterizaron la España de la pacificación a la fuerza de Marruecos y de las Exposiciones internacionales. El trigo ya no se vendía a diez pesetas la fanega, sino a seis duros; pero habían arrumbado la fuente de mármol de la plaza. Al margen, don Joaquín Aguilera era un devoto de la Unión Patriótica y, don Carlos Godoy usted que procedía de la única familia carlista del lugar, imponiéndole hasta su nombre de bautismo, se había convertido en contra en Barcelona. No obstante, don Carlos y don Joaquín eran también dos caballeros cristianos; pero echaron a don Miguel y durante la Dictadura blanda de Berenguer nadie supo a qué carta quedarse. Advino la República y de repente los somatenistas de anteaayer se despertaron radical-socialistas y radicales, puesto que principiaba un período confuso de apetencias y sálvese quien pueda. Se desempedró el pueblo y acabóse con el asesinato de usted, don Felipe Pérez, con la profanación de la iglesia. Habían transcurrido seis lustros desde que apenas le entreví muriente a mi tío abuelo, señor don Manuel Peral de Cuevas, y me parecía más de un siglo en el que el pueblo y sus habitantes se habían sometido a diversas etiquetas, a todas las experiencias. Desde el feudalismo templado por la doctrina cristiana, hasta el comunismo de siervos de Moscú que editaba periódicos con caracteres cirílicos en Jaén.

Faltaba el carisma del 18 de Julio, que permite vivir, morir y resucitar en un soplo como en un sueño, porque cada uno no siente la pesadumbre de la cosa pública y se pertenece a sí propio, que es cuando las horas, los días y los años transitan veloces. El pueblo es el mismo de mi niñez con su iglesia, su vega en el valle entre el par de Sierras; pero lo encuentro tranquilizado. El 18 de Julio le trajo la pureza de las aguas y la potencia de la luz, el 18 de Julio cobijó su seguridad y aumentó su arboleda mediante un vivero, el 18 de Julio le ha construido un mercado de abastos, una casa para el Ayuntamiento y un almacén para el trigo, el 18 de Julio le va a construir un grupo escolar y unos cauces para que se multiplique el regadío, vías empedradas, viviendas y hogares para la juventud. Hasta la fuente de mármol blanco va a reaparecer en la plaza; porque el 18 de Julio, que es una fecha histórica que ha parado los relojes, no le teme a la Revolución cuando es constructiva, ni desprecia a la tradición cuando levantó, aunque en la modestia pueblerina, una obra de arte.

Pamplona canta: "Y el que no corra los toros..."



ESGO Y AUDACIA DE LOS CORREDORES TAURINOS EN LOS SANFERMINES

**PARA LOS PAMPLONICAS
EL ENCIERRO ES UNA
COSA MUY SERIA**

**DEL PORTAL DE LA RO-
CHAPEA A LA PLAZA
SOLO MEDIA EL VALOR**

**EXTRANJEROS DE TODOS LOS PAISES
EN LA PLAZA DEL CASTILLO**

A las siete de la mañana del día 7 de julio—San Fermin—se ha oído por todo el ámbito de Pamplona el estampido de un chupinazo. Es el primer cohete que anuncia la salida de los toros. Los mozos, dispuestos para el recorrido clásico, tienen suspensa la garganta, el corazón y los músculos del cuerpo. Un intenso ramalazo de emoción inunda la ciudad entera. Al minuto, el estampido segundo del segundo chupi-



nazo espere la noticia de que los toros están ya en la calle. Se ha abierto la puerta del Portal de la Rochapea. Y juntos los seis toros de la andaluza ganadería de Bohórquez han empezado a subir por Santo Domingo. Luego, en la bajada, uno de los seis se ha ido quedando atrás. Por Estafeta ya pasó solo, y a la plaza llegó el último.

El primer encierro estaba hecho. Once minutos estuvieron los bohórquez en la calle, dando cornadas unos, corriendo otros, pero llevando siempre en medio, delante y detrás a los mozos de Pamplona.

Luego, los cuatro días siguientes, la misma estampa: los domecq, los pablorromeros, los guardiola y los cobeleda por el mismo recorrido. Y la misma emoción, aunque distinta. Porque cada día el encierro ha tenido su sabor particular. Si los bohórquez corrieron separados, los pablorromeros lo hicieron juntos; y si los domecq fueron los que con menos mozos se encontraron a la entrada de la plaza, los guardiola tuvieron que saltar por encima de la gente.

Pero todos los días—los cinco días que dura San Fermín—, Navarra, España y el mundo entero han presenciado los encierros. Pamplona, así, ha venido a ser la síntesis y la demostración viva de esta España eterna, de esta España que conserva su tradición, sus costumbres, aferrada al tiempo de las fiestas, a la par que avanza en lo material, que trabaja y que fructifica. Por las calles luminosas y encendidas de alegría de Pamplona ha soplado un aire grandioso de ilusión, de gran fiesta del tiempo. Encima de las cabezas de los corredores de los encierros, de los muchachos que han bailado el riau-riau, de los jóvenes que han formado en una peña o de los viejos que han visto pasar desde el abierto portal de su casa las astas afiladas de los seis, se ha sentido una absoluta tranquilidad material. Sobre la eternidad de San Fermín, este aire de auténtica paz incrustada en lo inamovible ha sido lo más hermoso.

CORRER DELANTE DE LOS TOROS TIENE SU TÉCNICA

Todo mozo pamplonico ha corrido delante de los toros en San Fermín. Correr delante de los toros no es el reconocimiento a la mocedad—porque para correr hay que ser mozo—, sino una especie de certificado de hombría. Casi, en la comparación familiar, como el puro que enciende el padre al hijo después de la comida cuando éste se va a cumplir el servicio militar.

Para correr delante de los toros puede muy bien estipularse el lema cinematográfico: «Todos los hermanos eran valientes». En efecto, en San Fermín todos los que corren son unos valientes unos valientes conscientes de su hazaña, que lo hacen por afición, porque les gusta correr el riesgo, porque hay emoción auténtica, emoción honda y profunda en el lance.

Se empieza a correr cuando se es mozo. A los crios no se les deja. El encierro es una cosa muy



Extranjeros de todas las nacionalidades en San Fermín: He aquí un matrimonio nórdico en la plaza del Castillo, y una pareja francesa bien divertida



El encierro de los domecq del día 8 de julio, al llegar a la plaza de toros

sería como para hacer inconsecuencias. Correr delante de los toros tiene su técnica, su arte y su conocimiento especial.

Cuando está cercana la hora, los mozos se hallan dispuestos en aquellas partes del recorrido que a cada uno le gusta más o que cada uno acostumbra a hacer. Al sonar el segunda chupinazo comienzan, sobre todo los de delante, a correr despacio. Son momentos intensísimos, sólo explicables para el que los haya vivido. Pasa un minuto, dos, tres... Se sabe que en seguida llegará la manada. Empieza a oírse el ruido de los cerceros de los mansos. Y de repente, allí está la manada. Hay entonces que correr mirando a los toros, viendo por dónde avanzan y echándose a la izquierda o a la derecha, según venga el grupo. Se corren unas decenas de metros hasta que la manada rebasa al corredor. Porque los toros corren más que los mozos. Y, por tanto, les adelantan. El peligro es mayor si un

toro se retrasa. Porque el animal, sólo, sin el arropamiento de los mansos, reparte entonces más cornadas.

Podría citarse a todos los mozos de Pamplona como magníficos corredores en los encierros. Ahí están, por ejemplo, los Paco Gómez Acebo, José Felipe Arrarte, Damián Casanueva, José Junquera, José Manuel y Alejandro Fernández, Enrique Ansaldo, José Javier Martín Azagra, Javier Irujo, Alfredo Goizueta, Emilio Huarte Mendicoa, Miguel y Javier Sagüés, Ignacio Galobart, Antonio Aranzadi... Pero hay algunos, sin embargo, cuya fama ha traspasado los límites de las calles.

Así, por ejemplo, Unzu, uno de los dieciocho hijos de la familia, que con sus veinticuatro años conserva toda la tradición de los encierros navarros. Su modo de correr, sorteando las astas, mirando hacia atrás, sin dar codazos—esto de dar codazos es patrimonio exclusivo de los fo-



Los toros en la calle: He aquí varias escenas de los emocionantes encierros de San Fermín, en este año

cieron su aparición en la esquina, allí estaba Gofí Baroga enseñando con su maestría a los alocados o a los novatos.

Gofí Baroga tiene un hermano más pequeño, corredor que apunta la misma clase y estilo. El hermano pequeño quería estrenarse en un encierro. Ya eran suyos los dieciséis años—de esto hace siete—y decidió que de aquel no pasaba. Su hermano mayor le había dicho:

—Que no te vea yo correr delante de los toros.

El sabía que en cualquier lugar que no fuese desde el hospital hasta el Ayuntamiento estaría libre. Y a otro lado, no a aquellos, se fué.

Ya había sonado el segundo chupinazo cuando una mano potente le agarró por la camisa. Un par de bofetadas, además, de las buenas.

—A casa.

Era el hermano mayor.

Pero a Gofí Baroga mayor le remordió la conciencia. Al día siguiente despertó a su hermanillo a las seis de la mañana.

—Vístete, que vamos al encierro.

En la misma Cuesta de Santo Domingo—el lugar, según la tradición, más difícil, ya que los toros cuesta arriba corren más, le dijo.

—Aquí vas a correr hoy.

Gofí Baroga pequeño, la verdad, tenía un miedo que no se tenía. Pero corrió; y corrió bien y con suerte.

Su hermano, cuando pasaron los toros, le dió un tremendo abrazo. Gofí pequeño entonces lloraba de emoción.

SESENTA AÑOS EN LA ESQUINA DE UNA CALLE

Serenidad, agilidad y sangre fría son las condiciones de un buen corredor. Y todo pamploñico, por ende, las posee. Y por ende también las conserva.

Porque no son solamente los mozos los que corren a lo largo del trayecto. Son hombres casados—Pepe Marco, un ejemplo entre miles—y hombres maduros los que, si no pueden ya correr, ven por lo menos pasar a pie firme los astados. Así, Julio García Mina más de sesenta años en su vida, contempla desde una esquina, de la calle Estafeta el correr de las ganaderías. Y aguanta sin moverse el próximo bufido o la cornada cercana de cualquiera de las reses.

—Si me quitasen esto es entonces de verdad cuando me moriría.

Entre cante y cante, entre encierro y encierro, entre baile y baile, pasa San Fermín. Parejas o tríos o dobles parejas, abrazadas van en baile. Javier Guibert, José Ignacio Elorz o Alfonso Bacelga pueden ser los tres de la unión en el ritmo de la dulzaina, del txistu y del tamboril. Y siempre la brava sangre navarra por encima de todo, con reciedumbre, con añosidad de siglos, con nobleza sentida y demostrada a lo largo de las jornadas.

Brava es la sangre navarra. Para demostrarlo, por ejemplo, ahí está el caso de Santiago Arco, otro corredor de los de fama. Los bohórquez—han sido los más peligrosos de este San Fer-

min—le dieron un puntazo hon-do en la axila, un puntazo co-rrido a lo largo del tórax y va-rios varetazos por todo el cuer-po; los médicos certificaron pronóstico menos grave. Pues bien: Santiago Arco sólo quiso un vendaje.

—¿Cómo voy a pasar yo San Fermín en la cama?

Y en la mañana del viernes ya estaba, él mismo, levantado y comprando unas fotografías del encierro en las que se le veía perfectamente.

Más de mil quinientas personas penetran con los toros en el ruedo. Lo menos peligroso para los mozos es que los animales entren directamente a los corrales. Y para eso están también ayudando dos hombres; dos hombres de la tierra, desinteresados, con afición. Son Pepe Moneo Aleiza y el «Chico de Olite». De patano, capote de brega, tiran del toro que se rezaga. Y puede entonces darse suelta a la vaquilla embolada para que voltee a los pamploñicos que quieren darla un pase con la chaqueta, con un papel o con un pañuelo rojo que, al cuello, es símbolo de estos días grandiosos.

Entre vaquilla y vaquilla, entre voltereta y voltereta, los mozos siguen bailando en el ruedo. Un humor inconmensurable es el signo. Luego, a la tarde, a la corrida. O antes a buscar a la «Peña», a salir en la cuadrilla, que es también lo importante. Las «Peñas» son de los jóvenes; las «Peñas» son de los años que van viniendo y traen el tesoro de los que pasaron.

Pamplona: San Fermín y la eternidad.

UNA INSTITUCION UNICA EN EL MUNDO: LAS «PENAS»

Las «peñas» pamploñicas son otra muestra de la hermandad de estos magníficos mozos navarros. Si al subir por la calle de Lindachiquia, por la calle de San Gregorio o la de San Nicolás se oye música, canciones, ruido de platillos y de bombo y voces de alegría, no hay duda: es una «Peña» que viene.

Durante todo el año las «Peñas» han estado reuniendo dinero para estos días. Hay que ir a los toros, hay que beber, hay que comer... Y, sobre todo, hay que cantar. Porque de las gargantas de sus componentes, a través de su música única, de su música singularísima, sale la voz de los siglos, la voz de la vida de una provincia firme. Porque esto es Navarra: una provincia firme en el tiempo, firme en la creencia, firme en el trabajo, firme en el ideal, firme en la unidad.

Allá van los mozos por las calles pamploñicas con su baile, con su música, con su canto: firmes como su provincia.

Las «peñas» de Pamplona son únicas en el mundo. Esto es: únicas, no hay otras. Ya se han recibido ofertas de mucho dinero para que vayan a cantar y bailar a lejanos lugares. Pero su lugar, su tierra o su corazón es esta Navarra, perenne y armoniosa. Y aquí están, sin irse.

Así, conocidas desde que los años son años para los que viven, permanecen las «peñas», las «cuadrillas», como también se las llama. Sus nombres: «Elobien».



Pamplona, en su San Fermín, es única y distinta. He aquí el encierro de una de las corridas poco antes de llegar a la plaza, y la procesión de los gigantes y cabezudos

«El Mutiko» (la de los carlistas), «El Iruñako», «El Imuchi», «El Bullicio», «Los de bronce», o esa semilla infantil de «Los 13 de Tejería», y muchas más, ya que el nombre no importa, sino el espíritu—definen su presencia por las calles de San Fermín.

Delante de cada «peña», sostenido por dos de sus componentes, aparece una pancarta, un cartel que alude a motivos regionales de actualidad. Y el cartel también baila. Va—vaiven adelante, vaiven atrás; giro a la derecha, vuelta a la izquierda—en cabeza de la «peña». Es el nombre cromático de la sociedad. Luego, cuando acabe la fiesta, se guardará en el local de la «peña». A través de los carteles, toda una historia menuda de Pamplona, una historia de las cosas pequeñas, de las cosas que están a ellos solos, puede contemplarse.

Por la tarde, a la corrida. En los tendidos de sol—algarabía, luz y colorido—las «peñas» ocupan su sitio. Y allí, otra vez a cantar y a bailar mientras el «copero» reparte vino con que combatir el calor.

Tanto como el encierro, el espectáculo de toda media plaza de toros bailando, saltando como si fuera de caucho, al son distinto de diez o doce bandas de música, es impresionante. Por eso las corridas de San Fermín son de todas las de España aquellas en las que se mide el auténtico temple de los toreros. La plaza de Pamplona es una plaza dura, una plaza para toreros machos. Porque cinco mil gargantas cantando al sol pueden apagar—tienen la suficiente fuerza para ello—el destello de un pase estilizado o de una verónica apretada. En San Fermín el torero ha de estar metido en el toro siempre, sin soltarlo, ahogando con el aire de la tragedia el aire de la alegría. Si no éste puede más. Y el esfuerzo del torero, sin su constancia se pierde.

Bailan, pues, las «peñas» por las calles de Pamplona. Todas tienen amigos conocidos; todas llaman a todos. Como la «Peña» «El Mutiko», cuando pase delante de la casa de la familia Bazteña; los chicos—allá va Cruz

Mari el primero—, al conjuro se bajan a bailar.

Eso son las «peñas» pamplónicas: un conjuro de alegría.

LAS MUJERES, SIN NOVIO Y SIN MARIDO

La mujer de Pamplona, en San Fermín, también tiene su vida. No corre en el encierro delante de los toros—como las mozas de Estella—ni va danzando delante de las «peñas», porque éstas son para los chicos, que las formaron desde la tradición.

Pero la mujer navarra, en su San Fermín, también se divierte. Y mucho. Empieza porque en el día 6, por la noche, la que tiene novio, se queda momentáneamente sin él, y la que está casada, pierde el marido por cinco días.

—Mira, Isabel, ya sabes que vino Ramón, que hacía seis años no volvía a San Fermín; que tengo que ir con él a bailar un poco; que en seguida vuelvo...

Este marido no aparecerá a dormir, si aparece, hasta después del encierro del día siguiente.

—Los muchachos de la «peña», ya sabes, Asunción, estrenamos cartel nuevo; ya sabes, Asunción, voy a ver si corro en Santo Domingo; ya sabes, Asunción...

Este novio se olvidó del compromiso por cinco días justos; luego, otra vez tan cariñoso y tan bueno, como si esos días no contaran en la particular historia de los dos.

Y las mujeres—comprensivas, porque, al fin y al cabo, son pamplónicas y tienen su orgullo cuando saluda el marido o el novio delante de su balcón, al par que detrás viene la manada a todo correr—pasan a su modo las fiestas de San Fermín.

La mujer en San Fermín también se divierte. He aquí un grupo de bellas pamplónicas con Pepe Moneo, un buen aficionado a los toros.—En la otra fotografía: Una de las típicas «peñas» de la capital navarra

Primero—casadas—visten a sus pequeños de blanco, con pantaloncitos largos, con faja y pañuelo colorados, y hacen de esta manera la transmisión directa de toda la enorme pujanza de la vitalidad de una raza; o si ya los chicos crecieron, salen a ver el encierro, a comer churros, a contemplar a sus hijos en alguna «cuadrilla» o a ver cómo el marido está un poquito «cocido» con Ramón, el pamplónico que estaba fuera y hacía seis años que no había podido volver.

Las chicas jóvenes—florecidas al sol magnífico de su festividad—hacen su programa: el día 6, primero, al cohete; después, al «riau-riau»; más tarde—a las diez de la noche—, al encierro, en donde suben los toros del día siguiente al corralillo del Portal de Rochapea, y luego, a dormir, que mañana hay que levantarse temprano. Día 7: encierro de la primera corrida, en un balcón o en la plaza de toros; después, a tomar chocolate o café con churros a la plaza del Castillo; luego, a la procesión de San Fermín y a contemplar, cuando se acaba, la salida de las primeras «cuadrillas»; corrida de toros, y por la tarde, baile; fuegos artificiales y más baile hasta la una de la madrugada. Al día siguiente, lo mismo; con lo que las horas de sueño se van acortando.

—Es San Fermín.

Las mozas también se bailan su jota navarra en la calle.

Así son las mujeres de Pamplona. Todas—Esperanza Sagüés, Socorro Martínez de Azagra o Pilar Irujo, tomadas como ejemplo de toda la comunidad—rien, cantan, bailan y están ategres.

—Alegres, porque es San Fermín.

Y cuando pase el día 11—«¡Fobre de mi, ya se acabaron las fiestas de San Fermín!»—volverán los maridos con sus mujeres y los novios con sus novias. Nada ha pasado. Sólo un año más de alegría, de tradición y de optimismo. Una buena paz para todos: ese es el resumen.



EN SAN FERMIN HAY HASTA QUIEN VIENE A CASARSE

A Pamplona — más concretamente, a San Fermín—viene gente de todas partes. Viendo el «riau-riau» pueden contarse entre los espectadores, vecinos de Jerez de la Frontera, de Trujillo o de Motril, o como ese matrimonio joven, con dos mellizos en los brazos, que ha venido en motocicleta desde Extremadura. Si estamos en los toros—hablemos ahora sólo de gente de España—, toda una fila del tendido está ocupada por un grupo de valencianos de la calle de la Montesa, de aquella capital. Son los componentes de la «falla» de su calle. Luego, a la noche, a las diez y media, en la plaza del Castillo, contemplarán los fuegos artificiales. Y ellos, que son especialistas, que conocen por el ruido de la ascensión la clase del cohete, han exclamado con sinceridad:

—¡Buenos fuegos éstos, los de Pamplona!

A otros les gusta correr en el encierro. Y para venir a uno de ellos inventan lo que sea, trabajan más de prisa en su lugar para adelantar faena y hasta cogen la carretera adelante—pierna una, pierna dos—si no hay mucho dinero. Como ese muchacho de Tudela de veintiocho años —por favor nos pidió que no dijéramos su nombre—, viajante de una casa de tejidos catalana, que estaba a primeros de julio por Andalucía. En cinco días hizo el trabajo de nueve. Y luego, dos para llegar, uno para correr delante de los de Bohórquez y otro para marcharse a visitar al jefe. Un revolcón le dió el toro que se quedó rezagado. Cuando se presentara en su casa ya tenía preparada la respuesta.

—Tuve suerte; iba a coger un autobús en marcha y resbalé. Afortunadamente, era por la puerta trasera y sólo fué el revolcón.

Su hermano pequeño—veinte años—que está en el secreto, se reirá en la última palabra. Pero guardará el conocimiento ante el jefe y ante la familia. El sabe que para su hermano, San Fermín es mucho más que un rito.

Pamplona—del 7 al 11—es un puro baile. Son los mozos, que bailan en la calle, cuando van en la «cuadrilla», cuando están en el tendido, cuando los relojes marcan las tres de la madrugada... Pero para las mujeres—aparte las vueltas que también se echan en la calle Chapitela, o en el paseo de Sarasate, o en la misma avenida de Carlos III cuando pasa una dulzaina—también están programados sus bailes especiales. Bailes de sociedad en el Casino o bailes populares en la plaza del Castillo. Y las guapas mozas navarras—talle juncal, andar elástico y armonioso, como estatuas vivas—pueden, entonces, las que no están de novias ya, encontrar pareja.

Por eso también hay quien viene a San Fermín—además de ir al encierro y a los toros—a buscar novia. Y a casarse, incluso, si se encuentra armonía y buen entender. Como esos dos vecinos

del buen pueblo de Casalarreina, partido de Euzaró, provincia de Logroño, Cirilo Guinea y Antonio Alvarez. Los dos—unos fiesteros consumados—, agricultores, horticultores y viticultores de la Rioja, ya pasaron los cuarenta, eso sí; pero no pierden la esperanza.

—A San Fermín hemos pedido una buena mujer.

Y durante cinco años seguidos, desde 1950, no han dejado la festividad. Los Santos todo lo pueden.

A PAMPLONA, A CELEBRAR LOS VEINTE AÑOS DE MATRIMONIO

Todas las calles de Pamplona están llenas de automóviles. Automóviles de todas las matriculas y de todos los países: Venezuela, Estados Unidos, Persia, Filipinas, Argentina, Cuba, Francia, Italia, Fuerzas Aéreas Americanas en Alemania y en Austria...

La alegría de Pamplona, el prestigio de su fiesta y, en definitiva, la paz de España, han citado y han reunido a un conjunto de personas de otros países que casi doblan al propio censo de la capital navarra.

Junto a los vehículos, sus dueños. Y también, andando por las calles, los que vinieron cruzando los océanos o volando sobre las alturas.

Raúl Hernández Valiente y María Francisca Otero: un matrimonio cubano como hay muchos. Mejor dicho, como hay muchos, no. Porque ellos han venido a Pamplona a celebrar el XX aniversario de su casamiento. De allá de su casa de La Habana, de la calle Blanco, 117, partieron, hace casi cinco meses, con destino a España.

—Los amigos me dijeron: «Raúl, no dejes de ir a España. Cosa linda de verdad.»

Y Raúl, un gran tipo ya canoso, aconsejó a su mujer:

—Viejita, vámonos para allá. Y vámonos a celebrarlo a San Fermín.

El 4 de marzo desembarcaron en La Coruña.

—¡Qué frío para nosotros!

A ella, dulce y lenta, le da pena de los animales abandonados, de los segadores que forman gavillas al sol...

—¿Por qué no se podría poner un toldo para todos?

El marido se rió. Y habla del encierro; del encierro, que les ha emocionado para toda la vida.

—Valientes, valientes, valientes...

Y no se han perdido ni una corrida.

El cine ha enviado también sus representantes. Una esbelta mujer alemana: Leni Riefenstahl. Es la tercera vez que conoce Pamplona. Estuvo ya, en 1934, a rodar una película como protagonista; nueve años después—1943—conoció los sanfermines. Y este año se ha traído un tomavistas para hacerse ella su particular película. Subida en una valla, agazapada en un balcón o sentada en una barreira enfrente de la puerta de la plaza, las escenas más emocionantes de los cinco encierros han pasado por el objetivo de su cámara.

Después se ha marchado a Alemania. En el objetivo ha escrito unas palabras: «San Fermín, 1955. ¡Viva Pamplona!»

LA TESIS DOCTORAL DE UNA ESTUDIANTE DE COLGR

Pamplona, en estos días, antes que nada casi, es plástica. Un enorme y pujante colorido está presente en cada esquina, en cada danza, en cada «cuadrilla», en cada encierro. Pamplona así, en su San Fermín, es única y varía. Una gran fortuna.

Los documentales o los noticiarios cinematográficos en el extranjero han sido principales propagadores muchas veces de los sanfermines navarros. Y presintiendo la fuerza, la vida potente de estos días alegres vislumbrada en las pantallas, ha llegado de Holanda un célebre pintor: Emanuel Vieggers. Alto, rubio, de mirada buscadora de contrastes, Emanuel Vieggers ha venido a San Fermín en busca de motivos. De motivos nuevos y briosos. En su historia pasada están los bellos paisajes de Francia o el suave retrato de la princesa Beatriz; en su futura aparecerán con letras descomunales un nombre: Pamplona.

San Fermín es, en mucho, sol.

A este sol navarro, de alegría y de danza, ha venido, por ejemplo, Henrik Domahidi desde Suecia, buscando, además del sol, pintores actuales españoles que llevar a su país.

—Yo fui el que llevó a Suecia a Ortega Muñoz. Un éxito grande, de verdad.

—Con el, John W. Joelsson y señora, de Estocolmo, y Hans Petter Lunder, de Bergen (Noruega). El primero, porque lo vió en el cine, hizo la excursión por Europa, señalando las fechas; el segundo, porque está en Bilbao desde hace poco, traduciendo noruego en una casa comercial.

Y seguimos. En el tendido del 7—en la fila 12, en el asiento 10—, en la primera corrida—Manolo Vázquez Antofiete y Dámaso Gómez—, estaba sentada, en compañía de otra joven, una preciosa muchacha de color, con un jersey a rayas horizontales azules y blancas y un pantalón vaquero: era Jennie Jeffrey, alumna de la Universidad de la isla de Jamaica, que ha venido a hacer su tesis doctoral sobre «Festejos populares en España». La muchacha se pasó mirando más a las «cuadrillas» que bailaban en los tendidos antes que al par de banderillas de dentro afuera del tercer matador de la corrida.

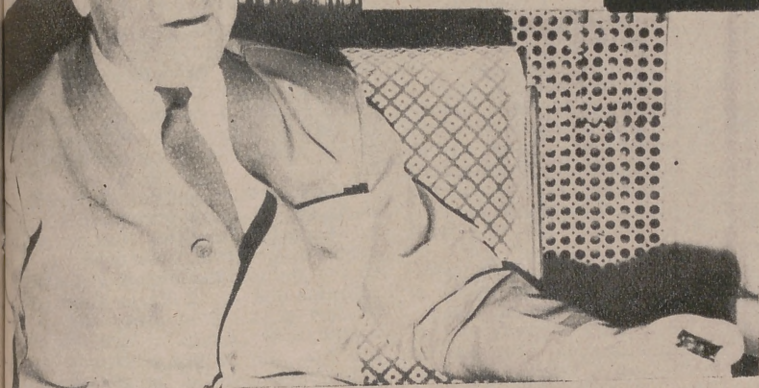
¿Más? Un resultado: Navarra se proyecta en el mundo con la gigantesca estampa de su raza; con Pamplona y San Fermín. Navarra, de esta manera, además de ella, proyecta también a España. Con toda la perennidad de los tiempos pasados y todo el porvenir magnífico de los venideros. El tesón y la voluntad de todos hacen la paz del esfuerzo. Esto sí que es un grande, un enorme un verdadero festejo.

José María DELEYTO

(Enviado especial)

(Fotografías de Galle y de Cine-Foto.)

EL HUMOR ES SONRISA



JULIO CAMBA, MAESTRO EN EL DIFÍCIL ARTE DE LA SATIRA



El humorista con Antonio Berdegú y señora.—Derecha: Camba, el primero a la izquierda, con varios amigos en Nueva York en el año 1916

POR ingenio, temperamento y mentalidad, Julio Camba es un humorista nato que domina magistralmente el comentario breve y un poco satírico de los mil hechos de la vida, para los que tiene una actitud comprensiva, al mismo tiempo que despejada y un aire de graciosa displicencia.

El difícil arte de la sátira aguda y fina, pero sin un contrabando de hiel oculta, tiene en Julio Camba un maestro consumado, que logra ver el lado ridículo de las cosas, pero sin levantar con ello demasiada polvareda ni enfadarse demasiado con los defectos que siempre pueden encontrarse en la obra de hombres.

Su censura jamás se desparraña demasiado a lo vivo, sino que llega envuelta en la suavidad de algo que parece un celofán de ingenio.

De estilo siempre claro y correcto, como en huida de lo demasiado fácil, zafio y vulgar, los artículos de Julio Camba tienen un carácter comprensionista y rápido. Son así como caricaturas de dibujante callejero en

las que no se acentúa mucho lo criticable, sino que se tiende, más que a exagerar defectos, a difuminarlos casi al mismo momento de su insinuación, en movimientos rápidos y comparables al di par de placas fotográficas.

La objetividad sale siempre triunfante en esos fragmentos de ensayo, de esas glosas que sorprenden por la unidad de su visión, dispersa por países y paisajes cuyo recuerdo de hombres y cosas inserta Camba en la más viva actualidad de cada momento, pero sin referirse siquiera directamente a ella, en la mayoría de los casos.

Hace poco, Maximiano García Venero llamaba la atención sobre este escritor humorista y suave que, desde tanto tiempo, alegra con jugoso ingenio gallico a tantos lectores preocupados por problemas de la vida corriente y el batallar diario. Y parece que, en efecto, hay una deuda de gratitud pública hacia quien con la gracia sencilla de su estilo tan personal, de su manera tan poco amanerada, envuelve sonrisas en papel de periódico

INQUIETA Y LARGA BIOGRAFIA DE UN TROTAMUNDOS DE LA GRACIA LITERARIA

como para hacerlas llegar hasta los que no tienen tan al alcance el libro del buen humor de los grandes escritores festivos.

HABITACION DE SOLTERO, EN UN HOTEL

Julio Camba vive en un hotel, en el Palace. Puede ser que por un motivo solidario de albergarse en casa, de muchos, o por tener porteros de librea y silbato de avisacoches, aunque más bien vaya a pie nuestro escritor humorista; o bien por estar soltero y sin compromiso. Pero hay otros motivos, que el mismo escritor nos cuenta en el veraneo de un hall refrigerado, en el que escuchamos a una música de orquesta, elegante y suave, como de balneario.

—Vivo aquí por motivos de salud. Necesito de ciertas comodidades para ir tirando. A mí me gustaría también vivir en el campo, como algunos escritores acomodados, pero mis fincas campestres las llevo encima. En el campo, viviría encantado si pudiese dar, de vez en cuando una vuelta por Madrid.

Julio Camba se queja un poco, siempre con esa finura tan propia, de que no habiéndose dedicado más que al periodismo, ahora, al culminar la carrera, se le considere más bien como escritor.

—No he escrito libros, sino que he recopilado artículos para formar con ellos un libro. Solamente «La casa de Lúculo o el arte de comer» lo escribí directamente para libro, debido a que la editorial me adelantó dinero men-

sualmente para que me pudiese dedicar por completo a la obra.

El «solamente soy periodista» de Julio Camba tiene una larga e inquieta biografía que, desde Villanueva de Arosa, va a pasar por muchos sitios y países antes de que recalce en el hall refrigerado del hotel Palace de Madrid.

EMBARCA. OCULTO EN UNA BODEGA

También fué un día refrigerado el del nacimiento de Julio Camba. Nuestro hombre nace el 16 de diciembre de 1884, en Villanueva de Arosa, provincia de Pontevedra, en el seno de una tranquila familia de la clase media.

A los trece años de edad, sin más estudios que los primarios, un muchacho de fuerte acento gallego abandona la parroquia de Villanueva de Arosa para embarcarse rumbo a Buenos Aires. Es el primer arranque de emigración, que habis de ser repetido por él después muchas veces.

El pequeño Julio Camba, oculto en la bodega de un barco de emigrantes, llega a la Argentina, de donde más tarde es deportado y devuelto a España, según cuenta él, por «anarquista peli-groso», cuando aun no había cumplido los dieciséis años de edad.

Otra vez en la parroquia comienza a escribir cosas intrascendentes en el «Diario de Pontevedra». El veneno, el circo infernal de morfina, del periodismo surte efecto, y un día el mozo Camba prepara el hatillo y toma un tren que huele a marisco y carbonilla, con el que emprende el largo viaje hasta Madrid.

La Villa y Corte, tan amable, «alegre y confiada», no se deja conquistar fácilmente por el joven gallego que acaba de llegar. Los comienzos son muy duros para Julio, que ronda de una redacción a otra en busca de un hueco en el que colocar su morriña impresa en líneas de pulcro estilo.

Pero Julio Camba es duro como caparazón de molusco y también tenaz. Es preciso hacer impacto y perforar en alguna de las redacciones. No hay que descorazonarse al volver cada vez a la pensión en la noche de serenos gallegos.

Por fin encuentra hospitalidad en «El País», periódico de tendencia más bien republicana. Allí tiene que empezar por el principio; por la redacción de noticias que es preciso buscar en la calle. Es un periodismo de pequeños sucesos. Un reporterismo callejero de perros atropellados por carruajes, de peleas de barriobajo y marimorrenas de estudiantes y cigarreras. Así se empieza.

Julio Camba es un joven inquieto, más bien bajo de estatura, elegante y con cuello de pajarita. Un joven que fuma en boquilla. El «negligé» periodístico parece que no le va; pero bajo un suave caparazón elegante palpita un bohemio dicharachero y noctámbulo.

Por si en la redacción de «El País» no hubiera aún bastantes papeles por el suelo, manchas de tinta en las mesas y muñequitos de papel que cuelgan de un pegote en el techo, Julio se pasa

un día a la redacción de «España Nueva», periódico de inclinación más patriótica que la de «El País».

INQUIETUD Y MOVIMIENTO CONTINUO

Pero siempre inquieto y con ganas de mudar de aires, aunque sea de esa atmósfera de café con leche y tabaco de algunas redacciones de entonces, tan cargadas de política decimonónica, Camba acepta una sugerencia de «El Mundo», periódico de respetable circulación.

Ya no se trata de un periódico más o menos sapo desde el que tantas veces quizá veladamente se intenta escavar los valores tradicionales, sino de un diario de mucha tirada como para llenar la aspiración del más exigente de los noveles. De una sección a otra Julio Camba ensaya un poco de todo en el tuitifrutí informativo. ¿Qué más puede desear? Ciertamente que ya ha pasado de la etapa de meritorio y algo así como cuartillero distinguido, pero tampoco es un maestro, ni siquiera un perfecto oficial, en el difícil arte del periodismo.

Sueña con ir al extranjero y «La Correspondencia de España» le brinda la oportunidad.

—Creo que fué «La Correspondencia» el primer diario que en España tendió su pequeño servicio de corresponsales en el extranjero. El director era don Leopoldo Roméu, un hombre muy pintoresco y gracioso. Ramiro de Maeztu comenzó a enviar, desde Londres, crónicas para «La Correspondencia de España». Betancourt, que firmaba Angel Guerra, comenzó a escribir desde París y a mí me propusieron ir a Constantinopla con un sueldo mensual de 505 francos. El pico de 5 francos se destinaba al certificado de las cartas. El director, don Leopoldo Roméu, quería que las crónicas postales llegasen a la redacción certificadas. «Es preferible que lleguen un poco más tarde a que no lleguen», decía.

Y ya tenemos a Julio Camba junto a la Sublime Puerta por callejas de turbantes, parando su curiosidad a la puerta de los cafetines o a la entrada de las mezzuquitás. A veces, a la puesta del sol, gusta de admirar a contraluz las cúpulas y mirarettes de Sarta Sofía y los reflejos del agua en el Cuerno de Oro.

En los mercados se mezcla entre la multitud abigarrada de vendedores de alfombras y pipas de agua, de especias y perfumes. Se compra unas babuchas, un retorcido puñal de Damasco y un pequeño frasco de esencia oriental que se evaporará en los primeros calores.

Sus crónicas en «La Correspondencia de España» son notas de color llenas de ingenio y atiradas comparaciones que en España hacen la delicia de los buenos catadores de la palabra escrita. Alguna jovencita que ha leído a Pierre Loti sueña otra vez, con las crónicas de Julio Camba, con el embrujo oriental de las noches de Constantinopla.

Cumplida la larga misión periodística que le ha llevado sobre los puentes de lo que entonces es la capital del Imperio turco vuelve a España y no a la re-

dacción de «La Correspondencia», sino otra vez a «El Mundo».

ENVIADO AL BULLICIO DE PARIS

El ejemplo de enviar corresponsales ha cundido en los grandes diarios de la capital de España, y Julio Camba, que con tanta facilidad cambia de Redacciones, no encuentra difícil concertar sus servicios de corresponsal.

—Los demás viajes se puede decir que los hice por mi cuenta. La experiencia turca me había gustado y tenía un ansia muy fuerte de ver mundo. Y por «El Mundo» me fui a París. Concerté con el director una serie de crónicas de la capital francesa y allí me fui sin pensarlo más.

La ciudad de la luz anterior a las grandes guerras mundiales duerme arrullada por acordeones. Las cosas marchan bien en Francia y en su Imperio. La conquistista de Argelia y las campañas de Marruecos han dejado su eco, que continúa poniendo al rojo vivo, blanco y azul el ambiente. Hay luminarias en la gran noche de París y grandes desfiles de la «Armée» el 14 de julio. Los cadetes de Saint Cyr, con sus capas y plumeros, son aplaudidos con gran entusiasmo por los Campos Eliseos. Las «midinettes» o modistillas arrojan flores al paso de los soldados. Los grandes edificios de piedra ahumada lucen en los balcones haces de banderas francesas que el viento parece tremolar hacia la tumba de Napoleón, junto a un hospital de Inválidos que está casi vacío.

La rue de la Paix es todavía una verdadera calle de paz con sus cafés burgueses. Bocinas de automóvil:—bocinas de goma—se dejan oír por todas partes. Rondan los automóviles el obelisco de la plaza de la Concordia; se entrecruzan en la convergencia de calles de la plaza de la Estrella; van por la avenida de Jorge V, por los puentes bajo los que dormitan los pobres «crochards»; por los levatares, a lo largo del Sena; hacia el bosque de Bolonia, hacia el bosque de Vincennes...

El automóvil parece ser más de París que de otras ciudades.

Julio Camba se coloca en el ojal una flor francesa de mercado callejero, de mercado al aire libre cerca de Notre Dame con muchos tenderetes, pero sin la gracia de las floristas madrilenas.

«Chez Dupont tout est bon», se lee en el toldo de un café; «Sortie des artistes», en la puerta trasera de un teatro. Todo lo husmea Julio Camba para contar en crónicas chispeantes, que envía por correo.

—Mi experiencia de corresponsal en el extranjero es anterior al teléfono.

Bueno, eso es un decir de Julio Camba; por lo menos si es anterior a la utilización telefónica y telegráfica para la transmisión de crónicas a larga distancia. Las crónicas que «El Mundo» titula «Camba, en París», llegan por correo, como las facturas de sombreros de las damiselas que hicieron su pedido para presentarse en sociedad.

BASTA DE COCINA
FRANCESA—EN LON-
DRES. «PURE DE GUI-
SANTES»

«Bul-Mich». Aquel boulevard Saint-Michel, aquel Barrio Latino de los estudiantes bohemios inspira muy buenas crónicas de Julio Camba, pese a que entonces no había ratones existencialistas en las cavas nocturnas de música sincopada.

Las costumbres de Montmartre y Montparnase, los mercados de «Les Haies», las estaciones ferroviarias, las playas próximas de los fines de semana, las tabernas norteafricanas, los restaurantes chinos, las Exposiciones de cuadros al aire libre y las tiendas de los anticuarios... son retratados en las crónicas impresionistas de Julio Camba, que parece un pintor español más en un París lleno de tipos humanos de toda especie. Negros coloniales al lado de blancos, como en un teclado de piano. Indochinos menudos y vivarachos, norteafricanos a los que se atribuyen casi todos los crímenes con los que parecen complacerse los periódicos; salones de moda, grandes almacenes, cafés cantantes, «sor-rées» danzantes... en fin, todo en las crónicas, desde la «frivolité» hasta la «fraternité», pasando, naturalmente, por la «liberté» y la «égalité».

Después de dos años en París con sus correspondientes tomas de la Bastilla, Julio Camba marcha a Londres, desde donde, para no perder la costumbre, se cambia a «La Tribuna».

Las brumas de Londres, el célebre «puré de guisantes», le entristecen un poco y le cargan de morriña galaica. Pero Camba es hombre de fuerte vocación periodística y aguanta mecha con la añoranza a cuestras por las calles londinenses. Otros dos años estará en la capital británica.

Escribe siempre en función de España, sin dejarse ganar por el ambiente ni por lo que dicen los periódicos, sino con un espíritu de rabiosa independencia. La colección de sus crónicas desde la capital británica está recopilada en un interesante libro que se titula «Londres: impresiones de un español».

UN CRONISTA DE HU-
MOR EN BERLIN

Un día, estando en Londres, recibe una carta de «A B C» en la que dicen que ha circulado el rumor de que Julio Camba deja «La Tribuna», y que caso de ser cierto...

Esta vez Camba no quiere can-

biar y sigue enviando crónicas a «La Tribuna».

—Luego pasé a Alemania. Primero fui a Munich y allí quedé colgado. «La Tribuna» no me enviaba fondos. Entonces escribí «A B C» por si mantenía su afluencia, hecho cuando yo estaba en Londres. Me contestaron que sí, pero que me fuese a Berlín. Y así lo hice, sin pasar por España. Ocho años seguidos estuve dando vueltas por Europa sin regresar a la base. Quería conocer mundo y aprender idiomas.

Por la avenida de los Tilos, por los parques y paseos de la capital germana tenemos a Julio Camba con su espíritu observador al que no se escapan ni los pequeños detalles ni los matices humanos más sutiles.

Ese poquito de rigidez del carácter alemán le brinda magníficos temas de comparación con la manera de reaccionar a la española. «Alemania: impresiones de un español» es un libro agudísimo en el que se recogen sus más sonadas crónicas de este tiempo.

Lo extranjero es siempre visto en función de lo español y esto último en función de lo extranjero. Y todo ello envuelto en un aparente aire superficial bajo el que se esconde una indiscutida enjundia.

Las fiestas de la juventud y de la vejez, las cervecerías y costumbres de familia, los desfiles, los paisajes... Todo es analizado por su pluma agudísima, que busca en los temas la flora más delicada del alma, y el espíritu popular manejaéndola un poco como un bisturí que cura sin casi herir.

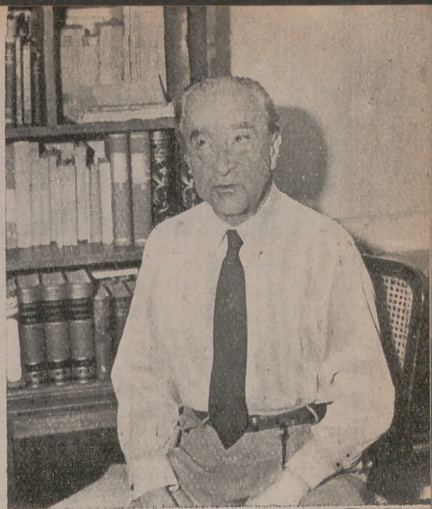
—Cuando estalló la primera guerra mundial tuve que volver a España. La comunicación era muy difícil a través de una doble línea de fuego, y también lo era el poder recibir regularmente los fondos económicos que me permitieran seguir en el extranjero. Después de un corto descanso en España para reponerme de los sustos bélicos, marché a los Estados Unidos.

En Norteamérica vive un año intensísimo y fecundo. Desde allí envía crónicas casi diarias. «Un año en el otro mundo» es el libro en que se colecciona la más graciosa correspondencia de Camba desde los Estados Unidos. Después, cuando Norteamérica entra también en la guerra, regresa a España.

No es nuestro hombre uno de esos corresponsales de Prensa que parecen gustar de los conflictos bélicos. Más bien huye de un país en cuando éste entra en la hoguera de la guerra. Esto bien puede ser que se deba a que en tiempos de movilización general es mucho más difícil hacer humorismo desde el país que se ve afectado por un conflicto armado.

—A Norteamérica volví años más tarde. Estuve allí otra temporada. Erví nuevamente muchas crónicas sobre la vida estadounidense, que luego fueron recopiladas en el libro titulado «La ciudad automática».

En 1931 regresa nuevamente a España. La curiosidad y la preocupación tienen ante sí el ac-



Julio Camba en un momento de la entrevista

venimiento de la segunda República española, cuyo espectáculo humano Camba no comprende bien desde lejos, ni tampoco después desde cerca.

Un poco por cansancio, ya no vuelve a salir en misiones periodísticas de ciclo largo. Está en Madrid con sus artículos de cada día, que luego pasan a formar capítulos de libros unos, mientras que otros se pierden como hojas de otoño.

«Playas, ciudades y montañas» es una colección de artículos paisajistas. «Aventura de una peseta», desde la primera página hasta la última es una cadena continua de buen humor. También merecen destacarse entre sus obras el «Sobre casi todo» y el «Sobre casi nada».

En el momento de estallar la guerra civil, Julio Camba veranea en la costa portuguesa, y desde este país pasa a Galicia. Desde entonces para acá, pocas salidas al extranjero.

—No tengo premios, y mi orgullo es no tenerlos.

Pero ahora sabemos que Julio Camba dice esto por modestia. En 1943 la Real Academia Española le concede el Premio «Castillo de Chirel» y obtiene después el Premio «Mariano de Cavia» correspondiente al año 1951 por su magnífico artículo «Plumas de avestruz».

—Si algún premio he tenido es porque me presentaron los amigos.

El Julio Camba de hoy sigue con su humorismo de siempre, pero en la conversación privada se muestra un poco preocupado por el hecho de que, habiéndose dedicado toda la vida exclusivamente al periodismo se le considere escritor de libros.

Le preguntamos ahora por su estado de soltería

—Todavía estoy a tiempo de remediar esto. Quién sabe si algún día...

La música ha dejado de tocar y él toma su bastón y se levanta. Es un coleccionador de bastones.

—En la guerra civil perdí muchos bastones.

Nos despedimos, dejándolo en el hotel donde se hospeda, como si se encontrara continuamente de viaje.

Julio DE AGUILAR

(Fotografías de Mora.)

Lea usted

Tres sonetos

a la amistad

Por F. Martín Iniesta

En el número 41 de

POESÍA ESPAÑOLA

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE VOLTAIRE

El conocido escritor francés Jacques Douve anunció en el «Figaro Littéraire»—número de marzo del año pasado—que acababan de descubrirse en una Notaría de París cinco documentos depositados en su día por el abate Gaultier, confesor, se decía, de Voltaire en sus últimos momentos. Entre esa documentación figuraba una completa retractación de sus errores, escrita y firmada por el propio Voltaire y avalada por dos testigos, el mismo abate Gaultier y un sobrino de Voltaire, el abate Mignot.

Esta noticia la recogió «Hechos y Dichos», de Zaragoza, en su número 233 (año 1934), sin comentarla, pero un poco en forma interrogante.

Como uno de los lectores de la mencionada revista se viera sorprendido por la noticia y escribiera a la Redacción manifestando su extrañeza, uno de sus redactores calificados creyó oportuno reproducir, después de traducido, un artículo publicado en «Ecclesia», revista francesa de lecturas cristianas, en su número de marzo último, en el que se hacía una acabada y documentadísima exposición del tema.

Que no recibió el sacramento de la penitencia y, por tanto, que no se confesó Voltaire en sus últimos momentos parece deducirse con toda claridad de los documentos del abate Gaultier, que constituyen la principal fuente de información del artículo de referencia. Que no se retractó suficientemente también aparece claro, pues la retractación que el propio Voltaire entregó, firmada por él, al abate Gaultier el 2 de marzo de 1778 no estaba redactada en términos satisfactorios, y así lo apreció el mismo abate Gaultier y por eso volvió contra redactada por él mismo con fecha de 20 de mayo, suficientemente explícita, pero que no pudo presentar a Voltaire, a pesar de sus múltiples tentativas para que la conociera y firmara.

Pero, se deduce de toda la historia consignada en los referidos documentos que murió Voltaire sin deseos de confesarse y sin lograr una formal reconciliación con Dios, aunque puramente interna?

Después de las frases que cita de una sarta dirigida por Voltaire a Federico II de Prusia en 25 de noviembre de 1777: «tengo más aversión que nunca a la extremaunción y a los que la administran», agrega el articulista por su cuenta: «estoy convencido de que no cambió sus sentimientos hasta su muerte».

Con todos los respetos debidos al articulista y a su traductor, que la hace suya, quisiéramos exponer nuestro pensamiento sobre el tema, con ánimo de ver si de los mismos documentos, así como de lo que dice la Medicina sobre las «conversiones in extremis», puede deducirse que acaso cambiaran esos sentimientos expresados en la carta de Voltaire a Federico II de Prusia a última hora.

EL ABATE GAULTIER Y VOLTAIRE

Empecemos por ordenar cronológicamente la correspondencia entre el abate Gaultier y Voltaire. El 20 de febrero de 1778 escribe el abate Gaultier a Voltaire una carta, cuyo texto, nos referimos al que esto escribe, no conocemos. Pero puede conjuntarse, leyendo atentamente el informe que remite más tarde al arzobispado de París, que en esta carta, después de las frases imprescindibles de condolencia por la enfermedad y los dolores agudísimos, que la cortejan, le hablaría de la necesidad de reconciliarse con Dios, a quien tanto le había ofendido con sus escritos públicamente. Y se ofrecería personalmente a facilitárselo. No se deduce esta consecuencia de la contestación que le envía Voltaire al día siguiente, 21 de febrero. En su texto lo suficientemente impreciso para poder descubrir en él los íntimos sentimientos de Voltaire y la acogida que dispuso a los generosos ofrecimientos del abate Gaultier. Pero es sintomático que, sin aguardar a nuevas instancias de Gaultier, se apresurara a escribirle una carta, como se le escribe el 23 del mismo mes, que refleja la impaciencia que le consume y el deseo que experimenta vivamente de entrevistarse con Gaultier. «Me habéis prometido, le escribe, venir a verme; os ruego que venga a verme lo antes que podáis».

Nótese que Voltaire dice al abate Gaultier que venga «a verme». No se violenta la expresión suponiendo que esa frase «a verme» equivale en el len-

guaje usual, tratándose de un moribundo, a «que venga a confesarse». Por si eran poco expresivas esas frases para manifestar la impaciencia de Voltaire en hacer venir al abate Gaultier, madame Denis, sobrina de Voltaire, le apremia con una segunda carta de fecha 27 de febrero, en que repite el requerimiento de Voltaire en estos términos: «Madame Denis, sobrina de Voltaire, ruega al abate Gaultier quiera venir a verme; le estará obligada por ello».

En los escritos que venimos examinando aparece que el abate Gaultier visitó a Voltaire el 21 de febrero, el mismo día en que contesta Voltaire a los amables ofrecimientos de Gaultier; que conversó con él por espacio de tres cuartos de hora y que su visita tuvo carácter de mera cortesía. Es extraño que ese mismo día 21 visitara el abate Gaultier a Voltaire, porque en esa hipótesis quedan sin explicación así la carta de Voltaire del día 26, en que, impaciente, le ruega que «venga a verme», como la de madame Denis del 27 de febrero, en la que insiste sobre lo mismo.

Sea como sea, lo cierto es que, apremiado por estos requerimientos de Voltaire y de madame Denis, se decide por fin el abate Gaultier a visitar a Voltaire. Como el abate Gaultier manifestara a Voltaire que un hombre que había escandalizado a toda Europa con sus escritos no podía ser oído en confesión sin que antes redactara y firmara una retractación que se hiciera pública, Voltaire redactó y firmó la retractación que aparece en los documentos. Al abate Gaultier no le parece suficientemente expresiva. Tampoco el párroco de San Sulpicio, superior jerárquico inmediato del abate Gaultier, ni al arzobispo de París. En consecuencia, el abate Gaultier vuelve a ver a Voltaire al día siguiente, 2 de marzo, trayendo consigo una segunda retractación, más equívoca, más detallada, con ánimo de mostrarle a Voltaire y confesarle luego, a lo que parece, si presta su conformidad a la retractación. Pero Voltaire no le recibe. Se encuentra a la sazón, y por lo visto el asedio no cesa hasta su muerte, acompañado y asediado por algunos de esos siniestros personajes que suelen montar la guardia en casos parecidos en la alcoba de todos los moribundos, para recordarles sus supuestos compromisos y evitar la reconciliación con Dios. El intento de visita se repite el día 13 de marzo, el 15 y el 30. En vista de que no logra verme, desiste de sus propósitos y ya no aparece más.

A todo esto Voltaire, se recupera de su enfermedad y realiza diversos actos, poco en consonancia con sus propósitos manifestados de reconciliación espiritual. Estos actos son los siguientes: ingresa en la masonería; se presta a la ceremonia de la coronación de su busto en la Comedia Francesa, que a los ojos de toda Europa equivalía a la coronación de la impiedad; escribe varias cartas a diversos personajes de su tiempo, que están lejos de reflejar aquellos acontecimientos de sumisión y de arrepentimiento, de que antes había ofrecido claros, aunque débiles, testimonios.

Como Voltaire iba, sin embargo, camino de la muerte, ésta no tardó en aparecersele. La enfermedad que le aquejaba se agravó en proporciones verdaderamente alarmantes. Por añadidura iba acompañada de unos dolores agudísimos, que no sobrellevó bien. Juraba, vomitaba injurias atroces, daba malos tratos a los que le cuidaban y asistían, aunque hay motivos para dudar de que estos excesos los realizara en plena lucidez.

A un nuevo requerimiento de Voltaire, acude presuroso el abate Gaultier, y esta vez provisto de un documento de retractación, perfectamente explícito, aprobado de antemano por el abate Mignot, y que éste prometió «que lo haría firmar por Voltaire». El documento estaba fechado a 20 de mayo. Acompañaba al abate Gaultier el párroco de San Sulpicio, su inmediato superior jerárquico como antes dijimos. Pero al llegar junto al enfermo vieron, sorprendidos, que el enfermo no les reconocía. Les dijo algunas cosas completamente sentido. Por ello desistieron de hablarle de la confesión ni de la retractación. Los dos se retiraron, no sin antes rogar el abate Gaultier a los fami-

haces o encargados de la asistencia de Voltaire que le avisaran en caso de que el enfermo recuperara el conocimiento. Pero no lo recuperó. Tres horas después de haber abandonado la alcoba del enfermo—serían las once de la noche del 30 de mayo—Voltaire fallecía, sin haber recibido, por supuesto, los Sacramentos ni haber hecho la obediencia retractación. No moría, pues, dando manifestaciones externas de catolicismo. Pero ¿puede afirmarse que los propósitos de confesión y de retractación manifestados en sus reiterados llamamientos al abate Gaultier se hubieran totalmente desvanecido? Y si no se desvanecieron, ¿no pudieran tener virtud para provocar un acercamiento del espíritu de Voltaire a Dios, que parece escoger siempre esos momentos finales de la vida del hombre para esos espléndidos alardes, que en él son tan frecuentes, de su divina misericordia?

TRES INTERROGACIONES

Todo dependerá de la contestación que demos a estas tres previas interrogaciones:

¿Fue sincero su llamamiento al abate Gaultier?

¿Fue sincera su retractación, aunque se redactara de manera insuficiente?

Dado que lo fuera, ¿puede conjeturarse que persistió su vivencia hasta el momento de morir Voltaire?

Aunque se compara la muerte al sueño y suele hablarse del «sueño de la muerte», es lo cierto que la suspensión de las actividades anímicas en el hombre obedece a un ritmo distinto en el proceso preliminar del sueño y en el de la muerte. En el sueño los procesos psicológicos de la atención y del razonamiento decaen los primeros. Cuando oyendo una lectura o una conferencia le asalta a uno de los oyentes el sueño, bien porque tenga necesidad de él, bien porque la conferencia lo provoquero, lo primero que se pierde es la atención; se oye, pero no se tiende, no se sigue el curso de las ideas, luego se cierran los ojos, se da una cabezada, se cae al suelo el libro que acaso se tenía en la mano. Esto es, que la actividad psíquica es la primera que se para y cesa; después van suspendiéndose sucesivamente todas las otras actividades sensoriales. Lo contrario ocurre en la muerte o en los preliminares de la muerte: las funciones motoras son las primeras que decaen, se pierde el movimiento, la vista, la sensibilidad táctil; lo último que se pierde es la actividad psíquica, la inteligencia. No siempre se verifica rigurosamente esta ley en lo que respecta a la suspensión de las actividades sensoriales en los momentos preliminares de la muerte. A veces la inercia exterior no entorpece el ejercicio de las facultades sensoriales, y este hecho es el que justifica la recomendación que suele hacerse en muchos casos en los que se trata al moribundo como a una persona que goza de pleno conocimiento y se prohíbe preferir en su presencia palabra alguna que pueda serle motivo de perturbación. Se teme que todo lo oiga, a pesar de la inercia material.

Algunos medios de reconocida autoridad van más adelante. Creen que las últimas capas de la memoria que desaparecen son las más antiguas. Es un proceso de reversibilidad, como lo denomina Ribot, merced al cual la fuerza de la enfermedad va destruyendo gradualmente las capas más recientes de la memoria, deteniéndose al llegar a las más antiguas y proyectándolas a veces en la conciencia antes de borrarlas definitivamente.

El doctor Berenguer («Considerations psychologiques sur l'agonie», pág. 60) formula sobre este proceso de reversibilidad el juicio siguiente: «Estos hechos se han comprobado principalmente a propósito de ideas religiosas, y la metafísica cuenta entre sus triunfos poder citar cotidianamente casos de materialistas endurecidos, que en su última hora reniegan de sus doctrinas y llaman a la religión en su socorro. Condillac, Montesquieu, Fontenelle, Buffón, son ejemplos muy notables de esta especie de virazón intelectual, de la que se ha querido dar una explicación mística; y sólo gracias a vigilantes precauciones plantadas a su alrededor, Diderot y Voltaire no recibieron en su lecho de muerte la visita del sacerdote que pedían. Después de haber, durante su vida entera, combatido y hasta ridiculizado los dogmas supersticiosos de las religiones.»

Nosotros no vamos tan lejos. Nos detiene el hecho tan repetido de mártires cristianos procedentes del paganismo que, lejos de recordar en me-

dio de sus tormentos sus viejas creencias paganas, se encendían en amor con la idea de que aquel tormento era el comienzo de su liberación y de su gloria; de aquella gloria que esperaban según les había enseñado la nueva fe.

No basta para explicarnos la pervivencia de la actividad intelectual del moribundo admitir con Hogerdom un acrecentamiento de energía en el principio psíquico o una excitación, con Barthez, de la sustancia nerviosa por el anhídrido carbónico, que hace que las fuerzas se concentren en el cerebro con una mayor intensidad. Y si, renunciando a una explicación fisiológica, nos contentamos con lo que la lógica y el sentido de la realidad nos ofrecen, tendríamos bastante con sólo considerar que cara a la muerte, como se encuentra el moribundo, tiene que ponerse todo él en erección para resolver lo más acertadamente posible y lo más rápidamente posible también el problema que ella le plantea. Ya no están a la vista los peligros que determinadas decisiones de tipo religioso podían acarrearle con mengua mayor o menor de la situación social o económica de que goza; tampoco se oye allí el comentario mordaz de los amigos... ni el de los enemigos: calla allí el rumor del bosque espeso y tenebroso del mundo; flota en el aire, acaparando toda la atención del moribundo, una sola cuestión: la de decidir el propio destino, tomando el camino, el único camino por donde se llega a él. Se concibe que en semejante situación, de vida o de muerte, todas las vivencias surjan potentes, preferentemente aquellas que llevan en su seno la solución del problema que allí se plantea. La agonía se presenta así no como un mero episodio fisiológico, sino como una fase espiritual, caracterizada por una actividad interior de máxima importancia.

LAS ILUMINACIONES AGONICAS

El misterio se aclara más aún si se conjugan con esos procesos vitales intervenciones de tipo sobrenatural. No llegamos a los extremos que, sin duda con la mejor buena fe, nos quisiera llevar el doctor Chevrier en su ponencia leída en la Sociedad de San Lucas, San Cosme y San Damián en 1930, París, porque no compartimos sus ideas.

El doctor Chevrier introduce en escena lo que él llama «las iluminaciones agónicas». Mientras el cuerpo se debate, viene a decir, en la lucha que se entabla entonces en torno a su inminente desintegración, y cuyo espectáculo a veces arranca lágrima de dolor a los asistentes, el alma guarda toda la vitalidad de su ser y la conciencia de su existencia aun después de haberse suspendido su actividad sensorial y su vida de relación. Es entonces cuando el alma se revigora con el presentimiento de que va a comenzar para ella una



Escultura de Voltaire

nueva vida, sin trabas de ningún género, porque el alma no muere. La muerte no es más que la separación de dos elementos que vivían unidos; la destrucción del uno deja intacta y puede decirse que liberada la vida del otro. Vuelve entonces el alma sobre sí misma, lo que no podía hacer cuando el cuerpo la encadenaba. Es ese el momento de recibir, como recibe, unas iluminaciones interiores muy vivas, que le permiten ver la verdad divina, que ha ignorado quizá hasta entonces o ha vivido como si no existiera. Comprende entonces el amor inmenso que ha tenido para ella su Redentor y, movida por una contrición intensa, viva, a la que no puede compararse ninguno de nuestros humanos y corrientes sentimientos de dolor, se vuelve a Dios. Y tan fuerte y tan viva y de tan soberana seducción es esa luz que es imposible que el alma no se rinda y no caiga en brazos de su Redentor. La agonía, según esto, en frase del doctor Chevrier, no es un período fisiológico que deba temerse. Es un tiempo de bendición que Dios, en su infinita misericordia, nos otorga para evitarnos los rigores de su justicia. No es aconsejable por eso desechar una de esas «bellas muertes» según el mundo, súbita y sin agonía. Al contrario, debe desecharse y pedir «morir con agonía y no cortav».

No es ocasión esta de refutar las piadosas suposiciones del doctor Chevrier, que no se apoyan, por cierto, en fundamento alguno de las Sagradas Escrituras, de la Tradición o de la Teología católica.

Para explicarnos esas vivencias psíquicas en el moribundo de tipo religioso, que ahora son objeto de nuestro estudio, bástenos saber que en esos momentos agónicos o preagónicos el alma se convierte en teatro de las escenas más sorprendentes y misteriosas. Cargada para nosotros de enigmas indescifrables, se entabla entonces en el interior del alma una lucha dramática y dolorosa no sólo entre los dos elementos—psíquico y somático—que han convivido pacíficamente más o menos años, sino entre dos poderes rivales que no pertenecen a este mundo y que se disputan la posesión del alma del hombre. Si la sugestiva teoría de las iluminaciones agónicas se limita a afirmar que las gracias que se concedan al alma en esos momentos decisivos poseen una virtud capaz de contrarrestar y contraponerse a la fuerza de los asaltos de que entonces hace objeto al alma el espíritu del mal, creemos que no habrá quien se atreva a negar la existencia de esas iluminaciones. El alma tiene que tomar entonces su última determinación, porque no le queda más tiempo disponible que aquél. Es lógico, pues, que esos momentos, lo que dure a lucha entre ambos poderes—los del cielo y los del infierno—, se caractericen por una intensa actividad espiritual, que el alma llame en su socorro a todos los sentimientos, pensamientos y recuerdos que halle dentro de sí y puedan facilitarle el triunfo, que movilice todos sus recursos y vitalidades interiores y todo lo mantenga en viva y persistente erección.

Eso sin contar con la fuerza de esa oración que tantos cristianos rezan todos los días: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores... en la hora de nuestra muerte», invocación que tantas almas piadosas desconocidas dirigen a la Madre de Dios en favor y en puesto de los que se olvidan de rezarla.

Y nada digamos si opera también sobre el moribundo conjuntamente la gracia de los Sacramentos y las oraciones de la Iglesia.

Pero prescindamos de todo esto, que solo tendrá exacta aplicación con las almas que mueren piadosamente, como más o menos piadosamente vivieron. Por regla general siempre será cierto que si las ciencias médicas comprueban frecuentemente, como hemos visto, la plena integridad de la inteligencia en el curso largo o corto de la agonía y hasta un supremo y desusado resplendor en ella, la teología católica añade que muy oportunamente este último ejercicio de la razón humana sobre la tierra puede ser para comprender mejor las verdades religiosas, que a lo mejor han sido desconocidas por mucho tiempo, acaso durante la mayor parte de la vida y para prestarles una adhesión amorosa y cabal.

¿PURA COMEDIA O RETRACTACION SINCERA?

A la luz de esta sumaria exposición vengamos al hecho concreto de los últimos momentos de Voltaire. El articulista mantiene la creencia de que la llamada al abate Gaultier por parte de Voltaire fue una pura comedia y a retractación cosa fingida. Sin que neguemos categóricamente la exac-

titud de semejante afirmación, nos atreveríamos a decir que no apreciemos fundamento razonable para sostenerla. Más bien diríamos que hay sobrados motivos para presumir que el llamamiento al abate Gaultier pudo ser sincero.

Si Voltaire hubiera sido un nombre vulgar, con algunas vinculaciones a personas o a instituciones religiosas, pudiera suponerse que aquellas medidas tuvieran por objeto congraciarse con ellas con vistas a obtener tales o cuales juicios elogiosos o prerrogativas de alguna clase. Pero un hombre como Voltaire, cuya fama llenaba toda la Europa de su tiempo, adulado por príncipes de la sangre y de las letras, sin ningún género de vinculación a la Iglesia ni a sus hombres, a los que no cesaba de combatir o de ridiculizar y de los que no tenía que mendigar nada, no se explique sintiera la necesidad de fingir unos sentimientos que no abrigaba, con el riesgo de que, descubierta la simulación, sobreviniera el descrédito de su persona y de sus obras aun a los ojos de sus propios admiradores.

¿Que por fin no confesó con el abate Gaultier a pesar de haberle requerido para hacerlo? Es cierto. Pero recuérdese que ello fué debido a que era en aquel caso inexcusable la previa retractación y esta retractación no fué juzgada suficientemente explícita y expresiva por el abate Gaultier ni por el párroco de San Sulpicio, de quien aquél dependía. ¿Puede suponerse que una retractación de esa naturaleza, imprecisa e insuficiente, fuera mañosamente preparada por el propio Voltaire para simular una retractación que no tenía el propósito de verificar? No nos atrevemos a suponerlo. Más bien puede atribuirse a impericia de Voltaire en cuanto al modo de redactar ese género de documentos. Hubiéramos salido en todo caso de dudas si Voltaire hubiera conocido la segunda retractación, que le llevaron en su segunda visita el abate Gaultier y el párroco de San Sulpicio y se le hubiera puesto en el trance de aceptarla o de rechazarla.

Pero ya se recordará que cuando éstos se presentaron con dicho objeto en la alcoba de Voltaire este no gozaba ya de conocimiento. Y no creyeron oportuno hablarle de retractación ni de confesión. Y ya se recordará también que cuando el abate Gaultier intentó visitarle el 13, el 15 y el 30 de marzo con ánimo de oírle en confesión, no le permitieron acercarse a él aquellos siniestros personajes que hacían guardia junto a su alcoba. Esa guardia, como otras muchas veces ha ocurrido en la Historia, creemos que fué lo único que impidió la confesión de Voltaire y su obligada retractación. Si algún lector de los que se resisten a la aceptación de esta hipótesis llevaran su condescendencia al extremo de admitirla, siquiera a efectos puramente dialécticos, y a dar por supuesto que, en efecto, Voltaire quiso sinceramente confesarse con el abate Gaultier, todavía queda una duda: la de si aquellos sentimientos sobrevivieron a las penosas escenas de que fué protagonista Voltaire en los dos meses siguientes y perduraron hasta el momento de expirar. Ciertamente las últimas horas de Voltaire no lo abonan. Desgraciadamente fueron desedificantes y hasta vergonzosas. Sobre todo aquel mal trato dispensado a los que le asistían en su enfermedad y las injurias e impropiedades que les dirigía. Pero sería poco justo y hasta caritativo suponer que Voltaire se hallara en plena lucidez de conocimiento. Recordemos que horas antes de expirar no reconoció al abate Gaultier y le dijo frases incoherentes. No cuesta trabajo pensar que en esa situación se encontraba desde mucho antes, aunque sólo del momento de esa frustrada entrevista tengamos explícito testimonio. Lo esencial es que aquellos propósitos de confesión y de retractación manifestados, si bien algo imprecisamente, al abate Gaultier fueran sinceros y que pudieran haber fletado sobre las luctuosas escenas de París sin perder su fuerza nativa.

Ello nos basta para pensar que hay sobra de material en todo eso para que Dios pudiera desplegar su infinita misericordia, conceder al alma de Voltaire esas iluminaciones de última hora, aun entendidas con las restricciones con que nosotros las hemos expuesto, que le permitieran realizar una de esas preciosas conquistas que a El tanto le enamoran, la de hacer rendir las armas y entregarle a El una existencia que se había pasado la vida haciéndole la guerra. Es posible que tengamos muchas sorpresas de ese género cuando a la luz del mundo futuro, que será distinta de la luz del mundo presente, contemplemos y admitiremos la inefable historia del gobierno de Dios sobre las almas.

Francisco PEIRO, S. J.

MAQUINARIA AGRICOLA ESPAÑOLA



UN PARQUE DE TREINTA MIL TRACTORES Y MIL QUINIENTAS COSECHADORAS MODERNAS

V ALDEOLMOS es un pueblo de la provincia de Madrid, agrícola, triguero, de labradores trabajadores y afanosos. Lisardo Acevedo es uno de ellos. Hace nueve años, a Lisardo Acevedo no se le podía hablar de un tractor, ni de una cosechadora, ni de una trilladora tan sólo.

—¡Me habéis oído! No quiero saber nada de los tractores ni de ninguna otra porquería de máquina. Donde haya un buen par de mulas, que se quiten todos esos inventos, que no sirven para nada.

Lisardo Acevedo, honradamente, porque así lo creía entonces, era un enemigo declarado de la mecanización.

Mas Lisardo Acevedo tenía y tiene, por ventura, un hijo varón. Por entonces, el mozo no había aún ido al servicio militar. Y el chico trataba en un empeño renovador, de convencer al padre.

—Mire usted, padre, que una máquina hace el servicio de muchos criados; que una máquina si se la cuida, no se muere; que, en vez de lo que se come el ganado de trabajo, podemos tener vacas que nos den leche y carne.

El padre, al principio, seguía firme que firme, apegado a su creencia.

—Escuche usted, padre; le voy a hacer una proposición, un cambio como si dijéramos.

Los meses de insistencia iban, casi en milagro, a conseguir el objetivo.

—Padre, venda usted dos yuntas y meta un tractor pequeño, a mi cargo, como para probar.

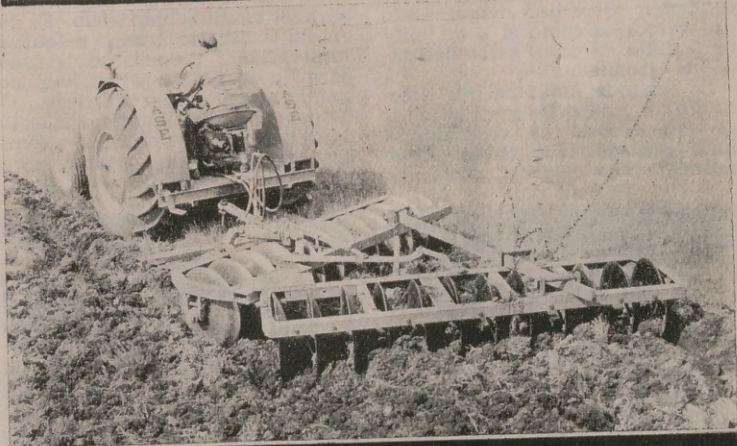
El padre, después de mucho regar, consintió.

—Pero ten entendido que tú te las arreglarás con todo. Yo no quiero saber nada del tractor.

El pequeño tractor que rompiera la tradición familiar llegó al campo. El padre apenas le miró. Por dentro le tentaba un pensamiento. De una parte:

—¿Para qué le habré dicho yo a mi hijo que sí? Ganas de perder tiempo y dinero...

Por otra:



EL CAMPESINO ESPAÑOL SE MECANIZA

—El caso es que cuando los fabrican, para algo servirán.

El pequeño tractor iba y venía por los campos, mejor que las mulas.

El padre, Lisardo Acevedo, un hombre recto de intención y honrado de parecer, se fué convenciendo. Y un día llamó al hijo:

—Ven, sube, que quiero hablarte.

Se sentaron frente a frente, como dos profesionales. El padre estiró la mano y dijo, simplemente:

—Tienes razón, hijo mío.

Hoy Lisardo Acevedo, vecino del pequeño pueblo madrileño de Valdecimos, tiene, además, un tractor gigantesco, de 65 caballos, y una cosechadora del último modelo. Un esfuerzo menor se ha notado en todos los de la familia. Las faenas son terminadas en su justo tiempo; el rendimiento económico es superior al antiguo. Hay vacaciones para cualquier lugar de España para todos, porque las máquinas lo permiten.

El viejo tractor que rompió la costumbre, aunque sigue funcio-

ando, es hoy mirado como una reliquia, como el objeto que permitió en menos de diez años realzar toda una transformación agrícola que supone cincuenta años de ingeniería y de técnica. Ahí está, pues, Lisardo Acevedo para contestar a quien quiera escribirle. El dirá que, efectivamente, es verdad todo esto.

UN PARQUE DE TREINTA MIL TRACTORES Y MIL QUINIENTAS COSECHADORAS

La España agrícola, el campo, hoy se mecaniza. Unido a la maquinaria que en virtud de tratados o de convenios llega del extranjero, la maquinaria agrícola que se fabrica en España ayuda a cumplir el cometido. Sin embargo, son las grandes máquinas las que, por ahora, nos llegan de fuera. Su llegada supone un aumento de productividad, una mejora de rendimiento en la cosecha española. Casi está segada ahora toda España. Pues bien, por los pueblos del valle del Ebro, desde Tudela a Zaragoza, o por los pueblos del valle del Guadalquivir, por ejemplo, grandes máquinas, potentes máquinas agrícolas de último modelo desarrollan su función como recién llegados obreros especializados que han conquistado el favor de los campesinos.

Presidiendo este conjunto de modernas máquinas agrícolas se encuentra el tractor. En España hemos saltado en los cinco años últimos de un parque de quince mil tractores al doble. Hoy caminan por los campos españoles treinta mil tractores, la mayor parte de reciente fabricación. El tractor es el motor poderoso que moverá las demás máquinas. Un tractor sin una máquina puede funcionar. Pero una máquina sin un tractor es como si a un miopé le faltasen unas gafas debidamente graduadas.

La segunda máquina que sucede en importancia al tractor es la cosechadora. La cosechadora hace ella sola todo. Siega, trilla, aventá y, en resumen, traslada

limpísimo el grano desde la espiga al almacén. Apúntese la diferencia para segar a brazo una hectárea, atar las gavillas, llevarlas a la era, trillarlas y aventar. Un mes casi para recoger un quintal. Nuestro censo español de cosechadoras asciende ya a mil quinientas unidades. El número no es todavía, ni mucho menos, el suficiente. Pero el empuje de estas máquinas se ha notado extraordinariamente en la cosecha que está recolectándose.

La mecanización agrícola—autores principales son el tractor y la cosechadora—determina, evidentemente, un ahorro de mano de obra. Y esta mano de obra que deja de utilizarse puede ser empleada, con mayor remuneración para el obrero, en la industria, en la nueva industria que surge cada día. Por otra parte, la mecanización productiviza la recolección; es decir, se obtiene para el propietario o el arrendatario un mayor rendimiento económico. Primero, porque aprovecha mejor el tiempo; segundo, porque aprovecha mejor el producto. Aumenta la producción por unidad de trabajo humano empleado en la agricultura, hace que desaparezcan las haciendas pequeñísimas y antieconómicas, consolidando las de pequeña y media extensión, con lo cual se fortalece el tipo de unidad agrícola rentable y, sobre todo, determina el cambio de ganado de labor por ganado de renta, con lo que el beneficio económico—el dinero a ganar—se eleva a mucho más del doble.

Después de la cosechadora una máquina utilísima para el campesino, y de las cuales ha venido a España en estos últimos tiempos, repartidas por todas las regiones, un buen número de ellas, son las gradas excéntricas para el mullido del suelo. Es la grada excéntrica una máquina rotativa que prepara el terreno para la siembra. Y en vez de romperlo sin orden ni ritmo, lo desmenuza tan finamente que lo deja como una auténtica alfombra, en condiciones óptimas para la siembra de los cereales.

En este trío de máquinas que se han repartido por España ocupa el cuarto lugar la máquina que sirve para impedir que el rastrojo se quemé. El rastrojo que deja la cosechadora no debe ser quemado, como muchos campesinos creen y aun practican.

El campesino español, pues, se mecaniza. Pero aun ha de mecanizarse más. Aun hay por ahí muchos antiguos hombres que desprecian el valor de las máquinas; aun se creen que una buena mula es mejor que un tractor. ¿Dudarían estos campesinos si les ofrecieran dos carteras, una con un billete de cien pesetas y otra con mil billetes de mil pesetas? Esta es la diferencia entre hacer la recolección a brazo y hacerla con máquina.

La elección, la verdad, cualquiera la haría.

VARIEDAD DE CULTIVOS, VARIEDAD DE MAQUINARIA

Para la variedad de los cultivos del campo hay también variedad de maquinaria.

Así, en las fincas ganaderas es elemento indispensable la empacadora portátil, que permite reducir el volumen de la cosecha y hacer fácil el transporte de la hierba desde el campo a los almácenos del establo. Estas empacadoras son especialmente útiles, por ejemplo, para la alfalfa de nuestros regadíos.

Y más completas todavía que las anteriores empacadoras están, dentro de la misma línea, las máquinas que recogen el heno, que lo empaican automáticamente y que lo cargan en el remolque, todo ello sin más intervención que la del conductor del tractor y la de un ayudante para apilar las pacas en el remolque.

El cultivo de plantas forrajeras ha sido especialmente estimulado por el Ministerio de Agricultura. Las plantas forrajeras pueden conservarse a lo largo del año, ensiladas o henificadas. En las praderas naturales o artificiales, encuentra fácil campo de acción y de acomodo la guadañadora del tractor, con rastros de descarga lateral, donde el heno queda recogido en pocas horas.

De esta manera y a semejanza de lo que ocurre con los cereales, un campo de heno, con la máquina, es recogido en un solo día, lo que a brazo se hubiera tardado más de dos semanas largas.

Para recolectar el maíz y llevarlo al granero están las elevadoras mecánicas que remontan la mazorca o el grano suelto hasta el almacén y que sirven también para apilar sacos, con lo que su uso es doblemente provechoso.

Modelos de todas clases y para todos los cultivos han llegado a España. Desde el minúsculo motocultor hasta el potente tractor de 150 caballos; desde la cosechadora impecable hasta la empacadora rápida y exacta. El campo español se mecaniza a buena velocidad; mas lo bueno, lo verdaderamente bueno es que esta velocidad sea todavía doblada. Los campesinos con su interés harán posible la conquista de la marca.



Montaje en serie de máquinas segadoras atadoras en la fábrica de materiales agrícolas de Vitoria. La industria española progresa en la técnica industrial de explotaciones para el campo

Para colonizar las grandes zonas que actualmente está transformando o que ha transformado el Instituto Nacional de Colonización ha sido necesario importar grandes máquinas especiales.

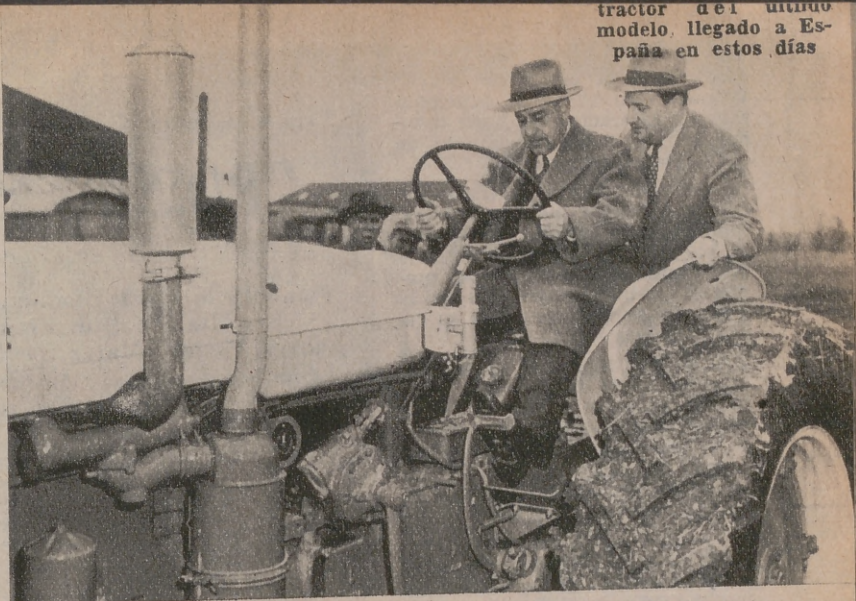
Badajoz, con su gran Plan de Colonización en marcha, que va a convertir a aquella provincia en una auténtica California española, ha visto desfilar por sus latitudes grandes y extraños artefactos como salidos de ultratéluricos mundos. Por la zona de Montijo principalmente estos monstruos de acero han tenido su mejor y más persistente campo de acción. Las grandes traillas, las motoniveladoras y los colosales abrezanjas han permitido nivelar las parcelas que iban a ser dedicadas al regadío, con un ahorro de tiempo y de dinero extraordinarios. La operación de alisar un campo con una motoniveladora sólo exige la experiencia y la capacidad técnica del conductor del artefacto. Esta operación fácil al tacto de un buen conductor, necesitaba anteriormente jornales de pico y pala. Economía y productividad es el resultado, el buen resultado.

Estos grandes equipos son, igualmente, los que permiten las labores del subsuelo sin revolver la tierra. La máquina rasga y plana al terreno y lo esponja.

El impulso, el avance y la adecuada acción de la maquinaria agrícola es enorme. Para cada cultivo, dijimos, está su maquinaria. Pues bien; desde el aire puede ser igualmente empleada la maquinaria agrícola: son las avionetas de fumigación para la lucha contra las plagas forestales al servicio del Ministerio de Agricultura. Ahora mismo se ha hecho en Jerez un tratamiento aéreo de la plaga del «earia» en el algodón; antes se hizo uno contra el arañuelo del olivo en Jaén, con magníficos resultados, como el anterior. Y antes también, los pinares de Balsain y de La Granja fueron tratados desde el aire. Máquinas más pesadas, menos pesadas, terrestres o aéreas, gigantescas o minúsculas tienen todas su acomodo, su empleo adecuado y, lo que es mejor, su rendimiento centuplicado.

El obtener una máquina de cualquier tipo no representa problema para el agricultor que de verdad quiera beneficiarse de ella y desee adquirirla para su uso particular. El Servicio de Crédito Agrícola del Ministerio de Agricultura concede hasta el 70 por 100 del precio de la máquina a pagar en cuatro años al 3,75 por 100 de interés; es decir cuando la máquina ya ha sacado con creces el importe de su valor.

De la misma manera el Ministerio de Agricultura ha tenido especial interés en conceder los primeros equipos de maquinaria agrícola importados en España a aquellas fincas que adquirieron el título de ejemplares —como la del Torbiscal, de don Manuel de la Cámara, cerca de Sevilla—, por los aciertos en organización y orientación. Pero hoy todos los agricultores pueden solicitar maquinaria. Ellos verán cómo la



UN BUEN TRACTORISTA NO SE COMPRA

solicitud y la concesión aneja no ha sido, ni mucho menos, trabajo perdido.

Para que todos los trabajadores agrícolas puedan beneficiarse del uso de estas máquinas, vayan conociéndolas, familiarizándose con ellas y observando los innegables ventajas que presentan sobre los antiguos métodos del cultivo y recolección a tracción humana o animal, las Cámaras Oficiales Sindicales Agrarias de casi todas las provincias disponen de parques móviles de maquinaria, que es alquilada a los agricultores asociados a primas reducidísimas.

Durante esta cosecha, la maquinaria agrícola móvil de la C. O. S. A. ha estado totalmente ocupada.

De esta forma se cumple una doble finalidad, la de enseñar y la de convencer. Y añadiremos una tercera: la de proporcionar mayor ganancia económica a los agricultores que las utilizan. De esto, los primeros en saberlo son ellos mismos los que las emplean. Es su mejor satisfacción. Y bien grande, por cierto.

De todas maneras, el hombre vale más que la máquina. La cabeza del equipo es el hombre; si se rompe una cosechadora o se destruye puede ser reemplazada al instante; un buen mecánico, un buen especialista conocedor al detalle de los motores, de los dispositivos de funcionamiento, ha necesitado antes un tiempo de preparación que no se improvisa.

Por ello, el agricultor ha de tender, una vez en posesión de la maquinaria precisa, a ser él mismo, un especialista del tractor o de cualquier otro equipo.

No han de ocurrir los siguientes casos.

Un ingenio agricultor, después de utilizar un año su tractor, se acercó al agente que se lo hubo vendido para pedirle cinco litros de aceite como el que le diera al entregárselo, pues este aceite era tan bueno que no se lo había cambiado todavía. He aquí una barbaridad, por desconocimiento; cualquier mecánico o mediano experto en motores sabe que a un

La cosechadora es una máquina prodigiosa, que transporta el trigo desde la espiga al remolque. Para su uso sólo bastan dos hombres



motor hay que cambiarle el aceite cada cien horas de funcionamiento. El tractor del buen hombre, si que hubo funcionado de auténtico milagro.

Otro agricultor se alarmó porque su tractor no funcionaba. Llamado el mecánico urgentemente, lo único que tuvo que hacer fué limpiar el motor, pues el propietario lo había engrasado con la grasa de las manguetas de su carro de mulas.

Al otro, el motor de su aparato agrícola no el funcionaba. Igual que el anterior. Limpieza únicamente, porque había empleado para traer gasolina bidones de barniz, con lo que la pintura había obstruido completamente todos los tubos.

Son estos ejemplos de la ignorancia del propietario que no se ha preocupado de aprender del cuidado de su máquina.

Para evitar todos estos pequeños contratiempos y para instruir adecuadamente a los agricultores en el uso de las máquinas, el Ministerio de Agricultura facilita la enseñanza del agricultor y de sus obreros, perfeccionándoles en demostraciones y cursillos.

El profesor explica:

—Ningún conductor de una máquina ha de ignorar cuáles son los cuidados sencillos para su conservación. Tiene que cuidar su motor, limpiarlo, reponer el agua en el radiador, el aceite del ergrase, limpiar y engrasar los cojinetes, limpiar el filtro del aire, apretar las tuercas...

Escuchando y contemplando las explicaciones junto con las demostraciones prácticas, los alumnos aprenden. Alumnos de todas las regiones y de todas las categorías sociales; desde el modesto agricultor que ha enviado a su criado para que aprenda, hasta

Está a la venta el número 41 de

"POESIA ESPAÑOLA"

en el que encontrará las firmas de

Manuel Alcántara, Benjamín Arbeteta, Javier de Bengoechea, Ramón Cid, Francisco-Tomás Comes, José María Farias, Margarita Feal, Jean-Claude Ibert, Leopoldo de Luis, F. Martín Iniesta, Manuel Molina, José Miguel Naveros, Carlos Edmundo de Ory, Vicente Ramos y Félix Ros

Precio del ejemplar:

DIEZ PESETAS

Pedidos a Pinar, 5, Madrid

el hijo del grande de España, que quiere conocer, para luego dirigir, el manejo de la maquinaria.

En la Escuela de Ingenieros Agrónomos, en la sección de Motocultivo, se desarrolla todo el trabajo de maquinaria agrícola, paralelamente con la Estación de Mecánica Agrícola, a cuyo cargo está el primer ensayo y demostración de toda la maquinaria moderna. La Estación de Mecánica Agrícola, desarrollando una excelente labor, ha efectuado repetidas demostraciones completísimas en El Encín, en Burgos y en Valladolid.

Precisamente el 13 de este mes se ha celebrado en Madrid, la prueba final del Campeonato Nacional de Tractoristas, correspondiente a los Premios Nacionales de Destreza en el Oficio.

Con estos cursillos, además de la mejora y productividad de la cosecha, el hombre también mejora de profesión. No es lo mismo ser tractorista o especialista que manejar una hoz únicamente

El sueldo de los primeros se ha doblado con creces. La familia del obrero vive mejor, el propietario obtiene más rendimiento a su cultivo. En resumen: todos han salido ganando.

TRES MIL TRACTORES ESPAÑOLES EN UN AÑO

La gran maquinaria pesada procede de las partidas de importaciones que ha conseguido el Ministerio de Agricultura.

Sin embargo, España posee ya una industria agrícola importante, que en el futuro, un futuro tan próximo que apenas llegará a seis meses, tendrá una magnífica capacidad de producción de maquinaria auténticamente pesada.

No hace mucho, se ha inaugurado la fábrica de tractores «Fordson» en Barcelona. El tractor «Ebro», muy pronto, estará ya en el mercado, y con él sustituiremos gran parte de las divisas que se dedican a la importación de estos aparatos.

Otra fábrica, la Lanz, completará con la anterior el ciclo de fabricación de tractores pesados.

Entre las dos, en el próximo año, 3000 nuevos tractores tendrán nuevo propietario. La mecanización del suelo, dentro de poco, podrá ser total. Y el beneficio conseguido será tan extraordinario, que no habrá ningún campesino, en los años próximos que deje de decir:

—Entonces fué cuando, de verdad, empecé a ser rico.

Luego aparecen por España—en el Norte—el resto de las casas que fabrican maquinaria agrícola. No solamente el arado clásico, sino máquinas menores y modernas para siega, trilla y labranza.

Para siega y trilla, ahí están las casas renombradas de Ajuria, Olma, Trepas y Pueyo; para la maquinaria de labranza, SACA, Moreno, Barrio y Vidaurreta, entre otras.

Tractores españoles, dentro de poco andarán por los caminos, por los campos, por las fincas de nuestros agricultores.

Y no muy lejos tal vez, las grandes cosechadoras, las empacadoras o, incluso, las motoniveladoras, podrán salir de nuestras fábricas.

El trabajo de los hombres, que es lo verdaderamente importante y con valor, permite la mejora. Este sí que es un bonito esfuerzo.



Las máquinas empacadoras portátiles son indispensables en cualquier finca ganadera para reducir el volumen de la cosecha y hacer fácil su transporte desde el campo hasta el establo



LA PAZ SOBRE TUNEZ

HABIB BURGUIBA,
jefe de los neo-
desturianos, ha
recibido a un
periodista español
por primera vez

CUATRO PREGUNTAS Y UNA DE REPUESTO

Por Luis Antonio de Vega
(Enviado especial)

GRACIAS a la intervención de don Gonzalo de Ojeda, nuestro cónsul general en Túnez. Las cosas se desarrollaron dentro de una línea diplomática. Yo había escrito desde Madrid a Sidi Habib Burguiba anunciándole mi visita. Comprendí que en estos momentos en que se va a jugar la última baza, posiblemente sangrienta, de la independencia de Túnez, la situación actual aconsejaría cautela al jefe de los neodesturianos, futuro presidente del Consejo de ministros del beyato y que no considero totalmente imposible que llegue a serlo también de una Federación de naciones norteafricanas de límites todavía imprecisos. Por esta causa escribí a Abd el Jalak Terras a Tetuán, ministro del Majzén, para que me presentara y recomendase.

Al mismo tiempo, por evitar que Burguiba sospechase que intentaba colocarle en una postura difícil con demandas más o menos capciosas, le envié un cuestionario con cuatro preguntas, que serían básicas para nuestra conversación.

La bandera francesa ondea todavía sobre Bab-el-Bahar (Puerta del Mar), que hoy llaman Puerta de Francia, y consideré un deber de cortesía comunicar a las autoridades militares mi visita a Sidi Habib Burguiba, máxime teniendo en cuenta que, merced a una gestión hecha por el agregado cultural de la Embajada de Francia, M. Pierre de Bourbon, el residente general en



En estas dos fotografías se refleja el entusiasmo popular que rodea a Burguiba, jefe del Neo-Destur tunecino



Fotografía dedicada, con un autógrafo para EL ESPANOL, de Habib Burguiba

Túnez autorizó telegráficamente mi entrada en el país, en unos momentos en que es perfectamente explicable que esta clase de permisos se concedan con parsimonia. Por otra parte, creo ser el periodista español que reúne menos cantidad de méritos para que se le concediera la autorización.

Quiero dar las gracias a don Manuel Alexandre, cónsul de nuestro Consulado, que puso talento y buena voluntad en conseguir que durante mi permanen-

cia en el beyato todo me resultara fácil.

En los Servicios de Información de la Residencia fui recibido, primero, por un coronel, y luego por un comandante. Ambos estuvieron simpáticos y cordiales.

—He venido a comunicarle que voy a visitar a Sidi Habib Burguiba.

Hizo un ademán, dándome a entender que, por lo que se refería al Servicio de Información, lo mismo les daba que fuese al centro del partido separatista neodesturiano que a pedirle a Simbad el Marino que me pasara en su barca.

Tiene muy buena clase el coronel. Apartó la conversación del tema Burguiba para preguntarme si conocía a los militares españoles que intervinieron en la ocupación de Ifni.

—A todos. Conocí al general Capaz y a Antonio del Oro. Soy íntimo amigo de Eduardo Madonado...

—Cuando le vea salúdele en nombre de un viejo camarada de Mauritania.

Eso fué todo. El comandante se interesó un poquito más—muy poquito más—por mi visita a Burguiba.

—Tengo entendido que es un buen conversador.

—Sí. Espero que el diálogo no esté desprovisto totalmente de interés.

—Si necesita alguna cosa de nosotros...



Presidencia de un mitin del Neo-Destur, con intervención de Burguiba

Muy amables los militares del Servicio de Información de la Residencia General. Me tranquilicé acerca de que saldría por la T. W. A. en la fecha prevista, con mi billete de regreso, sin que nadie me invitara a precipitar la partida de Túnez, porque yo, de todas formas, hubiera ido a ver a Burguiba. Sin el reportaje no me vuelvo a Madrid.

En otro caso, el director de EL ESPAÑOL examinaría seriamente la conveniencia de enviar un chico a quien hubieran suspendido en el examen de ingreso en la Escuela de Periodismo cuando surja una revolución en Persia se amotinen las mujeres pakistanesas o se declare la guerra irraelí, tres acontecimientos que pueden producirse mañana mismo.

UN «DIGEST» BIOGRÁFICO

Busqué por las librerías de la ciudad árabe y de la ciudad europea de Túnez, sin encontrarla, una biografía de Habib Burguiba. Libros que hablen de él, muchos. No sólo en el Zoco de la Kataba, sino en todos los zocos. Pero una biografía, no. Juzgo necesario exponer algunos datos acerca del hombre que va a jugar el papel de mayor importancia en el mundo musulmán, y que incluso cabe la posibilidad de que las circunstancias le obliguen a ser el «dueño de la hora» en la guerra de la independencia del Norte de África.

Habib Burguiba nació en Monastir el año 1903, último de una familia de ocho hijos, seis varones y dos hembras. Estudió en Túnez, en el colegio Sidi el, y después en el Instituto Carnot, de Segunda Enseñanza.

Como todos los jefes de los diversos movimientos separatistas de Asia y África, hizo sus estudios superiores en París, donde se licenció en Derecho y obtuvo el diploma de la Escuela de Ciencias Políticas.

A los veintitrés años contrajo matrimonio con una señorita francesa. Regresó a Túnez en 1927, se inscribió en el Colegio

de Abogados y obtuvo importantes éxitos en el ejercicio de su profesión.

Sidi Habib Burguiba no se hizo nacionalista en París. Ya lo era al salir de Túnez, pues a los dieciocho años se inscribió en el Destur, aunque su carrera política no comenzara hasta tres años después de su regreso al beyalato (1930).

Se le tiene, con razón, por gran orador y excelente periodista. A fines de 1932 fundó «Acción Tunecina», en el que colaboraron los jóvenes disidentes de «La Voz del Tunecino», órgano del Destur.

Comenzó una campaña contra la naturalización. Como se dice en la copla de la Virgen del Pilar, tampoco los tunecinos querían ser franceses. Francia se equivocó de buena fe, como se equivoca siempre que pretende hacer regalos de nacionalidad y menos mal que no lo ha intentado en Marruecos, donde no está el horno para la coadura de esa clase de bollos.

En 1939 se prohibió la publicación de «Acción Tunecina».

La energía de Burguiba se había impuesto a los dirigentes del Destur, y el 12 de mayo de 1933 un Congreso extraordinario del partido llamó a todo el equipo literario de «Acción Tunecina» a que formara parte de la Comisión ejecutiva, de la que se separaron el 9 de septiembre del mismo año.

Las dos tendencias rivales hicieron un llamamiento a los afiliados. El Congreso extraordinario, celebrado en Ksar Hibal el 1 de marzo de 1934, colocó a los intelectuales de «Acción Tunecina» a la cabeza del partido. Burguiba fue nombrado secretario general. A los partidarios del antiguo grupo se les denominó viejos desturianos.

La Oficina Política del Neo-Destur, dirigida por Burguiba, comenzó la labor de organizar a las masas. El movimiento se extendió rápidamente.

El 3 de septiembre de 1934 Burguiba fue deportado a Bordj Leboeuf, en el Shara Túnez co-

noció un período de revueltas, que terminó con la liberación de Burguiba, que fue recibido triunfalmente en la capital.

Intentó la primera experiencia M. Vivot (agosto de 1936), que le recibió dos veces en el Quai d'Orsay. Las gestiones para conseguir un entendimiento fracasaron.

En abril-mayo de 1938 estalló la revolución nacionalista de Túnez. El país fue pasado a sangre y fuego. Burguiba fue acasado por la justicia militar de complot contra la seguridad del Estado. Se hallaba preso cuando estalló la segunda guerra mundial.

Con los otros dieciocho acusados en el complot le llevaron a Marsella (27 mayo 1940), donde les tuvieron presos en el Haut Fort Saint Nicolás hasta el 18 de noviembre de 1942.

Después de la ocupación de la zona libre fue transferido al fuerte de Lyon, y después al fuerte Vanie, en el departamento de Ain. El 8 de enero de 1943 le llevaron a Niza, y de aquí a Roma, donde fue recibido con gran pompa por el Gobierno italiano, que esperaba unirle a la causa del Eje. Tiempo perdido.

Burguiba estuvo en Roma hasta el 8 de abril, fecha en que le autorizaron a que regresara a Túnez, cinco años después de haber sido detenido. Nuevo recibimiento triunfal por parte del Bey y de toda la población.

El Estado Mayor alemán puso a su disposición un avión especial para que se refugiara en Alemania; pero prefirió seguir en Túnez, viviendo en la clandestinidad.

Dirigió un llamamiento al pueblo, invitándole a colaborar «sin condiciones ni reservas», al esfuerzo de guerra aliado. El general Juin prohibió que se difundiera el llamamiento. El cónsul general de Estados Unidos intervinó, y el general Juin ordenó que cesaran las persecuciones. Burguiba salió de la clandestinidad para vivir bajo el régimen de libertad vigilada hasta el final de la guerra.

El general Blast fue nombrado residente general en Tunicia. En las entrevistas que tuvo con Burguiba no se consiguió ningún resultado.

Burguiba salió de Túnez clandestinamente el 26 de marzo de 1945, para llegar a El Cairo un mes después. Permaneció en el extranjero hasta 1949, dedicado a una labor de propaganda en el Oriente Medio y en Estados Unidos.

Regresó al beyalato el 8 de septiembre. Tercera recepción triunfal por parte del pueblo tunecino. Su alteza Lamin Bey le acogió calurosamente en su palacio de Cartago.

Durante siete meses Burguiba recorrió el país, poniéndose en contacto con el pueblo. Volvió a París el 12 de abril de 1950, con objeto de buscar un terreno de entendimiento con Francia antes de que fuese demasiado tarde.

Lanzó su programa, condensado en siete puntos, y encontró apoyo en personas pertenecientes a todos los partidos políticos franceses.



La sinagoga de Túnez



Una vista de la ciudad



Una plaza de Monastir



Barrio árabe de Sussa

Después del nombramiento de M. Peridier de residente general en Tunicia, Burguiba se avino a tomar parte en una tentativa de solución del problema, a base de la autonomía interna del país. Se constituyó el Gobierno Chenik, y Salah Ben Yusef representó al Neo-Destur.

Burguiba realizó en 1951 un periplo a través del mundo. Recorrió la mayor parte de las ciudades asiáticas. Estuvo en Estados Unidos, Inglaterra, España. Volvió a París el 15 de diciembre de 1951 y constató el final de la «experiencia tunecina». Regresó a Túnez y convocó el Congreso del partido para estudiar la nueva situación política. Prohibido por M. De Hauttelogue, el Congreso se celebró clandestinamente.

El 18 de enero de 1952 Burguiba fué detenido y alejado a Thabarca. El 16 de marzo, al mismo tiempo que los ministros eran deportados, a Burguiba le trasladaron a Remada, en el extremo Sur. De allí le deportaron a la isla de Gatite, donde permaneció dos años sometido al riguroso clima y al aislamiento.

En mayo de 1954, como consecuencia de una campaña en favor de su liberación, llevada a cabo en Túnez y en París, Burguiba fué conducido a la isla de Graix.

En julio de 1954 el Gobierno Mendes-France le llevó a París, fijándole como residencia el cas-

tillo de la Ferté, en Amily, en Lariet.

El 31 de julio de 1954, en Cartago, Mendes-France inauguró una nueva política. La autonomía interna del Estado tunecino fué reconocida y proclamada. Burguiba dió su adhesión. Una nueva «experiencia tunecina» comenzaba.



Burguiba entra en Monastir a caballo

Los datos que figuran en esta biografía «digest» están sacados del libro «Francia y Tunicia», del que es autor Habib Burguiba.

SUSSA Y MONASTIR EN TIERRAS DE ES SAHEL

Quando llegué a Túnez el jefe del partido Neo-Destur no se encontraba en la capital. Habian pasado varios días, y la gente comentaba lo que había sido el recibimiento que tributó su pueblo a Habib Burguiba. Trescientas mil personas en La Goleta y Túnez. Habian llegado representantes de todas las regiones del país, entre ellos fellahs, que acabarían de ocultar las armas por si se veían obligados a volverlas a utilizar.

Burguiba se encontraba en Es Sahel (La Costa), y temí que retrasara su regreso, teniéndome anclado en el convento de los padres blancos de Cartago hasta una fecha imprecisa.

Me acordé del proverbio de la montaña y de Mahoma.

En el camino de Túnez a Sussa se puede apreciar que los franceses han hecho algo más y algo mejor que mediana política en lo que todavía continua siendo su Protectorado.

Hasta Fonduk Jedid (Las Fondas Nuevas), el país es rico y llano. Janguet, con un calor de horno, saluda con viñas y olivos. En Grombalia se aprecia la contribución que ha prestado la mano de obra siciliana a la agri-

cultura de la Regencia. Muchos aceites y muchos naranjos en Bu Rekba y en Hammanut. Bosques de limoneros.

En Bu Ficha, el tren recorre durante cerca de cuarenta kilómetros el dominio de la Enfida (100 000 hectáreas), propiedad de la Sociedad Francoafricana, que se la compró en 1880 al ministro tunecino Jeir en Din. Las dificultades que encontró dicha Sociedad no fueron del tono ajenas a la intervención de Francia en el serralato, pero esas son viejas historias. Viejas y malas historias como las de los Krumires.

Si a Francia la hemos de juzgar por sus procedimientos, hay que condenarla irremisiblemente. Si se salva es por su obra posterior.

En la Enfida las cosechas de cereales eran medianas o nulas. Hoy constituye un inmenso olivar... Almazaras en todos los pueblos.

Susa, fundada por los fenicios, como casi todos los puertos del Mediterráneo occidental, cuenta con la almazara más importante del territorio, propiedad de la Sociedad de las Aceiterías del Sahel tunecino, y es una bonita ciudad de unos 50.000 habitantes.

A veinte kilómetros de Susa se encuentra Monastir, pueblo natal de Habib Burguiba.

El viaje causó expectación en Túnez. Tras Burguiba salieron millares de tunecinos. El mar se pobló de gasolineras, de embarca-

ciones de todas clases. Los puertos daban la bienvenida al jefe del Neo Destur con las sirenas de sus naos. El camino era una guirnalda infinita de gallardetes rojos y blancos. Los discursos de Monastir y de Susa situarian el futuro político de Túnez.

Habla muy bien. Dice cosas concretas y no se pierde en floripondios ni en distingos en los que es tan pródigo el idioma árabe.

En su discurso de Susa habló de «la tercera batalla del Neo Destur», al aire libre. Estuvo presente la población entera, cuantos llegaron de Túnez y cuantos se les fueron uniendo durante el trayecto. Resultaba imponente. Carteles, banderas... Cuando Burguiba se acercó al micrófono, según expresión de un Viejo Turbante «se oía el silencio».

—Hace 41 meses os hice una visita y nos juramentamos para llevar la lucha por nuestra soberanía, hasta la muerte. Recordad lo que os dije en aquella época: Que permaneceríamos unidos en la tercera batalla que emprendía el Neo Destur. Los dos precedentes fueron, la primera contra la naturalización en 1933, y la segunda por el mismo motivo en 1938. En ambas las fuerzas colonialistas pretendieron romper la unidad de nuestro partido.

En la última batalla la iniciativa ha sido nuestra, y, por fin,

hemos conseguido la victoria. En realidad hemos logrado una etapa importante, una parte sustancial de nuestro ideal que es la independencia.

Algunos lo considerarán insuficiente, los partidarios del todo o nada.

En cuanto a nosotros, que preferimos seguir una política de ponderación, hemos sabido conducir el combate y hacerlo cesar, ahorrando al pueblo muchos sacrificios.

La historia de nuestro país, desde Yгурta, está llena de revoluciones y de incertidumbres, sin haber tenido hombres con mentalidad suficientemente clara para iniciar, la acción en el instante oportuno y hacerla cesar en el momento conveniente. Esta ductilidad política que faltó a los jefes del pasado, pretendemos tenerla porque avanzamos con arreglo a programas precisos que nos permiten alcanzar nuestros fines en los más breves términos y con el mínimo de sacrificios.

Es necesario tener fe en el porvenir de nuestro pueblo y hoy, más que en el pasado, hemos de efectuar grandes esfuerzos, abrir la puerta del trabajo a todos los que quieran trabajar por el bienestar del país, con los brazos, con el cerebro con la pluma a fin de que Túnez realice, su misión en el mundo, y haga oír la justa voz que le es propia en el concierto de las naciones.

Desde Susa hasta Monastir, campos labrados, tierra floreciente. Nunca he podido explicarme la fobia al colono—así como me explico con toda facilidad la que pueda sentirse por los políticos. Los colonos españoles, franceses e italianos han trabajado duro y bien en el Norte de África.

Su labor merece elogios y no diatribas.

En Monastir la concentración fué, por lo menos, tan grande como la de Susa.

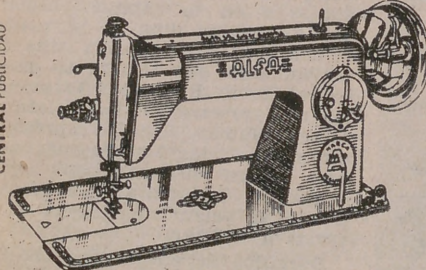
Burguiba, dijo:

«He elegido Monastir, que es la ciudad más querida por mi corazón, para repartir el gesto que habéis hecho al acoger al general Latroux. Tiendo sinceramente la mano a todos los habitantes de Tunicia, a nuestros amigos franceses. La tiendo también, a los que todavía son nuestros adversarios.

Nosotros, los desturianos, sabemos que el odio no nos ha guiado nunca. Francia misma al poner fin al espíritu colonialista retrogrado, reconoce nuestra soberanía, porque nos hemos impuesto a nuestros sufrimientos para laborar con toda lealtad con Francia.

EN TUNEZ EL CAFE SE TOMA CON TENEDOR Y CUCHILLO

Uno tarda en acostumbrarse al horario de Túnez y yo llegué a nuestro Consulado a las doce de la mañana hora que siempre me ha parecido muy decente para presentarse en cualquier parte, pero en Túnez el Consulado español se abre a las siete de la mañana, que es cuando levantan



CENTRAL PUBLICIDAD

ALFA

LA MAQUINA DE COSER Y BORDAR FAMOSA EN EL MUNDO ENTERO



Sí, también al desierto llegó ALFA.

ALFA la super máquina de coser y bordar entra en todas partes por la fuerza de su prestigio, llevando su ayuda a millones de hogares

Trabajando ante su ALFA recuerde que mujeres en todo el mundo, la imitan.

sus persianas todos los comercios de la ciudad para echarlas a las once y media. Luego cometen la incongruencia de volverlas a levantar a las tres y media cuando la capital del beyato es un infierno, y ya se precisa tener necesidad de comprar algo para salir a la calle donde el aire quema y el sol muerde. ¡Qué mes de agosto me espera en Cartago!

Me pareció que el canciller español estaba un poco impaciente. Y lo estaba.

—Dentro de diez minutos le espera Burguiba. Ha telefonado. Le llevaré en mi coche.

Al entrar en el automóvil creí que iba a arder. Me acordé de que los faquires caminan sobre piedras encendidas. A lo mejor también se sientan en ellas. La sede del partido Neo Destur está en una casa modesta, bonita y nueva, pero nada árabe. Tampoco el mobiliario es africano.

Salió a recibirme un señor, muy amable, todo vestido de blanco, con turbús encarnado.

—Antes de que le reciba Burguiba quiero hacerle una pregunta:

—Diga.

—¿No se molestará?

—No.

—¿Es verdad que los españoles a los montes les llaman ríos?

—¿Cómo a los montes? A un «serrán» (la Sierra) entero. Madrid está situado al pie de un retazo grande de una cordillera a la que llamamos Río de la Piedad (Guadarrama).

—No lo comprendo.

—Y la gente va a esquiar.

—¿Va a esquiar a un río?

—A una cordillera que le llaman río.

—Pero ¿por qué les llaman ríos a las cordilleras?

—Y a las ciudades también les llaman ríos... Guadix, Guadalcanal, Guadalajara.

Entré en el despacho de Burguiba. Había dos secretarios. De una gran simpatía. En aquella casa todo el mundo es agradable y cordial. Más que todos, Burguiba.

—Tomará usted una taza de café.

—No. Ya he pasado por la experiencia en la ciudad árabe. En Túnez se toma el café con tenedor y cuchillo. Es pura ambrosía, pero causa el mismo efecto que media docena de simpatinas. No hay quien duerma.

—Entonces beberemos unas Coca-Colas.

—Todavía no me he podido explicar cómo las venden sin receta, pero las beberemos.

El caballero del traje blanco me miraba con asombro. Al llegar a casa contaré a su familia que había conocido a un español que a las montañas les llama ríos y que toma el café con tenedor.

MI ENTREVISTA CON SIDI HABIB BURGUIBA

—Le envié, desde Madrid, un cuestionario que contenía cuatro preguntas.

—Repítamelas.

—¿Cree que la política a seguir, dada la nueva situación, debe ser la acordada en el Congreso de Ksar Hilal el 2 de marzo de 1934

o bien si dos años transcurridos han cambiado las perspectivas? En este último caso, ¿cuál sería la orientación?

Conviene recordar que en el Congreso de Ksar Hilal Nació el Neo Destur, del que Habib Burguiba fué nombrado secretario general. El nuevo partido acusó al Viejo Destur de «inacción y frialdad».

En opinión del jefe de los istiglalies de Marruecos provocó un estado de inquietud popular para que presionara a la Administración y le obligase a reconocer de los derechos tunecinos.

Lo que se pedía era, más o menos, lo mismo que se recabó en el Congreso ante los ríos celebrado en Kasam el Yebel. Que se considera que

derara que la Francia no es permanente, que se suprimiera el tercio colonial que es la tercera parte que sobre el sueldo de la metrópoli devengan los funcionarios franceses; supresión de la colonización oficial, creación de Municipios elegidos por sufragio, nombramiento de tunecinos para los distintos cargos gubernamentales con participación en los supuestos importantes del Gobierno, sería organización de método de asistencia, lucha contra la usura, supresión del Gran Consejo y su sustitución por un parlamento tunecino y un Gobierno responsable ante el Parlamento, separación de los poderes legislativos, judicial y ejecutivo y extensión de la competencia de la justicia tunecina a todos los habitantes del país.

A Burguiba al poco tiempo de tratarle parece que se le conoce de siempre. Se percibe que tiene un sentido del humor del que no suelen estar muy sobrados los árabes.

Contestó:

—El Congreso del que surgió la «neodesturiana» se ocupó, principalmente y a propuesta mía, no de cuáles eran las cosas que se debían conseguir, ya que en este punto ha habido siempre acuerdo entre todos los racionalistas tunecinos, sino de los métodos que convendría poner en práctica para alcanzar el fin propuesto. En política los métodos son muy importantes. Todos



Calle del Castillo, en la Kasbah de Túnez. Todavía puede verse ondeando la bandera francesa

quieren la independencia, pero ésta no se consigue si se considera los procedimientos con indiferencia. Unos son eficaces y otros no. A los nacionalistas de Túnez se nos presentaban dos dificultades. Una, llegar. Otra, elegir el camino. La nueva estrategia, expuesta y aprobada en el Congreso de Ksar Hilal consistía en obtener de Francia y del pueblo francés que cedieran poco a poco, e intuirles o imponerles una misión conjunta, organizada e inteligente en una línea de unión y de fuerza encaminadas en el mismo sentido para que Francia, después de una resistencia más o menos larga, cediera. El pueblo tunecino organizado y unido, consiguió cambios en la opinión francesa y en las naciones amigas de la paz. Lo esencial era Túnez supiera luchar y mantenerse dentro de las nuevas orientaciones, evitando apoyos ajenos pues estos pueden cambiar en cada momento en que la política cambie. Por tanto, sin ayuda de nadie, hemos logrado algo concreto. Pasemos a su segunda pregunta.

—En un libro que algunos istiglalies llegaron a llamar el Libro, leí este párrafo: «El profesor Burguiba actúa en un movimiento permanente y reiterado entre

Oriente, Europa y América y, en sus desplazamiento, representa a todo el movimiento desturiano. ¿Es que todo el movimiento desturiano adopta una misma línea política o existen pequeñas o grandes diferencias entre los diversos grupos?

—Cierto—contestó Burguiba—que entre los musulmanes de Túnez ha habido muchos partidos políticos, pero después del Congreso de Ksar Hilal se concentraron todos en el Neo Destur. Quedó un grupo disidente el de los viejos desturianos que se situaron al margen de la unión. Se trata de una disidencia que, a partir de la fecha en que se celebró el Congreso, no ha hecho más que perder importancia. En la actualidad sus efectivos son mínimos.

Desde el mismo momento que Francia instauró su protectorado sobre el beyato se inició el movimiento separatista.

El Bey firmó el Tratado de El Bardo en 1881, pero sus súbditos no lo quisieron reconocer y la guerra contra Francia se prolongó hasta el invierno de 1883, y la de guerrillas hasta 1888, año en que Turquía renunció a sus derechos en Túnez.

El primer jefe separatista fue el Cheij es Senusi. Poco después comenzaron los distinguos entre Jóvenes Arabes y Viejos Turbantes. El Cheij El Meki Benaziz recorrió el país realizando una campaña contra los chiuj reaccionarios a quienes acusaban de haber entorpecido las reformas que los Jóvenes Arabes trataron de introducir.

En 1905 los estudiantes diplomados del Instituto Sadiki formaron el grupo Hadira (La Ciudad). En 1908 surgió «La Joven Túnez», de orientación kemalita. Eran separatistas en un sentido nada más; en el de separarse de Francia, pero no para constituir una nación independiente, sino para que se lo anexionara Turquía. Durante la primera guerra mundial, La Joven Túnez levantó en armas contra Francia e Italia a las tribus tuareg de Argelia y a casi todas las tribus tripolitanas. En 1919 se fundó el Destur (parlamentario, constitucional).

La tercera pregunta que dirigió a Habib Burguiba fué la siguiente:

—Las mujeres tunecinas, lo mismo que las argelinas y marroquíes, han contribuido a la extensión del movimiento nacionalista. En algunos casos pelearon vigorosamente en favor de la independencia de los países del Norte de Africa. ¿Cuáles van a ser sus derechos en la nueva situación política?

—Efectivamente, las mujeres tunecinas han prestado una gran ayuda en las batallas que permitieron alcanzar la firma de los convenios, y tampoco han estado ausentes en la hora del triunfo. El femenino no es un problema que desatienda el Neo Destur. Puede decirse que, por el contrario, es uno de los que más nos preocupan. En primer término realizamos una campaña entre las mujeres para que se unieran a nuestra causa. Junto a los «boy scout» nacionalistas se crearon grupos de «girls scouts». En el Comité directivo de la Federación hay una mujer elegida por votación, a quien votaron los hombres. En cuanto a los derechos de las mujeres en la nueva situación, serán los que las propias mujeres vayan demandando. El Neo Destur no obstaculiza su acceso a ningún puesto ni a ningún cargo.

Los que conocen el Islam saben lo vidrioso y delicado que hubiera resultado el tema hace unos años. Hablar de mujeres constituía una falta de educación grave, en la que no incurrieran ni los mendigos del zoco. La mujer era tabú y no podía ni aludirle en las conversaciones. Las cosas han cambiado mucho en poco tiempo en el Norte de Africa. Hablar de mujeres, siempre que se haga con tiento, como seres humanos y no como máquinas de producir placer, ha dejado de ser de mal tono.

De todas formas no es recomendable la insistencia.

La mujer árabe ha dejado de ser «aquello de lo que no se habla», pero sin llegar a «aquello de que se habla demasiado».

No me refiero, naturalmente a los partidos políticos, en cuyos

programas figura la emancipación femenina, sino a los diálogos en general con los árabes y entre los árabes.

Por tratarse precisamente de un jefe de un partido político, insistí con Burguiba en el tema, y mi cuarta pregunta fué:

—¿Qué proyectos tiene el Neo Destur en lo que se relaciona con la emancipación de las mujeres?

—Estamos, con la colaboración de muchas féminas adheridas a nuestra causa, procurando dar a todas las mujeres de Túnez una conciencia acerca de su estado, de cuáles han de ser sus derechos y sus obligaciones en la nueva situación. La ley musulmana establece algunos preceptos, pero en ninguno de ellos había de esclavitud de la mujer. Llegaremos hasta donde haya que llegar en la emancipación de las mujeres, y, como le he dicho, con la colaboración y el concurso de las interesadas.

Dije a Burguiba que en Marruecos tenemos dos proverbios. Uno que dice: «La prisa es cosa del demonio», y otro: «¿Cómo quieres llegar a ninguna parte si vas de prisa?»

Sonrió sin hacer ningún comentario.

—Además de las cuatro preguntas que le hacía en la carta que le envié desde Madrid—le dije—, traigo una de repuesto.

—Formúlela.

—De hecho, en la zona de influencia española en Marruecos, se ha terminado con la poligamia. ¿Qué proyectos tiene el Neo Destur en lo que concierne a este asunto?

La pregunta no era tan incua como pudiera parecer a primera vista. Con ella se resucitaba el litigio entre los Viejos Turbantes y Jóvenes Arabes. Incluso hay mujeres que prefieren ser segundas o terceras esposas de un creyente que quedarse solteras. Existe una orden del Profeta, terminante, que dice: «...y ninguna mujer perecerá virgen en el Islam».

—En Túnez—me dijo Burguiba—está sucediendo algo muy parecido a lo que acontece en la zona de influencia española. En todas partes la economía manda y la economía impone la monogamia.

—De hecho, pero no de derecho. La economía y también la necesidad fija en un sólo vehículo el número de automóviles que poseen los señores que tienen coche, pero, aunque el caso sea excepcional, como no hay ninguna ley que se lo prohíba, conozco a quien tiene dos y tres automóviles...

—Hay que contar con el Corán y dar una interpretación más estricta al versículo que tolera la poligamia.

AMIGOS DE ABD EL JALAK TORRES

La entrevista podíamos haberla dado por terminada, pero Burguiba quiso que habláramos de España y de Marruecos.

—De manera que conoce usted a Abd el Jalak Torres.



El puerto de Túnez cuenta con amplias y modernas instalaciones

FUNDADOR

que...



¡está... como nunca!

—Si siempre que voy a Tetuán visito su casa, y a la salida su hermano Hamido me da un pan.

—¿Por qué?

—No lo sé. Lo cierto es que me lo han dado siempre. En una época, ni tan feliz ni tan inteligente como ésta, fuimos siete periodistas españoles a visitar a Abd el Jalak Torres, y a cada uno después de haber tomado el té, nos obsequiaron con un pan. Debe ser una costumbre garna-thia.

—Estimo mucho a Abd el Jalak Torres—me dijo Burguiba—En Marruecos no siempre encontraron unanimidad de comprensión los métodos que han conducido a la victoria del Neo Destur. Abd el Jalak Torres sí los comprendió. Cuando le vea, sáludele muy afectuosamente en mi nombre. Ahora hableme de España. Yo estuve en 1951, cuando me expulsaron de Tánger. Lo que más me impresionó fue Toledo. ¡Qué ciudad!... No tenía intención de quedarme nada más que unas horas, pero prolongué mi estancia... ¡Qué río y qué puente!... Visité la catedral, la Casa del Greco, la sinagoga... Almorzamos en un sitio que se llama algo así como el Fondak del Crimen.

—Sí... La Posada de la Sangre.

—Uno ha viajado y le han hecho viajar contra su voluntad, mucho... Pero Toledo no se olvida. Cuantas civilizaciones han dejado allí sus huellas sin mezclarse ni confundirse. ¿Y los Grecos? Aquellas callecitas que se parecen a las de Palestina, pero

mejoradas. Ha dicho usted que la prisa es cosa del demonio. No se deje llevar por el diablo y hableme de España. Estamos entre amigos.

—Entre parientes.

—Eso he querido decir. Un poco de política acerca del Islam.

—Creo que nunca ha sido ni más comprensible ni más cierta. Habría que remontarse a Enrique IV para encontrar una orientación tan sabia y tan justa.

—¿A cuál de los Enrique IV?

—Al de Castilla, que fué un

Rey difamado, que sostuvo amistosas relaciones con los musulmanes garrathies.

Era grata la estancia en el despacho de Burguiba, habiendo de árabes andaluces establecidos en Túnez, de apellidos españoles, de recuerdos cordobeses que todavía asoman en las viejas canciones, en el «muwal» con que se inicia cada una de sus nubes de un día consagrado a las fiestas, las del «ocsak», que espanta a la noche y anuncia al día que es tiniebla, lo mismo que la del Rajel y las de Renad el Mahin y Rahel Dil, que son españolas.

—La paz sobre vuestras cabezas y la paz sobre Túnez

—La Paz, que es un inmenso beneficio divino, sobre El Andalus.

—Que la próxima vez nos encontremos en Toledo.

—Incha Alá (Dios lo quiera), que en español decimos ojalá. (Oj Alá, la voluntad de Dios.)

* * *

En el momento en que Francia va a cumplir sus promesas en Túnez y renuncia a su política de administración directa y anexión disfrazada; en el momento que admite que Tunicia es un Estado soberano y negocia con su Gobierno el estatuto futuro de sus súbditos—son palabras de Burguiba—y la defensa de sus intereses, el jefe del Neo Destur ha accedido a hacer estas declaraciones a EL ESPAÑOL.

Le damos las gracias.
Barak-al-outik, sidi.



Ruinas de Cártago, símbolo de una civilización

SELECCION Y FORMACION DE DIRIGENTES

Por José D. y DIAZ-CANEJA

PREOCUPA en casi todo el mundo y no de ahora, la idea de los pueblos dirigidos por una minoría selecta, partiendo del supuesto, expreso o tácito de que la muchedumbre no cuenta, cuenta menos o poco en cuanto al rumbo de las naciones. Para esos medios, el logro de esa minoría rectora de cada país es ya su tradicional meta, su aspiración. El problema es universal y no exclusivo de la política, que no es tampoco acaso su primordial manifestación. Aunque existen entidades de gran tradición que se hayan aferrado muy especialmente a la idea, más o menos, viene ésta imperando en todos los órdenes y quizá sean esas mismas entidades especiales las que en los intentos de realización práctica andan todavía más descaminadas y estén más distantes del logro efectivo de lo que con excelente intención y buen deseo vienen proponiéndose. El acrecido anhelo y empeño propios ofuscan quizá un tanto oscureciendo la visión de los escasos resultados prácticos obtenidos y de las verdaderas causas del fracaso, desaprovechándose así la lección que suponen.

La verdad triste y lamentable verdad, es que de hecho, nunca se ha contado en demasía para nada bueno, con las muchedumbres. A pretexto de su falta de cultura o capacidad y de otras zarandajas o tópicos por el estilo ¡cuántos despropósitos se han dicho y hecho en relación a ellas, y en qué estado de escepticismo se las ha hecho caer!

¿Quiere esto decir que vamos contra el fondo de esa idea esencial de la selección? No. Los dirigentes de las naciones y del mundo siempre serán una minoría, y esas minorías deben ser lo mejor del mundo y de cada nación. Lo que no compartimos es la manera universal imperante de obtener esos hombres o de hacer esa selección a nutrir los cuadros de formar la mentalidad y el espíritu de esas minorías. Tal como son generalmente obtenidas, tal como se las viene formando y se aspira a formarlas el ambiente en que se obtienen y viven, la mentalidad y aptitudes que se les infunden, no parece probable que se logren esos anhelados buenos rectores del mundo, ni siquiera buenos agentes públicos que no son productos de la inteligencia, sino de una humanidad integral.

De aquí, principalmente, el fracaso mundial de los estadistas y gobernantes de algún modo preparados expresamente con la mira de serlo. De aquí también que mundialmente vayan teniendo que ser sustituidos por hombres eminentes de cultura humana y general procedentes de otras profesiones en las que, por actuar de otro modo práctico, se adquiere la gran experiencia de mando y de gobierno, aun a pesar del inconveniente de su habitual alejamiento de otros aspectos y pormenores interesantes. Es erróneo considerar esas sustituciones como excepcionales de fuerza. El mundo de la política da cada día menos grandes estadistas. Fracaso de procedimiento selectivo y de formación.

Esas minorías, históricamente hablando, y salvo excepciones relevantes venían representando y representan en no pocos países predominio de encumbrados por la propaganda que fallan a la hora

de la prueba con la realidad; relieve en otras actividades como la de potentado, afortunado en los negocios, intelectuales doctrinarios y teóricos que si bien suelen tener cualidades excelentes y aptitudes personales que les condujeron al triunfo en determinadas actividades, ello no basta para atribuirles dotes de grandes estadistas o de buenos gobernantes, por ejemplo. Primero se recurrió de preferencia a los ancianos, después a hombres maduros ahora, no rara vez a jóvenes inexpertos de formación intelectualista dada por teóricos faltos de experiencia operante y de fecundo sentido práctico de toda otra realidad, que sólo operando suele lograrse; olvidándose, además que ancianos hombres maduros y jóvenes tienen su cometido propio y común o conjunto en las tareas rectoras; estos últimos aprendiendo, sin prisas, a operar, operando al lado de los muy expertos; los otros dando los frutos de su madurez y aportando toda su larga y serena experiencia a la vez que enseñando con ellas a la juventud, actuando ante ella cuidándose de obtener su cooperación activa y de infundirle un gran sentido de responsabilidad.

Hay que añadir que la selección ha solidado y aun suele hacerse, hablando en general en medios parciales demasiado reducidos e inadecuados y que la formación de minorías así seleccionadas solía llevarse y se lleva asimismo a efecto tan inadecuadamente como veremos salvo excepciones de todos conocidas.

Seleccionar a este respecto es elegir en toda una comunidad, a los que en ella sobresalen por sus dotes naturales en cada aptitud o actividad social; luego, en la preparación o aprendizaje adecuados en la práctica dirigida y gradual de su cometido. No dentro ya de una minoría de esa comunidad ni en razón de una cualidad inadecuada, insuficiente o sin estrecha y esencial relación con la amplísima función de rectoría o gobierno humano. Esas minorías no han venido formándose ni en general, se forman en íntima e ininterrumpida convivencia con el pueblo, sino aisladas de él en los centros docentes generales o de especialización; no observan ni estudian directamente al pueblo en sí mismo; no se las forma operando ampliamente ni oyendo a sociólogos gobernantes y pueblo, que es al primero, al último y al más hay que oír, observar y estudiar para adquirir una cultura y una experiencia verdaderamente humanas sin la cual nadie se hace entender admirar ni querer de las muchedumbres.

Admirados queridos y grandes doctos nos enseñaron y nos lo enseñaron todo hablándonos; les admiramos por lo bien que hablaban y hablan; tendemos a imitarles hablando. Por esto, lo principal en cualquier acto es que haya alguien que hable. Sin esto sería un fracaso y se desiste de él aunque de tener una finalidad provechosa y efectiva, pudiera realizarse magníficamente sin esos discursos circunstanciales, casi siempre infructuosos. Ya se comprenderá que esto no significa dedén para el don de la palabra. ¡Qué más querriamos! Intentáse únicamente poner de relieve a qué extremos conduce una formación intelectualista sin el necesario complemento simultáneo de una intensa y prolongada actividad práctica.

Tales minorías, por otra parte, no solían distinguirse, en general, por ser las más disciplinadas, ni por su espíritu de trabajo y de servicio—este hallazgo feliz es recentísimo—, su concepto práctico de la causa pública, su celo por el bien común ni por su comprensión de las necesidades, modo de vida y de ser de pueblos y muchedumbres. Se trataba, en fin, de unas minorías desasidas y desarticuladas del pueblo y formadas al margen de éste, que sabrían decir muchas cosas y definirías, pero no del hacer práctico ni descender a unas multitudes que, por ello, tenían y tendrán siempre a esas minorías por extrañas. Esto último, por sí solo, anula también, para una labor de captación, a los componentes excepcionales y ejemplares de todas esas minorías. Las muchedumbres no calan tan hondo aunque no estén contaminadas con rencorosos prejuicios.

Siempre ha sido necesario a toda función rectora el dominio teórico y práctico de su complejo cometido, tan a la perfección, que le permita abarcarlo en visión de conjunto y penetrar con una mirada dominante todas sus interioridades. Actualmente esta necesidad se acentúa de día en día por la generalización de inmoderados avances de una especialización que convierte las colaboraciones en conjunto de visiones parciales aisladas, sin comprensión de la unidad ni del conjunto.

El dirigente ha de operar sobre realidades concretas y prácticas bien conocidas. Para conocer y comprender a un pueblo hay que formarse y permanecer en su mismo seno. Como el fermento para transformar la masa, ha de mezclarse de permanencia, la misión del dirigente requiere convivencia con la muchedumbre, único modo práctico de influir en ella para bien sin desnaturalizarla; medio exclusivo para lograr la necesaria comprensión mutua y fructífera. Imaginemos a esas minorías depuradas y perfectas, tendiendo incluso al heroísmo o llenas de virtudes heroicas de lo que, en efecto, podrían ponerse ejemplos. Ese mismo sacrificio resultará casi del todo infecundo, si mientras se consuma las muchedumbres víctimas de una rencorosa falacia susurrada al oído, van formando mundo aparte sin comprender la conducta ni el sacrificio de aquéllas.

La ejemplaridad requiere divulgación inmediata. El proselitismo es incompatible con el aislamiento o la lejanía y el miedo a la muchedumbre. Nadie se interesa ni conmueve más que por lo que de algún modo conoce y le atañe, por la cosa o la empresa propia entendida al propio modo.

Las muchedumbres, el pueblo, realistas y prácticos, no se entusiasmarán con abstracciones maneras muy estudiadas, convencionales o ficticias ni con retórica.

Es también necesario, en todo, instituir, no improvisar sistemáticamente. Nada puede estar a merced de improvisaciones desarticuladas de cualquier recién llegado aunque algo de esto tenga que hacerse en todos los países, en todos los regímenes nuevos y en todas las grandes renovaciones. Es necesario sí, cultivar aptitudes y adquirir hábitos de improvisación para cualquier circunstancia imprevista. En cuanto a este punto se trata de un aspecto más de la preparación y provisiones a fin de que las improvisaciones inevitables no resulten tardías ni absorban excesivo tiempo. Pero hay que crear en seguida algo orgánicamente perfectible y de arraigo, garantizador de permanencia y de un creciente acierto. Y ser en esto muy exigentes en cuanto a la doctrina, el espíritu de servicio, la experiencia práctica demostrada y los modos de esas funciones rectoras. El mero buen deseo y la lealtad son esencialmente necesarios, pero no bastan para el ejercicio de funciones capitales, cuyo aprendizaje no puede hacerse en puestos de responsabilidad y trascendencia, sino lenta y concienzudamente desde abajo y sin prisas, codicias ni ambiciones. Todo el dinamismo juvenil debe ser requerido y utilizado en esta etapa, pero dirigido y coordinado por hombres responsables de gran experiencia.

En resumen, la cantera de dirigentes debe ser todo el pueblo; la proporción, la que dé cada sector que lo forme; el aprendizaje teórico y práctico, tan duradero como resulte necesario y sin saltarse peldaños.

Quienes en todo este recorrido sobresalgan, esos serán los dirigentes.

DOLORES DE CABEZA



CONTRA
RESFRIADOS
GRIPE
REUMATISMO

ASPIRINA

Eficaz e inocua

El remedio de fama mundial

SEGORBE, CIUDAD DE TRANSITO

LA FRUTA ES AQUI TAN ABUNDANTE
QUE NO HAY ARBOLES PROHIBIDOS

LA VIRGEN DE LA CUEVA SANTA TIENE UN ALTAR SUBTERRANEO
HA SIDO PROCLAMADA PATRONA DE LOS ESPELEOLOGOS ESPAÑOLES

ACTUALIDAD RIENTE Y FRESCA EN UNOS VALLES FERACES

EN Segorbe se crían unos cerdos extraordinariamente pequeños y sonrosados que en seguida dan de sí. Son cerdos de ciclo corto, por lo que su crianza está más al alcance de cualquier fortuna familiar que la de los cerdos grandes. Por eso son tan apreciados esos cerditos nerviosos de color de rosa. Hemos visto por el mundo muchos cerdos de tonalidades grises o casi negros, peludos y de cola retorcida, como debe de ser la de los diablos, pero jamás vimos hasta ahora unos cerditos limpios, sonrosados, pequeños e inteligentes que parecen obedecer a una zootecnia distinta a la del animal que los musulmanes consideran inmundo y que entre nosotros no tiene tampoco, mientras está vivo, muy buena fama.

Estos cerdos no aumentan mucho de tamaño, con lo que parece que no pasan de lo que pudiéramos llamar su infancia. En ella se ven, unos a otros, en un limpio color de rosa.

Si hubiera ángeles en el sucio mundo pecuario de los cerdos, quizá les tocara esta categoría a esos cerditos de Segorbe que nuestro paso por una calle alta de la ciudad hace correr en bandada.

Vamos hacia lo alto del castillo para contemplar sobre una fortaleza histórica la actualidad riente y fresca de unos valles feraces.

La falda de la montaña, sobre la que se asienta el castillo segorbino, se adorna por un lado de arboledas. Se realiza en esta montaña una repoblación forestal con pinos y cipreses. Hasta la explanada de la fortaleza se quiere convertir en pinar que aumente la belleza de estos lugares, que dejarán de ser, en lo alto, como una tabla rasa estéril en la que sobrevive alguna torre o fortín de cantonera defensiva.

En una de las faldas del viejo castillo está como recostada la ciudad. Se prolonga hacia el montículo de San Blas como en una hamaca sostenida por esas dos alturas.

Las cotas del lenguaje militar son en Segorbe cotas de malla, y toda la población, hasta en lo arquitectónico, parece comprendida entre el castillo y San Blas. Dos alturas como de mitra.

Se dice que aquí el celébre Segóbriga celtibérica han encontrado monedas y inscripciones dan la pista a una discutida hipótesis. Pero tan antigua la ciudad segorbina no es de esos lugares a su glorioso pasado venerable secar como una pasta de esos núcleos urbanos que la gloria de lo que fue su da como un lastre y como una losa. Segorbe hace visible el rango de su ciudad con la lozania, siempre, de sus fuerzas vitales.

La tierra fértil, el agua azul hacen de Segorbe una flor de monumentos, de su huerta, amplia y riente, a ser el tiesto que tiene viva y en una paz siempre renovada lozanía. Como una clueca a sus polluelos, el castillo guarda a las casonas y a los valles lacios. Esto parece esa ciudad de Segorbe, cuyas almenas no el pasar del tiempo, deándolas sin aristas y sencillas; más venerable cuando suave y desdentada.

Desde este punto el centro de la ciudad, se ven las cuadradas de los campos, las cúpulas de azulejos, los tejados en escalera de las casas. Las nobles piedras del castillo junto al verde contrapunto de árboles de la glorieta. La torre redonda de la cárcel vieja y hasta esa que llaman 'del «Borchí» o del verdugo. El claustro gótico y reconstruido de la catedral, bajo el campanario de este templo segorbino que se levanta en el centro justo, como la gran pilastra clave de un equilibrio secular. Allí abajo, la soberbia arquitectura del Seminario, con su tripie hilera de pequeñas ventanas, y, más lejos aun, por todos los lados, la fértil huerta y el gigantesco cerco de montañas.

El paseo Sopenña, que abraza y rodea la falda del castillo, es un gran mirador circular para recreo de la vista. Para ver desde allí el perfil lejano de los montes y el conjunto más próximo de los valles, recortados en parcelas de hortalizas y verduras, con muchos árboles frutales y frescos cultivos, tan poblados de amapolas, que en ellos el rojo vivo chillaba junto al verde como los ostentóreos colores de una saya de joven aldeana, mucho menos discreta en colorines que en hábitos y costumbres.

TIERRA DE FRUTAS PERMITIDAS

Con el olfato se adivina desde aquí el olor a huerta, a tierra mojada por fuentes y por ace-



La catedral de Segorbe, reconstruida. Su claustro gótico es de los más bellos de los templos españoles

quias. Platea sinuoso en el fondo el río Palancia, con menos agua que hendidura de valle para pasarla. Y se ve también la línea del ferrocarril, como una serpiente negra que atraviesa los frutales, sin repetir aquella vieja historia, porque quizá no podría darse aquí, donde los árboles son del bien solamente y no del mal. La fruta es en Segorbe tan abundante, que no hay árboles prohibidos, y se deja a la discreción y el respeto de todos una propiedad fruticosa que no es preciso guardar con espinos y alambradas.

La fama de los cerezos de Segorbe es bien conocida en los mercados, y también la de las peras, albaricoques nisperos... ya que ésta es la ciudad del postre natural y las frutas permitidas.

Por esta tierra fertilísima y como de promisión, hay noventa

y cuatro fuentes y numerosas acequias. Uno solo de los manantiales tiene cincuenta caños y se llama la «Fuente de las Provincias».

Un anciano que encuentro en el «balconico», que es un gran mirador del paseo Sopenña, me dice que Segorbe está a cinco leguas de Sagunto, a nueve de Valencia (capital) y a diez de Castellón de la Plana, a cuya provincia pertenece. Y debe ser verdad eso que dice el hombre. También explica que cada vez está más cara la tierra del valle y que por eso la ciudad continúa en la ladera de la montaña, sin que una expansión posible estropee los sembrados y las huertas.

A lo lejos, muy apartadas y en medio del campo, vemos chimeneas de una fábrica. Segorbe tiene industrias de materiales de construcción y hasta tres fábricas textiles en sus alrededores, pero la principal riqueza sigue siendo el cultivo de esta tierra tan repartida, con tantos pequeños propietarios que le sacan su fruto y su fruta.

TRANQUILIDAD Y BASTONES DE TRATANTE

Descendemos al centro de la ciudad por calles intrincadas de empedrado duradero. En un portal hay un hombre que hace bastones de pastor. Esta es una artesanía típica de Segorbe de la que viven más de una docena de familias. La madera que se emplea para fabricar esos bastones o garrotes es de almez o de castaño. Este es el material más corriente, pero también se emplea el bambú importado de tierras muy lejanas.

En algunas casas la confección de bastones de pastor o de tratante, con su parte muy gruesa en la puntera, es una artesanía, pero en otras constituye una verdadera in-



Las entradas a la vieja Segorbe. La ciudad, por importantes caminos, entre Valencia y Castellón



Arriba: un festejo popular en las típicas fiestas de septiembre. Abajo: la calle de Colón, de Segorbe, en el día del mercado



industria en la que se superan producciones anuales de más de mil docenas.

Desde Segorbe los bastoneros sirven pedidos a Miami, al Camerún, a Egipto... pero donde estos garrotes tienen su salida más regular es en el mercado de Liria.

No es éste el garrote vil que se corta en la montaña, sino un bastón civilizado que pasa por muchas operaciones antes de ponerse a la venta. Primero se corta la madera y luego hay que pelarla. Después el bastón es colocado en un horno para que seque y se endurezca. Con una máquina especial se le tuerce el mango hasta darle esa forma casi de cayado de pastor. Luego hay que atarle con cuerdas esa parte curvada y tenerlo así muchos meses. Finalmente el bastón o garrote es dibujado con adornos al fuego y ya está.

Pese a que en Segorbe hay tantos garrotes preparados y colgados a las puertas de las casas productoras, como si fuese cierto que tranquilidad viene de tranca, esta es una población pacífica en la que tienen poco trabajo los guardias municipales. No se altera el orden público y todos van por su camino sin buscar broncas. Ni en los días de mercado, los jueves, suele haber altercados pese a que aquel día están más llenas que de costumbre las tabernas y los cafés; se montan los tenderetes en más número que de ordinario a lo largo de la calle Colón y hay algún charlatán que entretiene a su corrillo.

Tratantes con blusa negra van y vienen bajo los soportales y llenan las plazas. La Guardia Municipal vigila el estacionamiento de los vehículos y pone alguna multa suave y casi de compromiso. Vigila que cada puesto contribuya en lo debido a los fondos del Municipio. Pero no hay bastoneros ni grescas, sino un mercado normal y sin demasiadas complicaciones.

Cuando hay que vigilar más es en las fiestas de septiembre ya que la ciudad segorbina se llena completamente de forasteros dispuestos a divertirse y durante siete días se corren los toros a pie y a caballo por las principales calles de la población.

DEPORTISTAS Y ROMEROS A LA SIMA

El corresponsal del diario «Mediterráneo» de Castellón don Antonio Montserrat, artesano de sandalias, nos acompaña en la visita a Segorbe y sus principales monumentos, algunos de los cuales tuvieron que reconstruirse por los daños que sufrieron en nuestra guerra.

Segorbe fué ciudad adoptada por el Jefe del Estado y la Dirección General de Regiones Devastadas ayudó mucho a la población segorbina, que había sufrido graves daños en su catedral y en otras partes. La catedral fué restaurada con claustro gótico.

¿Cuáles son las principales noticias de actualidad local? Las principales son dos: La primera de ellas es lo que supone para Segorbe la reciente proclamación, por S. S. el Papa, de la Virgen de la Cueva Santa como Patrona de las sociedades de espeleólogos españoles.

El 8 de septiembre de 1953 tie-

ne lugar en el vecino santuario de la Cueva Santa una peregrinación de diversos pueblos y ciudades de Levante. Uno de los peregrinos de Manises (Valencia) llamado Eulogenio Pérez, que trabaja en una granja agrícola, deposita en el buzón de la cartería del santuario una carta en la que expone al superior de la comunidad que cuida de aquel lugar, la idea de que puesto que la imagen de la Cueva Santa está en un altar subterráneo de quince metros de profundidad, entre estalactitas y estalagmitas podía ser proclamada como Patrona de los espeleólogos españoles.

Fray Vicente José Castillo, superior de la comunidad que habita en la Cueva Santa pone esta idea en conocimiento del obispo de Segorbe, doctor Pont y Gol.

Luego, en el diario «Las Provincias» de Valencia se inicia una campaña en tal sentido en la que colaboraron varios espeleólogos. Secundan después esta campaña varios diarios y emisoras.

El Grupo de Exploraciones Subterráneas del Club Montañés de Barcelona se interesa rápidamente por la idea, a la que se suma el Centro Excursionista de Valencia que inicia su propaganda por los diversos centros de exploración subterránea de nuestro país muchos de los cuales desconocían completamente la existencia de un altar mariano construido, desde siglos, en las profundidades de una verdadera sima.

Por indicación del Episcopado de Segorbe, el Centro Excursionista de Valencia se constituye en Comisión promotora ratificada por el Arzobispado de Valencia. Esta Comisión invita a todos los centros de exploración subterránea a que suscriban oficialmente su adhesión a la idea. Treinta y nueve secciones o sociedades españolas de espeleología, o sea la casi totalidad de las que en este momento existen, envían su adhesión al Centro Excursionista de Valencia cuyos espeleólogos exploran la Cueva Santa para realizar un croquis de profundidades y numerosas fotografías de la sima.

Con todas las adhesiones de los centros de espeleólogos, el croquis de exploración de la Cueva Santa, un álbum de fotografías y la obra titulada «Resumen histórico de la imagen y santuario de la Cueva Santa». El Obispo de Segorbe envía a Roma las peticiones dirigidas al Papa para que se digne constituir y declarar a Nuestra Señora de la Cueva Santa como Patrona de los espeleólogos españoles.

La documentación sale de la Curia episcopal segorbicense el día 18 de enero de 1955 y el día 28 del mismo mes es expedido por la Santa Sede el Breve Apostólico «Doctrinarum» en el que la Virgen de la Cueva Santa queda constituida y declarada como «principal Patrona celestial de los espeleólogos españoles».

En el pueblo de Altura, en cuyo término municipal está situada la Cueva Santa, no saben gran cosa de las gestiones que se realizan y al oír un vecino, por el diario hablado de Radio Nacional de España, la noticia de que la Virgen de la Cueva Santa había sido proclamada Patrona de todos los espeleólogos españoles no entiende muy bien esa pala-

bra, un poco rara, de espeleólogos y en el pueblo se encienden cohetes mientras se dice que la Virgen de la Cueva Santa había sido proclamada Patrona de todos los españoles.

Después, por teléfono se logra, desde Altura, confirmar y esclarecer la noticia, incluso la exacta significación etimológica y el acento preciso de la palabra «espeleólogo».

LOS AMORES DEL BOTANICARIO PAU

Otra cuestión de la actualidad en Segorbe es la que trata del inmediato homenaje al gran botánico español don Carlos Pau, por la Real Academia de Farmacia.

Don Carlos Pau va a tener, próximamente, en Segorbe un busto y unos jardines dedicados ya que es no solamente una gloria local sino también en toda la botánica española.

Este botánico nace en Segorbe el 10 de mayo de 1857 donde es bautizado con el nombre de Carlos en honor del jefe tradicionalista, cuyo prestigio en esta comarca es, en aquel entonces casi tan grande como en la del Maestrazgo.

Cursa las primeras letras y después Filosofía y Latín en el Seminario de esta ciudad para pasar después al estudio del bachillerato en el Instituto de Valencia.

En Barcelona hace la carrera de Farmacia licenciándose el día 22 de mayo de 1882. Al año siguiente pasa a Madrid para cursar los estudios del doctorado.

Muy aficionado a la Botánica hace oposiciones a esta cátedra en la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Central. Al no lograr sus propósitos se establece como farmacéutico en su ciudad natal donde puede cultivar lo que son las dos grandes pasiones de su vida: La colección de plantas y la caza.

Casi todo lo que gana en su botica es empleado en crear lo que sería, con el tiempo, la más grande colección botánica particular de toda España y la obra de este tipo de investigaciones más completa que haya realizado en nuestro país un sólo hombre.

Por un desengaño amoroso permanece soltero toda su vida y puede dedicarse así plenamente a su investigación favorita y sus correrías por las montañas con su escopeta y aquel zurrón que a lo mismo se llena de piezas cinegéticas que de plantas más o menos raras.

En 1928 es nombrado director de «Cavanillesia», la mejor revista que se ha publicado en nuestro país sobre ciencia botánica. Tiene el gran botánico español un espíritu independiente y un carácter batallador en pro de cualquier cosa que crea justa. Durante el dosata que crea en Segorbe por su prominencia roja en Segorbe por su promesa contra aquella vergonzosa época le es impuesta una multa de diez mil pesetas, que tiene que pagar de sus modestos ahorros. Pero como sigue hablando en su botica en contra de aquella situación le es impuesta otra multa de diez mil pesetas que se ve precisado a pagar en plazos de quinientas pesetas mensuales. «Me van a costar más caros que un hijo tonto», se le oye murmurar a don Carlos Pau en su trastienda. Esta última multa no termina de

pagarla el insigne botánico, porque le sorprende la muerte el día 9 de mayo de 1937.

Ha estado trabajando en su herbario como siempre, cuando se nota indispuesto.

Al poco rato ruega a sus familiares que llamen a un médico.

Y don Carlos Pau, director de la revista «Cavanillesia», personalidad de la botánica mundial desde su rincón de Segorbe, hombre de carácter fuerte siente que se muere muy contrariado de hacerlo «sin veros negar».

Los botánicos españoles y la Real Academia de Farmacia han querido rendir en Segorbe el homenaje merecido por quien dedicó toda su vida a enriquecer con datos, obras escritas y una gigantesca colección de plantas la investigación botánica española.

LO QUE DICE EL PUEBLO Y EL ALCALDE SEGORBE «NEWS»

Estas son las dos noticias más grandes de la actualidad local segorbina, pero hay también hechos menudos de todos los días en esta ciudad tan cargada de historia.

Que si va a estar muy bien en la glorieta la nueva mejora que suponen las arcadas del monasterio de Valdecristo que antes estaba en el lavadero público. Que si este año no ha llovido lo suficiente, y ni la «fuente de las proviencias» con sus cincuenta caños madiana lo que debe un manantial que jamás se ha secado. Que si hay peligro de que llegue la mosca del Mediterráneo. Que si las peras o las ciruelas. Que si los botijeros. Que si tienen buena salida los bastones o garrotos de tratante... Y muchos más temas de una ciudad viva y preocupada por las cuestiones no solamente de su localidad sino también de la comarca la región y todo el país.

El nuevo edificio de las Casas Consistoriales es de gran valor ya que ha sido logrado gracias a una inteligente reconstrucción del primitivo palacio de los duques de Segorbe. Este es un Ayuntamiento con portada de mármol y jaspes que proceden de la vieja cartuja de Valdecristo o de la Vall de Crist. Tiene una impresionante escalera imperial también de mármol. Pero lo que hay de más valor en estas Casas Consistoriales son los artesanos que ellas conservan y que datan del siglo XVI.

Con don Marcelo Monzonis, Alcalde de Segorbe y Procurador en Cortes, vemos los tesoros del edificio municipal antes de que se nos muestren los planos de las realizaciones y proyectos de interés público que se llevan a cabo en esta ciudad. El parque del botánico don Carlos Pau es una de las más inmediatas realizaciones, pero existen muchas más de gran envergadura en lo que se refiere a mejoras de pavimentación y nuevo alcantarillado.

Referente a la Enseñanza el Ayuntamiento de Segorbe es muy ambicioso ya que promueve, a la vez, la construcción del nuevo Instituto Laboral, de magníficas escuelas graduadas con campos de juego y jardines y de un parvulario de líneas alegres que quien lo ve hasta en el papel pintado de los planos, desea su realización quizá por un secreto impulso de

reengancharse a la cartilla de ese parvulario modelo.

Segorbe quiere tener algo así como una pequeña ciudad escolar que comprenda desde los parvularios al nuevo Instituto Laboral.

Otro edificio de nueva planta va a ser el Palacio de Comunicaciones de Segorbe y hasta puede ser que un nuevo hospital sustituya a la impresionante fábrica del que fundó en Segorbe el obispo Gómez de Ahedo y que fué construido con sillares de lo que fué el Alcazar de los reyes de Aragón.

En la parte baja del Ayuntamiento está el Casino de Segorbe con su prestancia de centro social capitalino. Allí se reúnen las «fuerzas vivas» más importantes, desde investigadores como don José Claret, un segorbino muy amante del arte, la numismática y la arqueología, hasta industriales como don Domingo Orero, fabricante de materiales de la construcción y promotor de la riqueza frutícola con sus viveros de árboles seleccionados.

ENSEÑANZA LABORAL EN UNA CIUDAD DE TRANSITO Y POSADA

Como Segorbe es una ciudad que mira fundamentalmente al campo y a la huerta circundante, el Instituto Laboral es de modalidad agrícola. Este centro de Enseñanza está instalado provisionalmente en un ala del edificio del histórico hospital de Segorbe, cuyos claustros han sido incluso habilitados para naves de taller de carpintería.

En los talleres de este Instituto Laboral, vemos a los alumnos de primer curso construir un modelo de juguete en los bancos de carpintero. Según la aplicación y la habilidad manual de cada muchacho el juguete llega o no a rodar, y habrán dado su fruto de enseñanza esas virtudes de madera que salen a la vez de tantos cepillos. Si se mira solamente al movimiento del brazo de los muchachos, parece que esta es una clase de violín.

En una de las clases teóricas vemos a los muchachos formando un corro ante un gran mapa de la comarca del río Palancia, en cuyos márgenes está situada la huerta de Segorbe. Hay palos de agrimensura en uno de los rincones del aula. En la sala de dibujo los alumnos trazan a línea un esquema de tractor mientras en otro lado un corro de mu-

chachos rotea una especie de cajón de arena que se utiliza para explicaciones de teoría agrícola.

Don Jesús Ribera, profesor del ciclo de Matemáticas, tiene un muchacho en la pizarra en plena lucha con los guarismos. Con la profesora de Literatura, señorita Millán Ribollés, pasamos rápidamente por esta clase. No sea que nos examinen.

Los jóvenes profesores del Instituto Laboral de Segorbe están manos a la obra en la cada vez mejor estructuración de este centro de enseñanza de modalidad agrícola. El Instituto puede decirse que está en sus comienzos y ahora es cuando necesita de un desvelo mayor para que germine el esfuerzo de todo el equipo docente.

Para la propaganda utiliza este Instituto la cinta magnetofónica en su cátedra ambulante, pero también edita una pequeña revista titulada «Briga»; terminación de Segóbriga. La palabra «briga» quiere decir fortaleza y el nombre está bien aplicado en una publicación de este Instituto Laboral que reside ahora sobre sillares históricos y que parece encastillado en su propia fortaleza, que es centro de sus incursiones por toda la comarca.

Al salir del Instituto Laboral vemos, frente a la Glorieta, una pista de patines sobre la que ruedan un grupo de jóvenes. He ahí otro símbolo de la modernización segorbina y una prueba más de que esta ciudad histórica no vive aplastada por su propio pasado.

Ciudad de tránsito esa de Segorbe, por la que, además de trenes, pasan continuamente grandes camiones. La calle de Colón es la gran arteria segorbina del tráfico de carretera y donde repostan combustible los camiones de verduras que desde Levante van a Zaragoza y los que desde Aragón, llevan mercancías a Valencia. Calle de gasolina quemada y olor a aceite pesado. Calzada de tránsito y carretera, para corro y refresco de mecánicos en los popotes, tales.

Pero al mirar la fila de camiones y remolques, que esperan su momento de salida, al fondo de esta visión engrasada de una actualidad de chasis y motores de explosión, hay una acémila cargada de botijos que sube lentamente una cuesta hasta perderse bajo un arco antiguo.

Francisco COSTA TORRO
(Enviado especial).



La calle de Colón es el centro vital de Segorbe. El rango histórico de la ciudad es compatible con la lozanía de sus fuerzas vitales



UN HOMBRE HA MATADO

NOVELA

Por P. POSADA

A las siete de la tarde del día 12 de febrero, la Comisaría de la Reforma tenía un aire especial. Dos mujeres, ante el oficial de guardia, gritaban al tiempo. Las dos eran hermosas, lo que daba a la prueba un cierto e inesperado aire de broma. Una de ellas, gruesa, chispeante y como gonzosa del escándalo, tiraba de la lengua a la más joven.

—¡Niégalo, niégalo, si te atreves!

La discusión recomenzaba y volvía nuevamente como tripa que se inflara y se desinflara constantemente de viento.

El oficial, moreno él, las miraba de engañado y dispuesto a echar la tarde a perder. «¿Podrían hablar una sola?», las recomendaba.

—¡Es que ésta es una ladrona!

—¿Y qué la voy a robar?

Dos guardias entraron en aquel momento y se sentaron en los bancos adosados a la pared oscura ennegrecida, en la que se habían ido quedando, en torno al teléfono, apurados a lápiz, muchos números de teléfonos. Miraban la escena sonrientes.

—¿Cuántas veces habrían visto lo mismo?

—¿Cómo se llaman?

—Yo, Rosa Alvarez—decía la más gruesa.

—Yo, Pepita Ortigal—contestaba la segunda, la más joven, y que estaba acusada de robo.

Tomaban en el papel, indiferentemente, los datos. Una de ellas era soltera, la otra casada. De vez en cuando, monótonicamente, el policía levantaba la vista y confrontaba, por sí mismo, mirándolas de frente, las afirmaciones que le hacían. La mayor, por ejemplo, decía que era viuda y que tenía unas joyas que le habían robado. La más joven, delgada, pero con unos ojos vivales y alertas que se fijaban en la gente como si pudiera alcanzar todo lo que le gustara, decía, sin embargo, que no era viuda, sino soltera y requetesoltera.

No tuvieron tiempo de contestar. Un hombre entró en la Comisaría atropellando al guardia de la entrada. Tenía una mirada honda, grave y resuelta. No se fijó en nadie, sino en el policía que frente a las dos mujeres, impasible, se ejercitaba en poner en claro la gritería.

—¡Tengo que hacer una declaración urgente!—decía el recién llegado.

Apenas le miraron. Sólo los ojos de Pepita Ortigal registraron, porque no miraban, sino que registraban, al hombre. Se puso a pensar, distraída, dónde le había visto antes.

—¡Siéntese y espere!—decía uno de los guardias.

—¡Yo no puedo esperar!

El oficial levantó la cabeza antes de rectificar:

—Tendrá que esperar, por favor, unos minutos.

El hombre se acercó a la mesa del despacho y puso las manos blancas afiladas, temblorosas, sobre los papeles, para volver a insistir:

—Me es imposible esperar.

Fué el acento del desconocido lo que hizo que, repentinamente, se convirtiera en centro de todas las miradas.

Todavía se intentó rechazar, por parte de todos, invocando el buen humor, el especial influjo que ejercía.

—¿Es que está loco?—le decía un guardia.

El hombre giró sobre sus pies y miró de frente, con una inexplicable mirada a quien le había preguntado. Luego se volvió de nuevo hacia el oficial. Este le miraba extrañado y casi sorprendido: la expresión de aquel hombre era la del que sufre mortalmente. Sin darse cuenta, se levantó de su asiento.

—¿Y por qué tanta prisa?

—Porque yo me voy a morir de un momento a otro.

Las dos mujeres, a la par, con la misma uniformidad que cuando se insultaban, dejaron escapar un corto grito.

—¿Cómo sabe que va a morir?

—Me he envenenado y vengo a declararme culpable del crimen cometido en la calle de la Cuesta.

La situación había variado por completo. Era el hombre, dramáticamente, el que dominaba la situación. Las dos mujeres, antes enemigas acérrimas, se habían cogido del brazo y se apoyaban una sobre la otra.

Un guardia se adelantó para cerrar el paso a la salida. Al que estaba afuera, en los escalones de la entrada, le advirtió:

—¡El asesino de la calle de la Cuesta está ahí! No hubo tiempo de detenerle. Antes de poder articular una palabra más el hombre dejó la mesa

de despacho y se acercó al muro. Esperaba alcanzar, posiblemente, el banco adosado a la pared, pero no pudo llegar. Le temblaron las rodillas y cayó al suelo.

La escena había ocurrido con tal rapidez que apenas si nadie había podido tomar una decisión. Cada paso que se daba en el pequeño despacho estaba cortado por la emoción de aquel momento. Entre dos policías levantaron el cuerpo del hombre y le llevaron a los despachos interiores. Mientras tanto, aprovechando la confusión, las dos mujeres se escaparon a la calle. Una vez allí como alma que lleva el diablo, corrieron hasta las calles próximas. Detrás de ellas, nadie.

Ya más calmadas, a paso de buena amistad tomaron el tranvía.

—Te digo que tenía cara de loco—decía Rosa Álvarez que era dicharachera y un poco histérica.

—Te digo que estaba tan cuerdo como tú y como yo—le contestaba Pepita Ortigal—. Lo que yo me pregunto—añadía—es dónde he visto yo a ese hombre.

El tranvía bajaba por los barrios extramuros de la ciudad con un rechinamiento de frenos. Los carros se cruzaban, con su toldo grisáceo, con la ciudad creciente. Ninguna de las dos hablaba. De pronto, como si hubieran despertado a la realidad, como si avispiellas malignas hubieran encendido sus memorias, volvieron a la gresca.

—¿Como pudiste ser tan sinvergüenza de llevarme a la Comisaría?

—Te digo que nunca oí tanto cinismo. ¿Y cómo me robaste mis pendientes?

—Yo no lo hice.

—¡Tú!

Pero la discusión estaba muerta. Cada una de ellas pensaba en que aquel hombre había evitado que el escándalo suyo hubiera pasado a mayores. Sin quererlo, pensaban en las leyendas sobre los juicios y volvían a oír las viejas recomendaciones de que nunca se deben tener pleitos. Claro que estaban los pendientes, decía para sí Rosa Álvarez; pero más perdió aquel hombre que murió ante sus ojos.

Cuando subían las escaleras de la casa que estaban oscuras se cogieron de la mano para ahuyentar mejor los fantasmas.

—¿Recordaste dónde le viste?

—No; pero lo recordaré.

—No te fíes, a veces no se puede.

LA INVESTIGACION

El inspector del caso de la calle de la Cuesta explicaba ante el comisario del distrito el estado de la investigación. Los dos hombres, distinto el uno del otro, encendían los pitillos. Se notaba el grado de confianza y de respeto que se tenían.

—¿Quiere volvérmelo a contar todo?

El inspector Robledo, que había nacido en Extremadura, de ojos negros y duros, no parecía feliz del encargo. Llevaba muchos días dando vueltas a cada una de las características del crimen y no había conseguido un paso adelante. «Y luego—pensaba—viene ese muerto a meterme en un callejón sin salida.»

El comisario, un hombre sin expresión, de manos rojizas, de aspecto tranquilo y de fabulosa fuerza vital, miraba a su inspector como si reconociera cada uno de sus estados de espíritu. Pero, a pesar de ello, insistió:

—Cuéntemelo.

El inspector enrojeció débilmente, porque, como otras veces, llegó a la conclusión de que el comisario se burlaba un poco de él.

—Ya sabe cómo empezó.

—No sé nada.

A LAS DIEZ Y MEDIA DE LA NOCHE

El día 1 de febrero, a las diez de la noche, un hombre llamaba a la Comisaría del distrito de la Reforma para dar esta noticia: «Acabo de matar una mujer en la calle de la Cuesta, número 13.»

Recogió el recado un inspector, que, al principio, pensó que se trataba de una broma. Reaccionó sin embargo, en el cuadro profesional.

—¿Quién es usted y de dónde llama?

—Eso es cosa suya.

Inmediatamente sonaba el «clic» de que al otro lado de la línea el informador anónimo había col-



nimo, el tono y el acento de la voz de su comunicante. «Parecía la voz de un hombre fino.» Quizá lo dijo en voz alta, porque el comisario, que estaba en aquel momento, lo miró sorprendido.

Unos minutos después, previa aprobación del comisario, un coche de la Comisaría del distrito se detenía ante el número 13 de la calle de la Cuesta. Era una casa de planta baja y un piso, rodeada de un pequeño jardín.

Mientras llamaban a la campanilla, reunieron, entre los dos, los datos que habían conseguido obtener. Vivían allí una señora viuda, de buena posición, y una vieja criada de la familia, de muy mal genio, según informe del tendero cercano.

Se asomó a la puerta la criada.

—¿Qué quieren?

—Ver a la señora.

Vino hasta la verja con el peor gesto del mundo. Sólo cuando la dijeron que eran de la Comisaría se calló un momento. Luego refunfuñó: «Pero que conste que no son horas de cristianos.»

La casa era elegante, con esos cortos, pero expresivos detalles, que demuestran que el dinero es abundante. Ardía en la sala, iluminada por la luz indirecta, el fuego de una chimenea grande que daba un aire confortable, pacífico y hogareño, a la habitación.

Los policías se miraron entre sí, como diciendo: «Aquí no pasa nada nunca.»

Por la puerta de cristales que tenían detrás de ellos, casi sin darse cuenta, pisando la ancha y suave alfombra gris, llegó la dueña de la casa. Les cogió desprevenidos, calentándose y frotándose las manos ante la chimenea.

—Ustedes me dirán, señores.

Los dos pensaban: «Esos bromistas habría que colgarles.»

—Mire, señora, recibimos hace unos instantes una comunicación en la Comisaría diciéndonos que habían visto saltar a un hombre la verja, y pensamos en interés de usted, que por si acaso conviene echar un vistazo a la casa.

¿Le agradó a la señora la noticia de que visitarían su casa? ¿Le molestó? Ninguno de los inspectores podría haberse permitido el lujo de una contestación sincera. Sólo, como contestación, les dijo:

—No es posible que hayan entrado en la casa. Todas las ventanas de la planta baja tienen reja. La puerta no se abre, y el primer piso tiene igualmente unas rejas muy artísticas. Yo soy—añadió—muy miedosa, y he querido que la casa este bien guardada.

¿Era de verdad una mujer miedosa? La cosa tampoco estaba clara. Parecía segura de sus nervios sin desfallecer un momento.

Recorrieron la casa de una punta a otra, sin encontrar una huella sospechosa. Todo estaba perfectamente cerrado e inexpugnable. Un orden perfecto y una limpieza impresionante reinaban, señorialmente, bajo aquellas cuatro paredes. El piso alto se componía de un baño, la habitación de la señora, una sala en la que ardían como en la de abajo los cortos troncos de madera en la chimenea y un comedor lujoso.

En la sala, al lado de un butacón, se veía abierto un libro. Uno de los inspectores le miró por encima al pasar: en inglés.

Se despidieron en la puerta de la calle. La señora les tendía la mano con una sonrisa complaciente, pero un poco burlesca. Antes de marcharse, gentilmente, había intentado que tomaran una copa de coñac.

—No, no, señora.

—Ustedes se lo pierden.

Regresaron otra vez a la Comisaría. Antes pasaron por el Bar Flor para tomar fuerzas contra el frío. La neblina se pegaba a los cuerpos como un ser vivo. Sin darse cuenta, los dos hombres pensaban, con cierta envidia, en aquella casa vacía, con dos chimeneas encendidas y aquella señora de maneras dulces y frías que leía, seguramente con los pies cara al fuego.

En la Comisaría como siempre: les tomaron el pelo a cuenta de la muerte de la calle de la Cuesta.

De los dos inspectores, el más joven deseaba decir una frase que le consagrara: «¿Por qué no ponemos esta noche, sin embargo un hombre allí?» Claro está que no se atrevió.



SE MUERE JUNTO AL FUEGO

—Continúe—decía el comisario.

A la mañana siguiente, a las ocho de la mañana, la criada de la calle de la Cuesta llamaba para decir que había ocurrido algo horrible: su señora había aparecido muerta.

El cadáver de la mujer, según las fotografías que se tomaron, estaba caído sobre la alfombra, con la cabeza próxima a la chimenea, apagada. No existían signos de lucha. Sin embargo, había sido asesinada de una manera implacable: dos puñaladas en el pecho.

No se encontró la menor huella. La criada no había oído el menor ruido, y la Policía llegó a tener la evidencia de que no tenía nada que ver con el asunto, ya que, entre otras cosas, la invadió una tristeza tan grande con motivo de la muerte de su ama, que se veía bien la daría igual que la procesaran, muriera en la cárcel o decapitaran. La madre de la viuda, que vino desde el Norte a la casa número 13, informó por la criada: había visto nacer a mi hija Formaba parte del cuadro familiar.

En la habitación no se encontró ninguna huella. Las ventanas estaban cerradas. Las llaves de la puerta, en su sitio. ¿Cómo era posible? Y, sobre todo ¿por qué llamaron a la Policía diciendo que se había cometido un asesinato que no se había cometido, para realizarlo después? ¿Qué significaba?

—¿Qué detalle le causó más impresión?—preguntaba el comisario.

El muchacho miró frente a sí antes de responder. Exhaló el humo del cigarro, y contestó:

—Al principio no le di importancia pero luego no he dejado de darle vueltas constantemente. Ya le he dicho que en la visita que hicimos a la señora a las diez y media vi, en la salita un libro abierto que estaba «en inglés». Pues bien; cuando

murió, que, como sabe, fué una hora después el libro era castellano. No he de decirle que la cosa no tendría ninguna importancia, porque se puede dejar una lectura por otra, si no fuera porque no he encontrado, a pesar de todos mis esfuerzos, un solo libro en inglés en toda la casa. Yo estoy seguro que lo vi entonces, pero no sé lo que significa.

—¿Qué dice la criada?

—Dice que su señora leía mucho; pero nada más.

—¿Y su madre?

—Que su hija había estudiado inglés cuando era joven, pero que nunca había pensado que pudiera llegar a leerlo.

El comisario miró repentinamente intrigado el rubor que se extendía por su joven colaborador. No le dejó tiempo a recobrase.

—¿Dígame lo que piensa!

El muchacho se encontró entre la espada y la pared. No tuvo más remedio que contestar:

—Pienso que cuando llegamos a la casa el asesino estaba ya allí.

—Es una buena idea.

Hubo un momento de silencio antes de que el comisario volviera de nuevo a la carga.

—¿Qué se sabe del hombre que murió en la Comisaría?

—No llevaba ninguna documentación en el bolsillo. Hemos publicado su fotografía en todos los periódicos, y hasta el presente nadie en absoluto se ha presentado a hacer una declaración. Murió envenenado, ya sabe por haber ingerido una cantidad enorme de luminal.

LA ENCUESTA AL REVES

Hubo que volver a comenzar por el principio. El centro del misterio era la casa y a la casa volvió el inspector Robles. Horas y horas se pasaban allí

registrando y mirándolo todo. La criada, sin hacerle mucho caso, atendía a sus quehaceres, preparándose para marchar a su pueblo.

Una tarde se le ocurrió, no el volver a reconstruir el crimen, como se había dicho, sino a reconstruir la escena y los movimientos que él mismo realizara la noche que se presentó en la casa, con su compañero, para comprobar la llamada telefónica.

Hizo, movimiento tras movimiento, todos los que había realizado entonces. Empezó en la sala, siguió por la planta inferior y fué subiendo, al fin, las escaleras. Recordaba cada una de las palabras de la señora, que, por sí misma, les enseñaba la casa. Pasó a la salita, y, al llegar frente al baño, les dijo: «Perdonen un instante.» Entró en él y salió unos minutos después. Aun les dijo, sonriendo: «No había ningún ladrón.»

Es ahora, muchos días después, cuando comprendió el inspector que allí había estado la clave del asunto. El asesino estaba en el baño, y solamente la sangre fría de la mujer pudo evitar, con una fértil y bella estratagema, que entraran allí. ¿Quién iba a sospechar nada, después que permaneció ella sola en el baño?

Si la teoría tenía un fundamento de posibilidad faltaba averiguar quién era el hombre y qué clase de relaciones sostenía con la dueña de la casa. Quedaba, además la llamada telefónica, que había adelantado por una hora el asesinato. ¿Por qué? Todos eran «por qué» sin respuesta. La casa, ahora vacía con la criada vieja que no salía de la cocina, parecía más grande. Quizá—pensaba el inspector—antes fuera también así; pero cuando vinieron aquella noche, la casa le pareció feliz «Tal como si viviera un matrimonio.» Era una impresión fugitiva una especie de ilusión alimentada por las chimeneas y la cálida bocanada de la casa. La dueña, lo recordaba bien, era una mujer todavía joven, con unos ojos claros y bellos.

Sin saber qué hacer, dando vueltas a la sala del piso de arriba, pulsó el timbre, que sonó como un ligero temblor nervioso, a lo largo de la casa.

Oía los pasos rápidos de la criada.

—¿Quería algo?

—¿Recuerda usted al marido?

La pregunta cogió de sorpresa a la mujer. Miró con sus ojillos encrespados ligeramente coléricos al inspector.

—¿Se refiere al difunto marido de la señora?

Parecía, oyéndola charlar que la dueña de la casa podía andar aún por allí. Que dentro de un momento llamaría a la puerta.

—Pues sí.

Costaba hacerla hablar. De pronto con un coque nervioso se dió cuenta que la investigación avanzaba por un camino inesperado. Hasta aquel momento habían buscado entre todas las posibles amistades vivas de la muerta. Nada más preocupaban los que la rodeaban. El marido había muerto siete años atrás en el puerto. ¿Qué importaba entonces? Todo lo que sabía era que murió en el mar.

—¿Estaba usted allí?

—Habíamos ido de veraneo, y se puede decir que acabamos de llegar. El señor se cayó de la lancha y se ahogó. No se pudo, ya sabe, encontrar su cadáver.

UNA VIEJA HISTORIA

A la mañana siguiente desde el alba el inspector estaba despierto. La impaciencia no le dejaba dormir. Despertó a los demás huéspedes y se metió en la ducha fría para calmar los nervios. En la cocina la patrona se reía con la criada: «Parece que tiene al criminal de la calle de la Cuesta debajo de su cama.»

A las nueve estaba en las oficinas de la Banca Mediterránea. Debía ser el primer cliente porque desde las ventanillas, le miraban con curiosidad. Preguntó al conserje por el director. Como le dijeron que no estaba, se sentó en el butacón azul de la sala de visitas y esperó. No tardó mucho en llegar y le recibió inmediatamente. Era un hombre ancho sólido, de ojos azules que miraba con curiosidad perpleja al policía: «¿En qué le puedo servir?»

—Vengo a preguntarle por un antiguo empleado suyo.

La mirada del hombre se endureció un momen-

to. Los músculos atezados, morenos, se contrajeron un instante.

—¿Cuál de ellos?

—El señor Urquiola.

El inspector no sabía, ciertamente, cuál era la tecla que había tocado. No sabía nada, pero andaba por un terreno que daría fruto. Con la mano apretó, instintivamente, el brazo de la silla. Con un leve movimiento, el director de la Empresa bancaria le invitó a sentarse. Hasta entonces, las pocas palabras se habían pronunciado de pie. Todavía se miraron un momento, como preguntándose lo que sabía cada uno de ellos. Luego se hizo un instante de silencio.

—El señor Urquiola era nuestro agente de compras en el extranjero.

—¿De Inglaterra también?

—También.

Los dos hombres se miraban ahora con el rabillo del ojo. Costaba trabajo el decir las palabras que tenían que decirse.

—Se trataba de un hombre prodigiosamente inteligente y con unos conocimientos extraordinarios del mercado europeo. Puede decirse que en el Banco apenas le conocían otras personas que yo mismo y algún miembro de la sección de divisas.

Se volvió al inspector y le dijo:

—¿Qué saben ustedes de él?

—Todo—decía el inspector, dejándose llevar por la inspiración.

—Bueno; un día u otro tenía que ser. A comienzos del año 1920 se metió en un negocio turbio, que significó un fraude enorme para el Banco. Se descubrió de casualidad; pero se averiguó. Como no se consiguió hallar las pruebas materiales de su complicidad en el desagradable asunto, el Banco se limitó a despedirle. Quedó arruinado porque en el negocio había arriesgado, de igual forma, su fortuna personal.

—Su casa de la calle de la Cuesta no daba la impresión de pasar ningún apuro.

Por primera vez el banquero dudó que el inspector supiera cosa alguna. Pero para él era un negocio perdido y siguió hablando:

—A raíz de su muerte, su esposa cobró una fortuna de tres Compañías, con las que tenía unos seguros de vida muy importantes. Las Compañías como usted sabe dudaron antes de pagar, porque no pudo encontrarse el cadáver; pero, al fin, se impuso la realidad.

—¿La realidad?

—Le doy a usted mi palabra de honor que hasta el momento de ver su fotografía en el periódico no pude ni imaginarme siquiera en una posibilidad de que viviera. Siempre pensé que el accidente en el mar había sido, poco más o menos, un suicidio.

—¿Por qué no avisó a la Policía cuando vio el retrato en los periódicos del hombre que murió en la Comisaría?

—Porque se cerraba un ciclo de vidas humanas. Muertos los padres; asesinada la esposa por el marido, sólo pude pensar en su hija. Ya sabe que estudia en Inglaterra, donde, como saben ustedes, ha ido a buscarla en estos momentos su abuela. Con ella ha ido mi hijo. Van a casarse dentro de dos meses en la mayor intimidad. ¿Quería usted que fuese yo quien dijera a una mujer que se va a casar dentro de unos días con mi propio hijo que su padre había asesinado a su madre y que, en el fondo, se trataba de un perturbado genial?

—¿Por qué me ha contado todo esto?

—Porque necesitaba contárselo a alguien y a nadie mejor que usted para hacerlo. Sólo le advierto que nunca jamás ratificaré estas palabras ante nadie. Las he dicho al viento, señor inspector.

—Quedan la criada y la abuela, que tienen que conocer el secreto.

—Felisa antes se dejará cortar la cabeza que decir una sola palabra. En cuanto a su abuela, permítame decirle que su caso será siempre el mío. Nunca podrá permitir que su nieta pudiese conocer esas cosas. ¿No lo comprende? Le repito que el ciclo de esas dos vidas humanas ha terminado. Uno se ha consumido en la otra. A nadie...

del crimen se habrá perdido. No quedará nada. Ni el polvo del recuerdo.

El banquero se levantó de la mesa. Le brillaban los frios ojos azules de tal forma, que el inspector pensó que lloraba. No debía ser así, aunque le acompañó precipitadamente hasta la puerta.

DONDE PEPITA ORTIGAL RECUERDA DONDE VIO AL HOMBRE

Dos días después de la conversación del inspector Robles con el banquero seguía sin conseguir el equilibrio espiritual necesario para enfrentarse con el problema del asesinato. En la Comisaría, el caso era de menor importancia, porque, con la entrega del asesino y su declaración pública—aunque seguida de su muerte—, el caso estaba terminado en sus líneas generales. El resto, era cuestión de adivinación. Esos, poco más o menos, eran los pensamientos del inspector Robles cuando oyó el alboroto que se levantaba en las oficinas. Y oyó, claro y audible, su nombre: «Yo quiero ver al inspector Robles.» Le halagó un momento, porque con el crimen había salido mucho en los periódicos. Salió fuera y se encontró con una mujer delgada fina, de grandes ojos, que discutía con el oficial de servicio. Este la decía:

—¿Usted es una de las que se escaparon, después de dar la tabarra aquí sobre unos pendientes, la misma tarde que murió...!

La mujer no le dejó terminar:

—¿Ni me lo nombre, que me da miedo!

—Pero no le da miedo robar pendientes.

—Los pendientes estaban debajo de la cama de Rosa Alvarez, a quien puede usted preguntárselo cuando quiera.

El inspector se reía sólo viendo que la mujer no se dejaba dominar en la conversación.

—¿Qué quería de mí?

—Vengo a decirle que ya recordé dónde vi al hombre que murió aquí. Le vi entrar un día en una «masía» de Ortheuela, que es el pueblo de mi madre, en Aragón. Yo, sabe—se volvió al oficial—, no olvido nunca una cara, y la de aquel hombre—se persignó—no me dejaba dormir.

—¿Está segura?

Pepita Ortigal natural de Pontevedra levantó sus ojos y le miró parlanchina y pícaro.

—Estoy segura.

Tomaron los datos, y unas horas después se tenía el convencimiento absoluto de que el señor Urquiola había vivido durante años allí como simple y escondido terrateniente. Desde las sierras le llegaban, frescas y frías, las nieves de muchos meses de invierno. Una paz ancha, misericordiosa, le cerró durante muchos años los caminos de la ciudad. Es seguro que aquel hombre esperó el momento propicio para marchar al extranjero con su mujer, y que, por circunstancias que no se sabrán nunca, no pudo realizarse, o encontró la oposición tenaz y desesperada de su esposa. En los interrogatorios que se hicieron al personal de la casa se averiguó que Urquiola, que vivía bajo el nombre de José Sáez, hacía periódicas escapadas a la capital. Nadie le conocía familia ni amigos. Según el alcalde era un hombre extraño, inteligente, hábil y duro en las compras y ventas. A nadie visitaba; nadie iba a verle.

Cuando el inspector Robles registraba la hacienda metida en una zona triguera, realizó un descubrimiento importante en una pieza dedicada a despacho. Era un pequeño librito, cosido a mano, escrito a pluma, con una tinta verdosa y de apretada letra, que resultó ser una novela policíaca, y firmada con el verdadero nombre de Urquiola, y que tenía por título uno curioso: «Un hombre ha matado».

Al leerla, el inspector Robles se asombró de una cosa. El protagonista era un hombre que veía progresar en él, independiente de su propia voluntad, una espantosa locura. Aferrado a las líneas más puras de su inteligencia, el hombre fué escribiendo, con irrefrenable ardor, cuanto pasaba por su cabeza. Un día escribe: «Cuando decida matar a mi mujer, avisaré antes a la Policía. Nunca podrán averiguar ni comprender, porque yo moriré después que se trataba de una broma inocente.»

El libro se cerraba el día 1 de febrero. Todavía, entonces, las sierras estaban coronadas de nieve.

ALLI DONDE EL "AFFAIRE" BROTA

EL DOBLE CRIMEN DE MONT-FORT L'AMAURY

LA TUERIE DE MONT-FORT L'AMAURY

M. Capdeville (DÉPUTÉ SEIN) aux attaques de

est confronté au... à Rambouillet à M. Jean Capdeville

FRANCIS BODENAN ACUSA AL VICEPRESIDENTE DE LA COMISION DE DEFENSA

UN GRAN ESCANDALO SUCIO Y MISTERIOSO

PROCESO

EL día 1 de junio, a las cinco treinta de la mañana, dos obreros agrícolas descubrieron los cuerpos de Louis Robinard y Roger Laaban, acribillados a balazos, en el bosque de Montfort-l'Amaury. Una camioneta propiedad del primero estaba cruzada a través de la carretera, como si otro coche la hubiera obligado a hacer ese viraje. Sobre el vehículo de los asesinados se notaban las huellas de los disparos.

La Primera Brigada Móvil de la Policía francesa creyó en principio que se trataba de uno más de los famosos «arreglos de cuentas» entre dos grupos al margen de la ley. En la camioneta, como decía en el número 345 de EL ESPAÑOL se encontró un paquete de letras, extendidas por Robinard a Francis Bodenan, por valor de 16 millones.

Ese mismo día, Bodenan, un personaje misterioso relacionado con grandes personajes de la política y los negocios, se había presentado en Ruán, en el despacho del diputado Jean Capdeville, ausente, y había procedido a hacer una serie de llamadas telefónicas que le pusieron en contacto con una serie de personajes. Luego, inmediatamente, encarga a la secretaria del diputado, que es vicepresidente de la Comisión de Defensa Nacional, la redacción de un documento: es un papel en blanco, con firma de Louis Robinard, sobre el que la empleada escribe que Robinard «desliga» a Bodenan del compromiso de 60 millones.

Vuelto a París, Bodenan se presenta a la Policía el día 2 de junio. Explica al comisario Samsou

On sait que l'escroquant, n'a pas encore devant la justice du double Louis Robinard et Saban simplement de plusieurs (sés ou non) avec l'armée. seraient à l'origine de minimisant son rôle, Bod

que sus negocios con Robinard y Laaban eran una estafa. Les había hablado de proporcionar al Ejército un cargamento de grasa por valor de 60 millones, de los que él llevaría un beneficio de 20 millones. Bodenan insiste que se trata de una estafa y de que él no podía recibir un encargo del Ministerio de Defensa. En cuanto a la muerte de los dos hombres, él aporta un nuevo elemento de confusión: Robinard y Laaban, agentes de servicios secretos, han muerto en un ajuste de cuentas entre espías.

POR EL CAMINO DE LAS AMETRALLADORAS «HOTCHKISS»

Estuvo claro desde el primer momento que las declaraciones de Bodenan tenían un doble sentido:

1. Convencer a la Policía de que se trataba simplemente de una estafa y que ninguna actividad política o militar había tenido nunca nada que ver con un posible y verdadero encargo en nombre del ministerio de la Guerra.

2. Conseguir que el doble crimen de Montfort, aparentemente conectado con Bodenan y las grasas, se desviara hacia el frente del espionaje. Un frente, por otra parte, nada imposible ni poco probable. Louis Robinard y Laaban podían pertenecer, como antiguos miembros de la «Resistance», a grupos políticos que hacen del espionaje una tarea normal.

Pero inesperadamente, en uno de los registros que se verifican el día 2 de junio en casa de Bodenan se encuentran unos papeles que vuelven a poner en marcha la primitiva idea de que el

«encargo» existió realmente y que después, por misteriosas razones, no pudo ser cumplido hasta el final.

Esos papeles eran unas cartas que peligrosamente no había visto Bodenan, que detallaban, entre varios intermediarios, las vicisitudes de un negocio en el que verdaderamente intervenía el ministerio de Defensa.

El asunto era el siguiente. En determinado momento el Ejército tuvo necesidad de proceder a una limpieza y pulido de un stock importante de ametralladoras «Hotchkiss» que no estaban en buenas condiciones. Pues bien; resulta que en Francia no existe nada más que una fábrica, que trabaja además con licencia inglesa, dotada con el material necesario para realizar un trabajo semejante.

Dadas esas circunstancias, parecía normal que el alto funcionario del departamento de Defensa Nacional encargado de concluir el acuerdo con la fábrica se dirigiera personalmente al director de esta Empresa y exigiera, de acuerdo con los trámites legales, los presupuestos del trabajo. Nada de esto, sin embargo, ocurrió.

El alto funcionario del ministerio de la Defensa Nacional se dirige entonces a Francis Bodenan, a quien encarga ser el intermediario entre el Ejército y la fábrica.

Al final, en vez de pedir los diez millones, que es realmente la cifra cobrada por la Empresa Bodenan exige 18 millones, y la diferencia, es decir, los ocho millones, es repartida entre las cuatro personas al corriente del



asunto. La operación, realizada a satisfacción de todos, costaba ocho millones a los contribuyentes. Y esto, repitámoslo no es más un ejemplo («L'Aurore» del 9 de junio).

Este grave descubrimiento volvía el asunto a su punto inicial: a lo que se ha llamado el «affaire» de los conocimientos políticos de Francis Bodenan.

Nadie además desde ese momento dejó de pensar que tras la estafa no existiera algo más importante. Desde ese momento la Policía comienza a actuar con una prodigiosa cautela. Las informaciones se van haciendo más escasas y difíciles. Un muro de silencio rodea los nombres de las personalidades que misteriosamente aparecen en el «affaire». La sorpresa llega al máximo cuando el ministerio del Interior, allá en la plaza Beauvau, siente un gran interés por el caso. El propio ministro llama personalmente al jefe de la Primera Brigada Móvil, monsieur Gillet, para escuchar de sus labios todas las informaciones. Desde ese momento se habla en Francia de un nuevo «affaire Staviskij».

UNA MUJER CON UN PAQUETE DE SESENTA MILLONES

Oír, ver y callar parece ser la consigna de la calle del Faubourg Saint-Honoré, donde se interroga diariamente a muchas personas conectadas de una forma u otra con el caso Bodenan. Se confrontan en un mágico silencio, en el departamento de los expertos todos los residuos que pudieran arrojar algún dato sobre el coche que detuvo a la camioneta de Robinard. Se ha llegado a una conclusión: se trata de un «Frégate». «Frégate», piensan todos, es también la de Francis Bodenan. Pero en este caso la cartada es segura: a las horas del crimen el coche estaba estacionado ante la casa Su cartada, en este caso, parece perfecta. No así el resto.

Al principio, por datos indecisos, se creyó que la muerte de Laaban ocurrió a las veintitrés treinta. Y a esa hora, como han confirmado varios testigos, Bodenan respondía desde su casa a varias llamadas telefónicas. Sin embargo, el último testimonio de los médicos forenses se inclinaba con carácter definitivo, por las veintidós horas. Y a esa hora Bodenan no estaba en casa ni ha podido precisar, con ningún testimonio importante, en qué gastó su tiempo. Lo cierto es que, entre una hora y otra, pudo estar en el bosque de Montfort y regresar correctamente a su casa.

Mientras tanto, como es costumbre en todos los casos sensacionales, la Comisaría de Saint-Honoré comienza a recibir su nombre de gentes histéricas que vienen a dar siempre con aire decidido el nombre del asesino. A veces se trata de viejecitas inocentes, de ojos cándidos y dulces que llevan quizá en el regazo un perrito.

En esta ocasión se presentan en la Comisaría dos mujeres que van a dar dos pistas importantes. La primera, una vendedora de bebidas de Bouognc-Billarcourt, ha llamado antes por te-

léfono al comisario Samson para decirle:

—Por lo que he leído en los periódicos, Louis Robinard estuvo en mi casa poco antes de morir para dejarme un paquete: ¿Voy allá?

El comisario, antes de responderle, le pregunta:

—¿Lo abrió?

Al otro lado del teléfono dudan un momento. Luego se escucha levemente la risa de la mujer:

—Pues sí, comisario, lo abrí.

—¿Tráigamelo!

Cuando la mujer depositó su paquete en la mesa del comisario, media hora después, no hubo nada más que contar las letras y las cantidades. Eran las firmadas por Francis Bodenan, y la suma de todas ellas ascendía a 60 millones. Un impulso repentino, el instinto, hizo temer a Robinard aquella cita en la oscuridad.

Vuelta otra vez, durante casi veinticuatro horas, a interrogar a Bodenan. Este declara no tener nada que ver con el asesinato, pero asegura que Laaban, el antiguo «capitán Gaillart», estaba de acuerdo con él en la estafa a Robinard.

LA SEGUNDA MUJER Y LA BALA DE 8 MM.

Una mujer ha traído «sesenta millones». La segunda traerá una prueba que pondrá a Bodenan al borde de la horca. Es una señora bien portada y cuidadora de su figura. Tiene setenta y dos años, y su hijo, el capitán Landrieux, se suicidó en abril de 1946 en una caída del Fuerte Montrouge. Unas circunstancias extrañas rodearon, impenetrables, la muerte del capitán Raymond Landrieux. Su madre se ha pasado la vida intentando rehabilitar su personalidad. Un día conoció a Bodenan, el hombre que todo lo puede en las altas esferas, le explican.

La vieja e ingenua señora ha sido siempre comerciante en ropa fina en la plaza de la Madeleine. Todo el mundo la conoce en el barrio. Las cosas de madame Landrieux no debían de andar muy bien, porque de la noche a la mañana se decide a vender su piso.

Puesto el anuncio de la venta, la señora Landrieux recibe la visita de una señora que decide darle 200.000 francos por tener acceso al piso y pagarla en tres años la cifra total de los 2.800.000 que pide. El caso es que la nueva inquilina, una conocida aventurera, convence a la señora Landrieux para que vivan juntas y transformen el piso para negocios de otro género. Pronto llega por allí Bodenan. El es el hombre que presentan a la anciana dama con estas palabras: «Brillante hombre de negocios y futuro hombre de Gobierno».

El piso de la señora Landrieux se convierte, sin que ella pueda evitarlo, en cuartel general de gentes que viven, en cierta manera, de negocios inconfesables. Bodenan lo toma a veces como oficina para resolver sus asuntos. Habla por teléfono con personalidades de la política, y la señora Landrieux, si escucha uno de esos nombres, piensa lo fácil que será con un amigo semejante rehabilitar la memoria de su hijo

(sobre el que pesaba una estafa de fondos de la Resistencia) y cobrar, por tanto, la renta que le es tan necesaria. No hay que decir que Bodenan no se ocupa del asunto. Antes, al revés, de acuerdo con la aventurera, madame C..., consiguen que la dueña avale una garantía de tres millones para transformar el piso. Es una estafa más.

Tal es la mujer que se presenta en el despacho del comisario Samson. ¿Cree éste que es una vieja histérica que viene a contarle una de tantas historias?

—Pero la señora comienza:

—Ese Francis Bodenan ha robado de mi casa un revólver.

—¿Sabe usted el calibre?

—¡Oh, no, comisario! Sólo sé que era un modelo muy antiguo. Si le sirve para algo, le diré que mi hijo tiraba continuamente en un «stand» de tiro de Collobmes, en la finca de unos parientes.

La señora Landrieux le dice el lugar exacto desde el que ejercitaba su pulso Raymond Landrieux.

Unas horas después los expertos recorren la zona. Se busca simplemente una bala. Una sencilla bala de un revólver que no dispara desde hace diez años. Y al fin se encuentra: es una bala de 8 mm. El mismo calibre que la tercera arma de los agresores. La primera, un 11 45; la segunda, un 6.35; la tercera, de 8 mm.

—¿Me devolverán el revólver? —dice la señora.

—¡Claro, claro! —responde el comisario Samson como si apartara algún mosquito.

Otra vez se vuelve a interrogar a Bodenan. Siente éste que las cosas van mal y declara atropelladamente la verdad:

—Le tiré al Sena cuando iba a Ruán.

—¿Por qué, si aquella hora, las siete de la mañana, no podía saber que se habían encontrado los cuerpos de Robinard y Laaban en el bosque de Montfort-l'Amaury dos horas antes?

Al hombre le corren gruesas gotas de sudor por el rostro. Tiene voz, sin embargo, para gritar:

—Yo no tengo nada que ver con el asesinato.

—¿Quién, entonces?

Nadie sabe si en un momento dado de la encuesta aparecerá un nombre que no se pueda ocultar. Bodenan dice que un guía especial les aguardaba en un albeo de la zona Montfort para hablar del negocio de los 60 millones. Pero nadie sabe nada de este misterioso personaje. Informaciones filtradas dicen que se trata otra vez del chófer de un general. Pero aquí comienza ya el muro de silencio. La conspiración de los puntos suspensivos. ¿De qué general? En torno a ello, el silencio absoluto.

MIENTRAS TANTO, UN INSPECTOR DE SEGURIDAD NACIONAL SUSPENDIDO DE EMPLEO Y SUELDO

Entre los nombres que van abriéndose camino en medio del misterio hasta la mesa del comisario Samson, o hasta la de su jefe, monsieur Gillet, siempre en contacto con el ministro de Interior, llega un nombre sorpren-

dente: inspector principal Borniche, de la Sureté Nationale.

Con el inspector Borniche, Francis Bodenan tiene una gran variedad de relaciones comerciales. Juntos Borniche y Bodenan con un conocido abogado parisiense, había formado una Sociedad de compra y venta de metales, no férreos, conocida legalmente bajo el anagrama de S. I. R. M. A. La participación del inspector Borniche había sido del 30 por 100. De los tres elementos, sin embargo, que han motivado la suspensión del inspector, los dos que serán considerados más seriamente por el Consejo de Disciplina son los siguientes:

1. La negativa que opuso el inspector, en el curso de la noche del jueves al viernes, al comisario Samson de presentarse en la Comisaría para declarar sobre el caso Bodenan.

2. La garantía verbal que dio al banquero de Bodenan en el momento mismo que se ponían en circulación las letras.

Pero, según el cerco que se va cerrando en torno a su garganta, aparece más y más evidente que sus relaciones con las altas esferas eran muy importantes y extrañas. Se habla de un diputado del Sud-Oeste que le había ayudado también en diversos negocios oscuros. Un general presidente del Consejo de Administración de una Sociedad de importación de piezas de automóviles también se encuentra bajo sospecha. De la misma manera varios importantes financieros han tenido que declarar, en medio de un verdadero aparato de cautela que concebían o habían tratado en diversos negocios con Bodenan. Así estaban las cosas cuando el presidente de la Asamblea, monsieur Schneider, «aconseja» al diputado del Sena marítimo y vicepresidente de la Comisión de Defensa Nacional que regrese a París.

EL DIPUTADO CAPDEVILLE DECLARA: «NO SABIA QUE SE DEDICARA A LA ESTAFA»

Fue el mismo presidente de la Asamblea quien telefonó al diputado Capdeville a Marruecos. Se encontraba éste en Agadir, una de sus últimas visitas del viaje de inspección, cuando recibió la cortés, pero firme decisión del presidente: «Le aconsejo la vuelta.»

A su vez, el Comité director del partido socialista ha «rogado» también a su diputado que se presentara a explicarse ante él. Pero ha tardado bastante. Hasta el día 15 de junio, a las tres y media de la tarde, no llegaba al aeródromo de Le Bourget. Había subido al avión en Casablanca.

Nada más llegar a París se ha presentado en la Jefatura de la Primera Brigada Móvil, donde fue escuchado por los policías encargados del caso.

Poco se pudo sacar en limpio. Conocía a Bodenan desde hacía tres años, fecha en que se lo presentó una amistad común. No conocía ningún detalle de su vida pasada y no podía pensar que tuviera negocios sucios.

Cuando se le pregunta si alguna vez Bodenan ha solicitado su ayuda para algún asunto comercial, responde: «Nunca». Y añade:

de: «Tampoco lo ha hecho para conseguir cualquiera de las compras que efectúa el ministerio de Defensa, porque éstas se efectúan con carácter público»

Cuando el diputado Capdeville decía estas palabras, cada uno de los policías que le escuchaban conocía a la perfección el caso de las ametralladoras «Hotchkiss» y alguno más.

EL DETENIDO DE LA CELDA DE RAMBOUILLET DECLARA: «LA COMISION DEL DIPUTADO CAPDEVILLE ERA DE DIEZ MILLONES»

Francis Bodenan, que está encarcelado en la prisión de Rambouillet, comienza a vivir en peligro. El comisario Samson se en-



El inspector de Policía Borniche, suspendido de su empleo por supuesto cómplice en el «affaire» de Montfort-l'Amaury

trevis'a largamente con el juez Page y le entrega el voluminoso «dossier» en el que el sospechoso número uno se convierte en presunto asesino.

El juez Page, el día 30 de julio, con el abogado de Bodenan, comienza un largo y duro interrogatorio. Bodenan ha adelgazado y se encuentra nervioso. Los nombres de los personajes importantes van saliendo lentamente. Habla de negocios que delatan todo un «gang» del ministerio de Defensa. Pero el momento más importante es cuando dice:

—El vicepresidente de la Comisión de Defensa Nacional, monsieur Capdeville, estaba de acuerdo con nosotros. Debíamos ser cuatro beneficiarios: Capdeville, Louis Robinard, Laaban y yo. La comisión del vicepresidente estaba fijada en diez millones, de los que yo le he adelantado (con cargo a las letras cobradas sobre la cuenta de Bodenan) medio millón.

—¿Puede probarlo? — pregunta el juez en medio del mayor silencio.

—El miércoles o el jueves antes de Pentecostés visité al vicepresidente de la Comisión de Defensa Nacional en su despacho del Palais-Bourbon.

—¿Qué ocurrió?

—Me pidió un anticipo en dine-

ro contante y sonante; pero, al no poder disponer yo en aquel momento de dicha cantidad, me vi en la necesidad de entregarle un cheque.

El juez mira el «dossier» que le ha entregado el comisario Samson. En él se dice: «El talón existe. El jueves fué cobrado en la Banca del Oeste»

Puficilmente, a pesar de unas declaraciones inmediatas del diputado por el Sena negando semejante posibilidad, podrá evitar que el ministerio de Defensa Nacional quede al descubierto.

Francis Bodenan, solitario y temeroso va descubriendo hora tras hora los grandes nombres del «affaire». Sabe que le va la vida. Pero el hecho mismo de que el diputado del Sena esté en el fondo del asunto convierte el «affaire» en un verdadero escándalo de corrupción de los ministerios.

LA VIDA DEL «SOSPECHOSO NUMERO UNO»

La vida de Bodenan pertenece fielmente al cuadro del hampa de smoking. Desde todos los rincones de Francia donde ha estado va reuniendo la Policía local un voluminoso «dossier» de sus estafas.

En Burdeos, el inspector Lagiere ha establecido que en 1952 Bodenan, entonces «croupier» del casino, hizo amistad con un hombre de negocios llamado Gayrin, que dirigía una importante Sociedad de exportación. Gayrin le encargó de tratar una cantidad importante de algodón valorada en 25 millones. Después de entablar contacto con un importante almacén de París, Bodenan encontró en Castres la Empresa que buscaba. Esta compró el algodón y la mercancía, pagadera en cheques, antes del 10 de julio, fué recogida en los almacenes Ferbos, en el muelle de los Chartrons, en Burdeos. Sin embargo, el 20 de junio, a las dos y diez de la mañana, un incendio destruyó los depósitos y su contenido. La encuesta estableció que el incendio había sido provocado.

Una segunda encuesta, más profunda y detallada que la anterior, demostró que Gayrin, de acuerdo con Bodenan, había creado un seguro de 50 millones por las balas de algodón; uno de 60 millones por los barcos y otro de 500.000 por las oficinas de los almacenes.

Decenas de operaciones parecidas han sido realizadas por este hombre, «el sospechoso número uno» de la tragedia de Montfort-l'Amaury, que, sin embargo, contaba con la protección, la amistad y la confianza de banqueros, políticos y hombres de negocios.

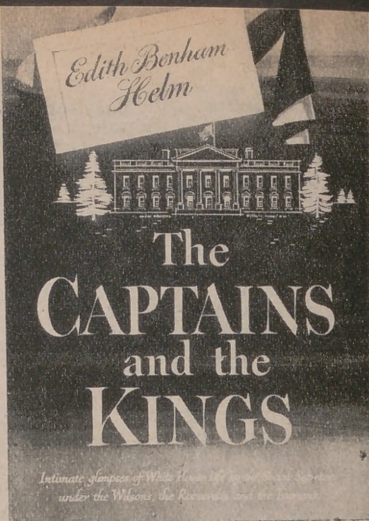
Nadie puede saber lo que dará de sí, en medio de la cuerda de granito que cierra las bocas, la encuesta del comisario Samson. El hecho cierto es que la Prensa francesa ha publicado («L'Aurore»), con letras grandes, esta grave interrogación: «El público tiene derecho a saber si se trata, sí o no, de una suerte de nuevo escándalo Stavisky.»

Mientras tanto, en su celda, Francis Bodenan espera que se ponga en marcha el proceso sensacional. Por lo pronto, ya ha sido inculcado de asesinato.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

CAPITANES Y REYES

Por Edith BENHAM HELM



CUANDO miro años atrás y veo lo que he vivido durante ellos, pienso a menudo cuán afortunada he sido en conocer y trabajar con tantos hombres y mujeres que han representado importantes papeles en la historia de nuestro tiempo. He visto a tres de nuestros presidentes luchar con las tempestades de la paz y de la guerra. Otro presidente dejó un recuerdo huido en mi infancia. He cenado con reyes y he dormido en palacios. He cabalgado con soberanas y reinas, me he encontrado con majestades y con grandes jefes militares y he visto en ellos lo que son realmente; es decir, hombres y mujeres.

He observado lo intrascendente de los grandes momentos históricos. En octubre de 1918, justamente antes de que llegase el armisticio que pondría fin a la primera guerra mundial, escribí a un amigo: «es el día de mayor tensión que he conocido en la Casa Blanca. Se trata de uno de esos en los que la atmósfera se puede palpar claramente. La puerta del despacho presidencial, habitualmente abierta siempre, ha estado hoy cerrada todo el día. Supongo que mañana deberemos conocer si se ha decidido iniciar alguna clase de conversaciones para lograr la paz...».

EDITH Benham Helm fue una de las primeras mujeres norteamericanas que se decidieron a llevar la secretaría social, puesto que hasta entonces estaba reservado para los hombres. Un singular destino destinaba a la autora del libro que resumimos el vivir de una manera íntima, y en cierto modo en su lado intrascendente, muchos grandes acontecimientos de nuestro siglo. Su permanencia en la Casa Blanca durante los años de la primera guerra mundial y posteriormente durante los mandatos presidenciales de Roosevelt y Truman, la pusieron en contacto con estadistas, políticos y soberanos, que visitaron durante la administración de estos presidentes los Estados Unidos. El libro está escrito en ese estilo sencillo y llano que tanto gusta a los americanos, y en realidad, no es más que el relato de una mujer que cuenta, sin grandes complicaciones, lo que ocurre a su alrededor, pero viéndolo no con ojos de historiadora, sino con algo que no es más que curiosidad femenina.

BENHAM HELM (Edith): «The captains and the Kings».—G. P. Putnam's Sons.—New York, 1954.

El 16 de enero de 1942, después de Pearl Harbour, observé un montón de paquetes alegremente envueltos que estaban intactos en el cuarto del segundo piso de la Casa Blanca. El presidente Roosevelt no había abierto todavía sus regalos de Navidad de aquel histórico año...

En otoño de 1948, un día que iba a mi oficina, me encontré con el presidente Truman que se dirigía al pequeño mirador exterior del tercer piso de la Casa Blanca, donde él siempre almorzaba con su familia. Era en la época de su campaña presidencial, cuando yo estaba completamente convencida de que no tenía la más mínima probabilidad de ser elegido. Al encontrarme le dije: «¿Cómo van las cosas?» Su faz se ilu-

minó, sonrió y me dijo que confiaba en la elección...

Estoy segura de que nunca hubiera creído, si alguien me lo hubiese dicho cuando era una muchacha, que iba a ver lo que he visto. Cuando miro hacia atrás, todo me parece casi como un sueño.

UNA FAMILIA DE MARINOS

Una cosa me ha llamado siempre la atención y es por qué los autobiógrafos, cuando cogen la plu-



A la izquierda: Mrs. Helm, Mrs. Roosevelt y Miss Thompson, en una fiesta campera. A la derecha: el mismo grupo, en la Casa Blanca, en abril de 1941



Miss Edith Benham asiste, entre personalidades y familiares a la botadura del «Benham», en Filadelfia. Año 1913

ma para describir sus propias vidas, se creen en la obligación de escribir miles de detalles faltos de interés sobre su infancia. Casi todos nosotros hemos tenido catarros, murrias y otras muchas cosas por el estilo. También hemos pasado por extraños sueños. Otros recurren a extrañas colecciones de fotografías y, según el sexo, buscan lo que más llame la atención. En honor a la verdad debo decir que mi primer recuerdo está unido a la trabajosa ascensión de la escala de un barco. El hecho debió de ocurrir cuando yo tenía tres años, y mi hermano once. Mi padre era un oficial de la Marina, destinado en Charleston (Carolina del Sur). Mi familia consistía en mis padres, mi hermano Harry y yo. Con el fin de evitar los casi sangrientos encuentros que tenía mi hermano con otros muchachos, se decidió que todos viviéramos en el barco.

Mi padre era Andrew Ellicott Kennedy Benham y era hijo y nieto de marinos. También la estirpe de mi madre estaba unida al mar. Un recuerdo de mi infancia es el viaje que hice al Extremo Oriente. Nos trasladamos allí para unirse con mi padre, que acompañaba al general Ulysses S. Grant, que estaba entonces terminando su crucero alrededor del mundo, poniéndole como remate triunfal la visita a China y Japón.

Probablemente ningún ex presidente dió una vuelta alrededor del mundo tan espectacular como Grant. Poco después de haber terminado sus ocho años de mandato presidencial, el secretario de Estado de la Administración Hayes envió una carta a todos los diplomáticos y cónsules de los Estados Unidos comunicándoles que el general iba a marchar al exterior para asegurarse algunos meses de descanso y recreo después de diecisiete años de continuo y entregado trabajo a los servicios civiles y militares del país. La carta declaraba que era deseo del presidente Hayes que todo el Cuerpo Diplomático norteamericano le hiciera su viaje lo más agradable posible. Los pocos meses se alargaron hasta convertirse en tres años: 1877, 1878 y 1879. Mi padre lo llevó por el Atlántico, el Mediterráneo y el Océano Índico, hasta alcanzar el Oriente.

Recuerdo poco de este viaje. Pasamos mucho tiempo en cruzar el Pacífico. Me queda un recuerdo claro de nuestra entrada en el puerto de Yokohama, y de alguien que se acercó a mi oliendo mucho a tabaco y cuya espesa barba cepilló mi cara. Esto no me gustó, y años más tarde se me dijo que me había portado muy mal cuando el general Grant me besó, por lo que supongo que este recuerdo debe de corresponder a aquella escena que para mí se concretaba en la barba y el olor a tabaco.

ENTRO EN LA CASA BLANCA

En seguida me di cuenta, cuando mi padre murió, que tenía que hacer algo para ganarme la vida. En aquella época, 1905, había pocas carreras que ofrecieran porvenir a las mujeres. Sin embargo, mi vida de trabajo comenzó de manera afortunada, sobre todo si se tienen en cuenta mis escasos conocimientos y experiencias. Aquel otoño Nellie Hunt, la adalid de las secretarías sociales de Washington, había anunciado su matrimonio. Dos meses después de la muerte de mi padre, Nellie me ofreció parte de su trabajo, y comencé mis primeros contactos con una secretaria social.

Nellie me había dicho lo que yo tenía que

decir cuando fuera a visitar a mi primera empresaria, mistress Jon Perdicaris, la mujer del hombre que capturaron los bandidos de Marruecos, provocando la atención de todo el mundo, ya que el presidente Teodoro Roosevelt dió orden a su secretario de Estado, John Hay, para que enviase el famoso cable al sultán de Marruecos, que decía: «O Perdicaris vive o Raisuli (el sultán) muere». Mister Perdicaris era el hijo de unos griegos súbditos norteamericanos. Se había casado en Londres con una viuda con dos hijos, y durante algún tiempo residió en Tánger, en una zona fuera de las murallas. Fué allí donde los bandidos le raptaron. El presidente Roosevelt quiso hacer una teatral demostración con su telegrama de cómo protegían los Estados Unidos a sus ciudadanos en el extranjero. Antes de los tres días de que el telegrama fuese enviado, mister Perdicaris fué puesto en libertad, sin que se pagase el rescate exigido por los bandidos.

Como un criminal convicto, me presenté ante quien me tenía que interrogar, y que no fué mistress Perdicaris. Un caballero alto y de noble aspecto, con barba grisácea y que parecía casi tan molesto como yo, fué con el que tuve mi primer encuentro. Algunos meses después, cuando yo le confesaba el miedo que había pasado y cómo me temblaban las piernas cuando subía las escaleras, él me declaraba que algo parecido le ocurría a él por el hecho de tener que hacer preguntas a una secretaria femenina. Mi tarea consistía en acompañar a mistress Perdicaris, que era casi una inválida, cuando iba a las reuniones sociales.

Tras de pasar por varios empleos, me uní definitivamente al personal de la Casa Blanca, de la que yo no sabía nada de la familia que en ella vivía. La elección del presidente Wilson había provocado muchas reacciones en la sociedad de Washington. Los republicanos estaban en el Poder desde el presidente Cleveland. Se estimaba que un profesor universitario, un hombre al que se le suponían ideas radicales, tenía que ser socialmente intolerable. Probablemente la mayor parte de las personas mayores habrán olvidado ya la tormenta que se produjo cuando el presidente Wilson declinó ser miembro honorario del Chevy Chase Club. Esto se presentó como una prueba de su radicalismo social. En realidad, lo que ocurría es que él era contrario a aceptar nada con carácter honorario y prefería pagar sus cuotas en los clubs a los que deseaba pertenecer.

Aunque cuando me uní a la Casa Blanca tenía ya una experiencia de ocho años como secretaria social, mi tarea era completamente diferente de la que hasta entonces había hecho. Tuve entonces que aprender a dictar, y mister Ralph Magee, que era mi mecanógrafo, fué muy paciente y amable ante mi vacilante lengua cuando yo con ella trataba de poner ideas sobre el papel a través de sus inteligentes dedos. El correo era para mí algo terrible.

Después del matrimonio del presidente Wilson, en diciembre de 1915, tuvimos que iniciar un programa social, que tuvo que ser variado mucho con el curso de la guerra. No hubo recepciones diplomáticas con los miembros de las Embajadas. Las relaciones diplomáticas en Washington eran muy tensas cuando se abrió la temporada social en el invierno de 1916. En lugar de una comida diplomática, hubo que dar dos. La primera, el 21 de enero, fué para los aliados y los neutrales que eran favorables a ellos, entre los que figuraban los países europeos y americanos del Sur. La segunda, el 25, se dió a las potencias centrales. El equilibrio se logró mantener muy bien. Ninguna comida podía ser más importante que la otra.

EL MATRIMONIO Y OTRA GRAN AVENTURA

Siempre me ha parecido la cosa más difícil del mundo para una mujer el escribir sobre su matrimonio y su vida de casada. Si el matrimonio ha sido feliz, muchos de estos alegres recuerdos son demasiado íntimos para compartirlos con los demás. He creído que las cartas de amor de Elizabeth y Robert Browning fueron escritas con vistas a la publicación, y en ellas no puede verse una muestra de afecto espontáneo. Eran demasiado estudiadas y me hubiesen gustado más los Browning, y sus herederos también, si no las hubiesen publicado nunca.

Naturalmente, no puedo escribir mis Memorias y dejar fuera de ellas a mi marido, el contraalmirante James M. Helm. Pero me resulta difícil ex-



En 1919, Miss Benham, con el telegrafista y el taquígrafo del séquito del presidente Wilson, en París



Comida ofrecida por el Presidente Wilson en el Cuartel General norteamericano, en Chaumont, con motivo de las Navidades de 1918. Miss Benham se sentó a la mesa

presar con palabras lo que él significó para mí y la parte que representó en mi vida. Tuvimos sólo siete años de feliz matrimonio, hasta su muerte en 1927. En ellos recibí yo mi completa parte de felicidad. El primer recuerdo de mi marido lo tengo de Mare Island, cuando era un joven teniente y mi padre comandante. Yo era entonces, como decía siempre mi marido, una muchacha patilarga de catorce años. Lo veo como un hombre alto con un bigote rubio, que afortunadamente se lo quitó después.

Terminado el destino de mi padre en Mare Island, fui a Nueva York, a Newport, París, Londres y Washington. El joven teniente al que yo había conocido siguió su carrera naval. Fué sólo muchos años más tarde, destinado ya en Washington, cuando nos comprometimos. Las circunstancias aplazaron nuestro matrimonio hasta más allá de mis cuarenta años. Siempre he dicho que el casarse en edad tan madura da al corazón aspectos especiales. El almirante Helm fué siempre un hombre extraordinariamente modesto; se distinguió en la guerra contra España y prestó grandes servicios durante la primera guerra mundial.

Fué el almirante Helm quien me ayudó a planear mi gran aventura, mis dos viajes pro conferencia de paz a Europa con el presidente Wilson y su señora, después de la primera guerra mundial. Un día del otoño de 1918 cuando el almirante Helm, después de haber comido juntos, paseando por una de las crillias del Canal, sostuvo conmigo nuestra pre-conferencia de paz. Aquel día un periódico informaba que el presidente saldría para el exterior con el fin de negociar el tratado que debía sellar el armisticio. El almirante y yo hablábamos sobre el asunto. Todavía no había ningún anuncio público, y yo misma desconocía si el presidente me llevaría con él. Finalmente, el silencio desapareció y supe que saldría para Europa. La Casa Blanca se convirtió en un enorme maremágnum.

El almirante Helm me indicó que llevase un diario regular, pero yo le dije que no podría hacerlo porque mis experiencias pasadas me demostraban mi incapacidad para esto. El almirante Helm estaba profundamente interesado en la gran aventura del presidente. En este libro mío incluyo algunos extractos de mis cartas sobre ambos viajes, que creo que son de general interés y que comencé a escribir desde que dejé Washington, el 3 de diciembre de 1918, para iniciar mi extraordinario recorrido.

Tras de mi estancia en París, donde fuimos recibidos con la máxima cordialidad, nos trasladamos a Londres. Allí, en la corte de St. James, yaciendo en una enorme cama, con un fuego de carbones ardiendo en la chimenea y rodeada de un aire de total respetabilidad, pasaba yo mis noches, viviendo el sueño de los sueños de un americano cualquiera. Me parecía todo irreal.

Cuando llegamos a la estación de Charing Cross, el rey, la reina y la princesa Mary vinieron a saludarnos. La reina era una mujer poco fotogénica, pero muy agradable.

El presidente y su señora cenaban con la familia real en un pequeño comedor próximo a las dependencias regias. La señora del presidente decía que las comidas eran muy amables y que los reyes eran sumamente agradables. Afirmaba que el presidente parecía muy nervioso, tan nervioso que cuando hablaba su voz se hacía cada vez más alta y se oía extrañamente. Realmente parecía agotado, crítica semejante que hizo también del rey de

lia. Aparentemente los americanos eran muy populares aquí, y al rey parecía divertirle mucho esto. Contó una historia que le había ocurrido visitando las trincheras norteamericanas, y según la cual un soldado había dicho: «¿Quién es ese tipo?»; y como se le expresase que era el rey de Inglaterra, replicó inmediatamente: «¡El rey! ¿Dónde está la corona?»

Otro día terrorífico de mi viaje a Europa fué el 3 de enero de 1919, cuando llegamos a Roma. Para recibirnos habían venido el rey, la reina y la duquesa de Aosta. El rey era muy bajito, muy sencillo y democrático, y vestía un simple uniforme militar, sin condecoraciones. La duquesa de Aosta era considerada en su país como muy bella. La reina, montenegrina, como se sabe, alta y morena, parecía buena y amable, y además lo era. De todas las multitudes que nos recibieron, la de Roma fué la más entusiasta. En todas partes las multitudes se estacionaban para ovacionar a los recién llegados.

DE NUEVO EN LA CASA BLANCA

Perdi mucho tiempo en los años que siguieron a la muerte de mi marido en 1927. Mi vida matrimonial me había apartado de muchas cosas, y había ahora pocas en las que pudiera ocupar mi tiempo. La elección de mi viejo amigo Franklin Roosevelt trajo como consiguiente el que su mujer, una amiga mía de siempre, se convirtiese en la primera dama de los Estados Unidos. Este hecho me enfrentó con un problema personal, sobre todo si se tenía en cuenta lo mucho que yo conocía la Casa Blanca, cuánto me agradaban los Roosevelt y mi conformidad con sus principios políticos.

Durante el invierno anterior, a la inauguración del mandato de Roosevelt me encontraba yo en Nueva York. Allí fué donde llamé a mistress Roosevelt y le dije que si tenía tiempo para verme.



Miss Benham, con su madre y su hermano en una visita al comandante de Mare Island, California, y su familia



El Presidente Roosevelt, con sus secretarios Marguerite Le Hand, Marvin McIntyre y Grace Tulli, en 1938



Los Roosevelt reciben a la Reina Guillermina en la Casa Blanca el 5 de agosto de 1942

Ella me sugirió que fuera a comer. Fué en esta comida cuando conocí por primera vez a su secretaria particular, Malvina Thompson, con la que permanecería luego asociada cordialmente durante todos los años del Gobierno Roosevelt. Naturalmente, en aquellos momentos yo no me podía imaginar nada de lo que me iba a pasar. Mistress Roosevelt me invitó otra vez a comer pero esta vez en la Casa Blanca. Mientras almorzábamos les dije a mistress Roosevelt y a Malvina que si les gustaría que yo les ayudase de algún modo. A ambas pareció alegrarles mucho mi propuesta. Me fui con ellas a la Casa Blanca y me puse a trabajar con tanto empeño, que pasarían veinte años antes de que la abandonase: doce con mistress Roosevelt y siete con mistress Truman.

Hasta que el presidente Roosevelt vino a la Casa Blanca en 1933, yo le había visto solamente una vez después del ataque de poliomielitis que paralizó sus piernas. Fué muy poco después de este ataque: iba a bordo de un yate, por lo que no desembarcó en el puerto en que yo me encontraba. Luego le volví a ver cuando vino a Washington, el día que comenzaba su mandato. Nunca había visto un cambio mayor sobre una faz. El había sido siempre un hombre agradable, alegre y descuidado; pero ahora todo había cambiado en el aspecto de aquel hombre, que se movía de un lado a otro sentado en una silla. Pocas cosas había más trágicas que verle, con aspecto soberbio, caminar con la mayor dificultad a través de los pasillos de la Casa Blanca. Habitualmente utilizaba también aquí la silla de ruedas.

Nunca olvidaré los contrarios sentimientos que me asaltaron pocos días después de la muerte del presidente, cuando trabajaba en la pequeña oficina próxima al ascensor del piso presidencial. Estaba vuelta de espaldas a la puerta cuando él una vez. Me volví rápidamente y vi que era el presidente Truman. Hacía ya mucho tiempo que yo había visto a un presidente que pudiese ir de un cuarto a otro sin ponerme nerviosa. Tuve tan terrible sobresalto, que el presidente Truman me

preguntó si me había asustado. Y es que las rampas que se habían construido para el transporte de la silla de Roosevelt se habían convertido ya en algo tradicional para la Casa Blanca.

PERIODISTAS, POLITICOS Y ESTADISTAS EN LA CASA BLANCA

Considero como una obligación histórica, mezclada al mismo tiempo con complacencia personal, el recordar algo de las llamativas relaciones que mantenía nuestra primera dama con la Prensa. Mistress Roosevelt fué la única mujer de un presidente que mantuvo relaciones regulares con la Prensa, desarrollándolas continuamente durante los doce años que su marido estuvo en el puesto presidencial. Sus preferencias eran para las mujeres periodistas. Era muy corriente que mistress Roosevelt invitara a determinados visitantes a estas conferencias de Prensa, que preparábamos con tanto cuidado Malvina Thompson y yo. A ellas fueron Isabel Mac Donald, la hija del antiguo primer ministro; Eva Curie, que describió con la ayuda de un mapa su viaje aéreo para estudiar las condiciones del Lejano Oriente; la reina Guillermina de Holanda, que también recibió a las mujeres periodistas y respondió a las preguntas que se le habían sometido por adelantado a través de la Embajada holandesa; el rey Jorge y la reina Isabel de la Gran Bretaña no respondieron a ninguna pregunta, pero estrecharon las manos de las periodistas que estaban presentes en la conferencia, hecho que jamás había hecho antes una persona de la familia real británica; madame Chan Kai Chek fué una de las figuras más distinguidas que asistió a estas reuniones y participó activamente.

Malvina Thompson y yo asistíamos a las reuniones semanales, y Malvina anotaba en taquigrafía lo que la señora Roosevelt respondía sobre cuestiones importantes o discutidas. Mi única participación consistía en sentarme allí y dar algunas aclaraciones sobre las actividades sociales que se celebraban en la Casa Blanca.

En el invierno de 1938 se nos anunció que los reyes de Inglaterra, aprovechando su visita al Canadá vendrían a los Estados Unidos. Era aquello una noticia sensacional, pues era la primera vez en nuestra historia que un monarca reinante incluía a nuestro país en su itinerario. Naturalmente la preparación de la recepción exigía que me volcara, pues no había nada en nuestros archivos que me indicasen lo que había que hacer con motivo de una visita real. Es cierto que los reyes de Siam habían estado en Norteamérica durante el mandato de Hoover, pero lo habían hecho con un carácter extraoficial, ya que el rey vino a consultar a un oculista.

Conservaba un diario de las recepciones que habían sido objeto el presidente Wilson cuando fué huésped de los reyes de Inglaterra en Buckingham Palace en 1918 y sobre éste elabore todo un largo plan para acoger debidamente a los soberanos que ahora nos visitaban.

Tras el lamentable ataque sobre Pearl Harbour, Malvina y yo comenzamos una especie de vida irreal. Aunque el calendario social se aplazó pasamos los días más activos de toda nuestra vida. Las enormes ventanas de la Casa Blanca fueron provistas de cortinas oscurecedoras, se construyó un refugio contra bombardeos, se colocaron ametralladoras en el tejado y tropas militares montaron guardia en el exterior.

Refugiados reales llegaban a Norteamérica y había que prepararles comidas especiales de acuerdo con su rango. Así vinieron sucesivamente Marta y Olaf de Noruega, Guillermina y Juliana de Holanda, Jorge de Grecia, Pedro de Yugoslavia. La gran duquesa de Luxemburgo fué una inicial visitante, y hubo que preparar una comida para ella y para su esposo, el gran duque consorte, el 12 de febrero de 1941.

Mr. Churchill también era un frecuente visitante de la Casa Blanca durante la segunda guerra mundial, pero nosotros apenas si le veíamos. Recuerdo una fulminante visita suya en los primeros días de la guerra, en la que la señora Roosevelt nos dijo que podíamos verle cuando saliera del ascensor en el segundo piso. Esta creo que ha sido la única vez que he hablado directamente con él.

“EUROPA, AÑO CERO DE LA LIBERACION”



PARIS-DIGEST

TESTIGOS DE UN BRUSCO “TOURNAN” EN LA POLITICA ACTUAL

EL título que encabeza esta serie de reportajes que me propongo escribir—«Europa, año cero de la liberación»—y que abarcarán a Francia, Alemania, Austria, Suiza e Italia, responde escuetamente al hecho de que ha sido en este año de 1955, una década después de haberse terminado la segunda guerra mundial, cuando de verdad ha sonado para una parte de Europa la hora de la liberación. Porque el año 1945 no fué, ciertamente, el de la Europa liberada, sino el de la Europa vendida, subastada, ocupada.

Al cabo de diez años, Alemania, condenada por Morgenthau a convertirse en un huerto de patatas, ha vuelto a recuperar su independencia como nación, pese a esa otra Alemania irredenta del Este; al cabo de diez años, Austria se ha encontrado, como a la vuelta de una esquina, con su tratado de paz; al cabo de diez años, en fin, los «grandes» vuelven a reunirse en Ginebra, cerrando tal vez el paréntesis de «guerra fría» que ya se abrió en Potsdam.

Estamos, pues, asistiendo en es-



La vida en la ciudad del Sena es rica en contrastes. He aquí do: estampas en las alegres calles parisienses

tos momentos a un brusco «tournan» en la política del mundo.

No van a ser estos reportajes estrictamente políticos, ni mucho menos. Van a ser en cierto modo un paseo por Europa, por sus ciudades, por sus calles, por sus campos, por sus gentes. De todas maneras, la política está en todas estas cosas y también entre los pucheros. Voy a pretender dar una imagen de Europa en 1955, tal y como la veo con mis pro-

prios ojos, y no como si me la contarán. La vida comienza al otro lado de las cancellerías, y en esa vida, que en este caso es vida europea, están todas las claves, como en un llavero, de los fracasos, de los temores de unos pueblos mil veces ilustres, que hoy se sienten como dados metidos en un cubilete y lanzados sobre un tapete verde rodeado de tahures.

No me he trazado un plan en-

teramente preconcebido para hacer este viaje. Pero a algunas cosas he ido a tiro fijo. Una de esas cosas es «detectar» la huella que han dejado los americanos en Europa en diez años de permanencia como ocupantes en unas naciones y como aliados en otras.

Y, dicho esto, vayamos con nuestra primera etapa: Francia.

¿He dicho Francia? Bueno. Dejémoslo de momento en París. Lo de «Paris-Digest» que va en el título de esta crónica es un americanismo que podríamos traducir por «Paris-Comprimido». Es lo mismo que decir: un comprimido de Francia.

El caso de París es singular en el sentido que voy a explicar a continuación. Es la única ciudad del mundo que, desde hace más de un siglo, no ha pasado de moda. De moda estuvo Viena, y pasó; de moda estuvo Berlín, y también pasó, o, mejor dicho, la pasaron; de moda estuvo Londres. Sólo París conserva su universal atractivo, sin necesidad de renovar sus viejísimo tópicos de «Ciudad-Luz», «Capital del mundo», etc., etc. El turismo parisiense no ha tenido que inventar nada nuevo desde el siglo pasado: «Ville Lumière» a todo pasto y venga recibir turistas a millares. O a millones.

Un amigo me había dicho el otro día:

—Con un poco de suerte en París quizá te tropieces con algún francés.

Exageraba. Pero no mucho. En las calles, en las terrazas de los cafés, en los restaurantes, en las estaciones de Metro, el espectáculo habitual es siempre el mismo: un grupo de personas rodeando a otra que tiene desplegado en las manos un mapa de París. Están estudiando, como un Estado Mayor, un desplazamiento en masa.

Uno entra en un restaurante: está, invariablemente, lleno de inenarrables ancianas inglesas, tíasas e ingenuas—Dios las bendiga—, con unos sombreros que parecen alquilados en Cornejo. O de alemanes, en su mayor parte ex combatientes, nostálgicos de París.

Los camareros hacen muchos años que renunciaron a entender



Para estos alegres marineros a orillas del caudaloso Sena, el año cero de la liberación de Europa queda un tanto alejado de sus preocupaciones turísticas.

otra lengua que no sea el francés, y le traen a uno todos los platos que no se han pedido. Cuando uno paga y añade una propina, le sueltan un «muchas gracias» en inglés, en alemán, en italiano, en español a voleo, como diciendo:

—Elija usted el que mejor le venga.

Es inútil parar a alguien en la calle para pedirle una dirección. La respuesta es siempre la misma, en cualquier idioma:

—Perdón, señor; soy extranjero.

Y si por casualidad se tropieza con un indígena del país:

—Perdón, señor; soy forastero.

A la vista de todo esto, yo he sacado unas cuantas conclusiones bastante desalentadoras. La más importante: ¿Es verdad que la paz del mundo depende del grado en que los pueblos se conozcan, se relacionen entre sí? Yo quiero suponer que no; porque como dependa de eso, estamos apañados. Centenares de millares de alemanes han visitado Francia—unas veces con el fusil y otras con la maleta; a su vez centenares de millares de franceses han visitado Alemania. Esto viene ocurriendo desde los tiempos de madame Staël. Y, sin embargo, pese a tan intenso tráfico, alemanes y franceses nunca se han entendido y mucho menos estimado.

LA JUNGLA DE ASFALTO

Desde una plataforma de la inevitable Torre Eiffel puede contemplarse a vista de pájaro el problema número 1 de los parisienses, el tráfico. Todo el mundo está obsesionado con este problema, que, al parecer, tiene una participación muy activa en la desnatación del país.

He dicho problema y en realidad, debiera haber escrito dilema. El dilema de París es el siguiente: aminorar la velocidad de los automóviles, y en este



París, el siempre París de la alegría y la vida sigue su sueño aun en los días grises

caso el tráfico, intensísimo, se colapsa, o aumentar la velocidad de los vehículos, y en este caso el tráfico se facilita, pero la vida de los peatones y de los automovilistas se deprecia.

Paradojas de la vida mecanizada: En París, el «loco del volante» es el que marcha a 40 kilómetros por hora. Los automovilistas le insultan al pasar, y los guardias le hacen señales imperiosas para que acelere. A veces incluso le imponen una multa.

Yo no comprendo muy bien todo esto. Estoy acostumbrado mentalmente a considerar como un suicida al que baja por la calle de Alcalá a 100 kilómetros por hora. Cuando veo a un automovilista que marcha a 40 no puedo pensar:

—¿A dónde irá ese insensato a esa velocidad?

Esto, en la ciudad, por necesidades del tráfico, como queda dicho. En la carretera ocurre todo lo contrario. Se recomienda en todos los tonos no pasar de los 100 kilómetros por hora. Los franceses llaman «asesina» a la carretera, y tienen razón. Balance del último fin de semana: veintinueve muertos.

ESA JUVENTUD AMERICANA...

Estoy escribiendo esta crónica en la habitación de un hotel de Montmartre. Llega hasta mis oídos la música de una gramola americana, instalada en un bar americano del hotel. Es una música lánguida, friamente sensual, que embriaga, pero que no enerva. Si bajo al bar ya sé lo que voy a encontrar: un grupo de soldados americanos vestidos de paisano.

Están derrumbados sobre las mesas y sobre la barra, con la cabeza escondida entre los brazos. No están borrachos, y esto es lo peor. Están como embriagados de melancolía o de desesperación. Durante horas y horas permanecen en la misma postura, mientras el «saxo» o la trompeta sueñan lánguidamente.

Yo no sé qué les pasa. Acaso sueñan con su lejano país, con su «Old Kentucky Home». Pero a mí me han producido una extraña sensación de falta de vitalidad, de falta de ganas de vivir. En un esclavo esto no me sorprendería; pero tratándose de norteamericanos de veinte o veinticinco años, la cosa es desconcertante. ¿Será París el culpable? Ahora recuerdo que durante la guerra el Alto Mando alemán llegó a prohibir los permisos de los soldados que querían visitar esta ciudad porque temían el «influxo decadente» de París. Quizá tenían razón. En todo caso la imagen de esta juventud americana reblandecida por una gramola de Montmartre, con el estómago lleno de coca-cola, es inquietante.

Como saben nuestros lectores, los americanos llevan diez años en Francia, o sea desde que terminó la guerra. En París, el jefe del S. H. A. P. E. es un general norteamericano, Gruenther. Antes estuvieron Eisenhower y Ridgway en el mismo cargo. ¿Qué hue-

llas han dejado los norteamericanos en este país?

Han dejado algunas huellas visibles, que voy a enumerar.

1.ª Los restaurantes «self service», o sea aquellos en los que usted agarra una bandeja, se sirve lo que desea, paga, se sienta a una mesa, come y se va. Tienen mucho éxito, y a las horas de comer hay que hacer cola en la calle.

2.ª Los pantalones llamados «blue-jean», de vaquero, de esos que también comienzan a verse en Madrid, y que son muy prácticos. En París, hace tiempo que están de moda.

3.ª Los «hots dogs», o perros calientes, tentempié ya habitual para muchos parisienses.

4.ª Las camisas a cuadros, de leñador.

Todos éstos son hábitos en el comer y en el vestir típicamente americanos, traídos por los G. I. a Francia. Pero, además, los parisienses han adquirido nuevos gustos «Made in USA» y una marcada predilección por algunos espectáculos también muy americanos. Recientemente uno tuvo mucho éxito, el «Auto-Roder Hollywood», que los españoles tuvimos ocasión de ver en la película «Indianápolis», de Clark Gable. Todas las atrocidades que pueden hacerse con un volante en la mano entran en el repertorio.

La música americana «swing» está podemos decir que empataada con la que arrastran los «chansonniers». En cambio, para los parisienses la «pin up» número uno no es Marilyn Monroe, sino Gina Lollobrigida, de fabricación italiana.

En general, franceses y americanos no se entienden bien. Esto no es un secreto para nadie. El G. I., sobre todo cuando no está «sofisticado», como dicen los, detesta la cocina francesa, no soporta el coñac ni los caldos franceses y prefiere, a Francia, cualquier otro país de Europa, aunque sea Inglaterra, a la que tan cordialmente desprecian, en justa correspondencia al cordial aborrecimiento que sienten hacia ellos los ingleses.

En resumen, el francés piensa de los americanos: «Cuánta fuerza tienen... y qué pena que no tengan nuestra inteligencia.» Y al revés: «Cuánta inteligencia tienen estos franceses y qué poca nuestra fuerza.»

Finalmente, los norteamericanos jamás comprenderán el jeroglífico de la política francesa.

EL «CLOCHARD», ESE DESCONOCIDO

Es imposible traducir la palabra «clochard». Se trata de un vagabundo; pero, concretamente, de un vagabundo que vive, duerme—mucho—y come—poco—bajo los puentes de París. Pasando bajo los puentes de París en uno de esos barcos turísticos de la flota «Mouche», que remontan el Sena haciendo un recorrido fluvial de nueve kilómetros, se puede ver a los «clochards» tumbados sobre periódicos o haciendo una prospección de piojos. Las almendradas damas británicas que realizan esta clase de cruceros por el Sena, apurando una limonada, apartan pudorosamente los

ojos cuando hay un «clochard» a la vista. Ellos siguen haciéndose la «toilette» de la miseria, como si tal cosa.

Sobre los «clochards» se han escrito montañas de papeles. Pero ahora resulta, señores, que este subproducto humano de París es un desconocido. Acaba de hacer este importante descubrimiento, con todos los honores de una tesis doctoral, un joven sociólogo francés, quien, además, se propone redimirlo. Esta tesis levantó una buena polvareda en la Prensa. Pero desde hace unos días el tema parece haberse enterrado clandestinamente, porque nadie quiere decir la verdad. Y la verdad es que el «clochard» es una atracción turística muy respetable y un complemento insustituible de los puentes de París. A éstos puede sobrarles un pilar o un ojo, pero no su «clochard».

Por lo demás, a mí no me sorprende que el «clochard» sea un desconocido: nadie ha hablado jamás con él por la sencilla razón de que siempre está durmiendo.

CLARO ESTA, SAINT GERMAIN DES PRÉS

Yo no sé por qué Saint Germain des Prés, antaño cuartel general de los existencialistas, ha tenido tan mala Prensa en España. No digo que debiera haberla tenido buena, que es distinto Drigo que quienes escribieron sobre este lugar de París y sobre sus gentes, sólo parecen haber reparado en la indumentaria extravagante de muchos, en la mugre de unos cuantos en la pelambre de unos pocos.

Sin embargo, señores, Saint Germain des Prés ha sido nada menos que la cuna del bagaje intelectual y literario de la IV República francesa. Ustedes pensarán, quizá, «así le van las cosas a esa señora», pero éste es otro cantar. El caso es, repito, que todas las ideas que han surgido en Francia desde la liberación, dieron su primer vagido sobre el velador de uno de estos cafés pseudoexistencialistas.

Aquí, en Deux-Magots, en el café de Flora, en la «braserie» Lippis, se planteó por primera vez un tema que puede revolucionar un día la política francesa: el de la «nouvelle gauche» (nueva izquierda), sobre el que en otra ocasión hemos de hablar largo y tendido. Y aquí se hicieron también las celebridades literarias francesas de esta posguerra: con Sartre y Camus a la cabeza.

Hoy, la «nouvelle gauche» anda por los corrillos de la Asamblea Nacional, y las celebridades literarias, antaño hirsutas y hambrientas, viven en magníficos pisos de las zonas residenciales de París. Incluso muchachas de velador en velador, como Juliette Greco—a la que ustedes han podido escuchar recientemente en Madrid—, han adquirido una reputación mundial, lo suficientemente amplia como para que sus diferencias conyugales con Philippe Lemaire trasciendan a la Prensa de muchos países.

Yo, me acuerdo de mi pobre café Gijón, de Madrid, que en este de las celebridades internacionales todavía está sin vender

una escoba. Injustamente, claro está.

Todo aquello—vuelvo a referirme a Saint Germain des Prés—ha pasado ya. Agotó toda su originalidad, todo su impulso inicial, fruto de tantas calamidades europeas, y ahora sólo quedan en servicio activo unos cuantos «incomprendidos», una legión de pintores que exponen sus cuadros en los escaparates de las tiendas de tejidos y una clientela trivial y aburrida que no atrae ni a los turistas. París, pronto tendrá que inventar otra atracción internacional. La ciudad más burguesa del mundo ha sabido sacar siempre mucho partido al arte de escandalizar a los burgueses. El existencialismo, si como filosofía es deleznable, como negocio ha sido las minas del Rif.

LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Y ya que hemos enfilado la literatura, ahí van las últimas novedades en la materia:

«Las llaves de San Pedro», de Peyrefitte, autor de «Fin des Ambassades». Debajo del título «Las llaves de San Pedro», el editor ha puesto una banda publicitaria que dice: «... Nos abrirán la antecámara del Paraíso».

Por lo que yo he leído sobre este libro, creo que por lo menos a Peyrefitte lo que se le van a abrir son las puertas del infierno.

«Los carnets del mayor Thomson», de Pierre Daninas. Es una caricatura del inglés tradicional, de esos que envían a París, a toneladas, las agencias de viajes.

De «Boujour tristesses», de la Sagan, poco se habla. En cambio, se canta. Con el título de esta novela de escándalo (éxito y escándalo son sinónimos en Francia), alguien ha compuesto una canción mediocre que está en todas las gramolas americanas de París.

«Nekrasof», de Sartre, dió el primer día una campanada de órdago a la grande. Después, un silencio casi de velatorio. El escándalo no fué lo suficientemente gordo. En consecuencia, el éxito tampoco.

LA MATE PORQUE ERA MIA

Nunca he comprendido bien el título de este tangazo. En general, el que mata a una mujer por celos lo hace porque ésta ha dejado de ser suya en exclusividad.

Bueno. Iba a decirles a ustedes que Francia, después de dramas tan turbios como el de «Grand Terre», o de secuestros tan misteriosos como el de Ana María, ha vuelto a su vieja tradición de los crímenes pasionales. Hace unos días se celebraron dos procesos de esta serie negra, al mismo tiempo que Inglaterra acaba de iniciar su carrera en el crimen pasional, nuevo en aquellas islas, con la intervención de Ruth Ellis, quien mató a su novio, un corredor automovilístico (no sólo Le Mans mata), por celos.

Para que no falte nada a esta crónica de enciclopedia abreviada sobre París, en el momento de redactar estas cuartillas está a punto de decir la pólvora su



No, señores; no piensen ustedes mal, porque el deber no está enfrentado con la alegre curiosidad de la vida que pasa ante la garita

última palabra. Se trata de un duelo entre el coronel Groussard y el abogado Biscarre. Hubo unas palabras, seguidas de unas bofetadas, en la sala de los Pasos Perdidos del Palacio de Justicia y se enviaron los padrinos.

Groussard y Biscarre son dos héroes de la Resistencia, como es natural. Digo como es natural, porque yo todavía no sé de ningún francés que no haya sido héroe de la Resistencia. Esta heroicidad no controlada, tiene hoy el valor de un certificado de buena conducta.

CON PISO DE GOMA

Y ahora, señores, si ustedes me lo permiten, me pondré una sclemne barba y dedicaré un liviano turno a la política.

El otro día, recordarán ustedes que Krustchev rindió un párrafo a Yoxe el embajador de Francia en Moscú, que merece un sobresaliente en psicología del pueblo francés:

—Yo creo que Alemania os amenaza más que nosotros.

Porque esto es lo que cree, en efecto, la inmensa mayoría de los franceses, incluido el propio Yoxe.

Una anécdota ilustrativa. Alguien le dijo hace poco a François Poncet, el veterano embajador de Francia en Alemania, que un día firmó en el Libro de Oro de Berlín con un irónico: «Se souvenir d'un vieux berlinois».

—¿Sabe usted que los soldados del nuevo Ejército alemán llevarán los zapatos con suela de goma?

—Sí, lo sé. La próxima vez no les oiremos llegar.

LA DIPLOMACIA DE PINAY

La carrera política de Pinay es la más original de la IV República. Primero fué jefe del Gobierno, y como tal, llevó a cabo su famosa «experiencia», consistente en poner los precios de los artículos de consumo a la vista del público. Después, desapareció en su negocio de curtidos, y, finalmente, reapareció en la arena política como ministro de Asuntos Exteriores.

En esta cartera parece ser que está dando el do de pecho. Los titulares del Quai d'Orsay, nunca son populares ni impopulares. Se van o se quedan, sencillamente. Pinay, en cambio se está haciendo ahora muy popular. Su popularidad se basa en el hecho de que jamás político alguno ha sabido tan poco de política internacional como nuestro hombre. Esta ignorancia le hace ser extraordinariamente clarividente, y, a veces, intempestivamente sincero. Esta condición le arrancó a Foster Dulles la siguiente frase:

—Si M. Pinay ignorase todavía muchas más cosas de las que ignora, sería el único diplomático occidental capaz de desconcertar a Molotov.

GINEBRA

Finalmente, M. Faure irá a Ginebra de acuerdo con la tradición francesa: precedido de varias huelgas. En París, nadie se hace grandes ilusiones sobre el resultado de esta conferencia. En verdad, nadie puede hacérselas, porque la consigna es: cara de palo y pesimismo. Si después las cosas salen bien, ya nos reiremos.

Por cierto, que, coincidiendo con la conferencia de Ginebra va a celebrarse otra, en esta misma ciudad, de psiquiatras. Pura casualidad.

Hace años, a una fiesta de clausura de un Congreso de Psiquiatría asistieron varios políticos franceses, y, entre ellos, Herriot. Alguien lo presentó a un famoso psiquiatra holandés, que le preguntó:

—Y usted, ¿qué es?

—Yo, presidente de la Asamblea Nacional francesa.

El profesor le miró con ojo clínico, se lo llevó a un lado, y le hizo esta singular pregunta:

—¿Y desde cuándo se cree usted que es presidente de la Asamblea Nacional?

Escenas como ésta pueden repetirse en Ginebra, con mucha más razón...

—¿Desde cuándo, señor, cree usted que es un «grande»?

M. BLANCO TOBIO
(Enviado especial.)

EL 18 DE JULIO, FECHA DE SIGNIFICACIÓN UNIVERSAL

QUIERASE o no, y ello bien se puede proclamar a los cuatro vientos, el 18 de Julio se ha convertido en una fecha medular y coordinadora de todos los impulsos españoles. Fecha clave, sin quebras, se ofrece siempre, por encima de la temperatura particular de los humores de las personas, bajo la fórmula fresca, sencilla y comprensible de las cosas auténticas.

Porque, en su sentido estricto, ninguna palabra le conviene mejor al 18 de Julio que la de autenticidad. El Movimiento fué un hecho claro, de líneas rectas, y cada uno supo desde los momentos iniciales que no se trataba de una algarada ni de la defensa de unos intereses privados o de casta. Estuvo claro aún para el más oscuro de los campesinos que se trataba de un juego mayor: de que España siguiera existiendo como entidad histórica. De ahí, naturalmente, la enorme fuerza que se estableció en torno a la figura y el caudillaje de Franco.

La intuición de ello la tuvo pronto el pueblo. El alma popular no llegará nunca a resolver quizá un difícil problema de alta matemática, pero entiende bien cuando hay de presunta ordenación o de implícita crisis en el mundo en que vive. Por eso desde los primeros momentos se convirtió en norma lingüística del pueblo, al hablar del pasado y del presente, la fórmula de «antes del 18 de Julio» y «después del 18 de Julio» como si separara firmemente dos edades históricas.

La verdad es que los españoles precisaron de esa forma, poniendo el 18 de Julio como hito, la diferencia sustancial que iba de la una a la otra. Del hecho en sí de la división de España por los partidos y por los separatismos, aparte de la entrega a Moscú, hasta la noble y precisa independencia nacional. Todo eso, que no es necesario resumir, pero que cada uno de nosotros conoce perfectamente. No en balde el hombre español ha visto ir creyendo, «sin pausa y sin prisa», su estatura universal.

Ese respeto, ganado por España bajo el mando providencial del Caudillo, tampoco corresponde a un hecho casual ni, por qué no decirlo, a una coyuntura favorable de las cartas estratégicas, sino a conocerse con su verdadera medida, con su verdadero color y sentido, lo que ha significado en nuestra casa el 18 de Julio. El tardío reconocimiento que se ha hecho de la anticipación española ha sido motivo tanto de la mala fe como de un total desconocimiento de problemas que casi destruyeron nuestro país. Con muchos años de diferencia los países occidentales se han encontrado en el callejón sin salida que Franco ha venido anunciando, incansable y proféticamente, a lo largo de los últimos tiempos.

De esa forma, por su propio peso específico, el 18 de Julio se ha convertido, por encima de la propia significación española, en un testimonio de incontrastable grandeza, por el que se puede medir, teniendo en cuenta su esfuerzo, el grado de penetración que tuvo Rusia en España. Solamente ese hecho, la fecha del 18 de Julio ha variado puede decirse toda la estrategia universal. Con España comunista en el año 1936, hubiera sido completamente imprevisible el rumbo de la política europea.

Un mínimo esfuerzo de meditación dejará bien claras las gravísimas consecuencias que ello hubiera tenido para el mundo libre. Supondría, sin solución de continuidad, una Europa sovieterizada.

La prueba de ello, por otra parte, quedó demostrada con toda precisión en el momento de iniciarse el Movimiento Nacional. El 18 de Julio de 1936 no es sólo la fecha del drama español, sino el año de los Frentes Populares en Europa. La libre y firme decisión española sirvió para desenmascarar la maniobra de Moscú, cuyas órdenes, disposiciones secretas y propaganda habían sido las verdaderas causas de su aparición. Han tenido que pasar casi veinte años desde la liberación de España para que nuevamente vuelva a oírse en Francia y en Italia el viejo y narcotizador intento político de los Frentes Populares.

De la misma forma, en el marco de la vida nacional, dando supremacía al interés capital de Franco de dignificar y elevar la vida del hombre español, el 18 de Julio se ha convertido en la Fiesta de Exaltación del Trabajo. Nadie dejará de percibir inmediatamente el sentido profundo que late bajo la doble significación de la fecha.

En primer término, y como consideración fundamental, el Movimiento Nacional ha elegido el día que más le obliga moralmente el momento y la hora en que se inicia para rendir tributo al trabajo. Así, los motivos que llevaron a la liberación de la Nación en la Cruzada se continúan revolucionariamente y en ciclo ininterrumpido, en el campo social.

En segundo lugar, se determina con ello sin género de dudas, que la Revolución Nacional tiene unos objetivos señalados que van desde el aumento de riqueza, sin el que es inútil cualquier esfuerzo de mejorar el nivel de vida, hasta una más justa distribución de los bienes.

Precisamente en estos momentos se desarrolla en Madrid el III Congreso Nacional de Trabajadores. Iniciado el día 2, terminará sus tareas el día 18, volviéndose a cumplir el expreso deseo de todos de dar a esa fecha, con su permanente sentido festivo, su carácter y su destino político.

El Ministerio de Trabajo, en el Congreso de Trabajadores, ha dicho que se luchará por el establecimiento de un sistema merced al cual los trabajadores obtengan una participación honrosa en los beneficios. En ese terreno ha aludido a un tema importante: el hecho de que el comunismo no haya querido nunca hablar de participación en los beneficios porque eso significa, esencialmente, el establecimiento de la paz social. Esa cuestión no interesa al marxismo, que necesita imperiosamente la lucha de clases y el odio.

Dentro de la Revolución Nacional española la paz social, la justa distribución de los bienes son elementos absolutamente importantes y ciertos. Con Franco, el 18 de Julio representa anualmente la sucesiva incorporación del español a un mayor nivel de vida y a una más leal y perfecta visión de los problemas de todos los hombres que forman la comunidad española.

EL ESPAÑOL

LEA "POESIA ESPAÑOLA"

EL PARQUE DEPORTIVO DE PUERTA DE HIERRO

UNA MARAVILLOSA INSTALACION PARA LOS PRODUCTORES A ORILLAS DEL RIO MANZANARES

Cuatro mil atletas en los II Juegos Deportivos Sindicales

TODOs los años, al llegar la época del calor, las orillas del río Manzanares, en el sector comprendido entre la llamada playa de Madrid y el puente de San Fernando, se transformaban en una especie de rancharía de indios. Aquel lugar, a escasos metros de la Ciudad Universitaria, el conjunto arquitectónico más hermoso de la capital de España, era el punto de reunión de los que acudían en busca del hilillo de agua del río y por falta de instalaciones y de toda clase de servicios, al atentado contra el decoro se unía un grave riesgo contra la salud. Chicos y grandes por igual chapoteaban en el cieno, en unas aguas contaminadas por desembocar en ese sector el Arroyo del Fresno, que recoge el desagüe del alcantarillado de la barriada de Peña Grande. Con el agravante de que el caudal del arroyo es superior al del mismo Manzanares durante el estío en aquel paraje. La escena de la ropa puesta a secar al sol, de los niños desnudos, todavía era posible contemplarla el año pasado por estas fechas.

Sin embargo, se había decretado la desaparición de aquél espectáculo. Fué el mismo Caudillo quien dió el orden y desarrolló la idea de instalar en aquel atractivo paraje, lleno de álamos, plátanos, encinas y fresnos, un parque deportivo digno de las personas a quienes iba destinado: el obrero madrileño. Y en poco más de un año, tiempo inverosímil pa-

ra las obras realizadas, aquella orden del Caudillo es hoy la realidad del Parque Sindical Deportivo de Puerta de Hierro. Después de visitar sus instalaciones el periodista americano

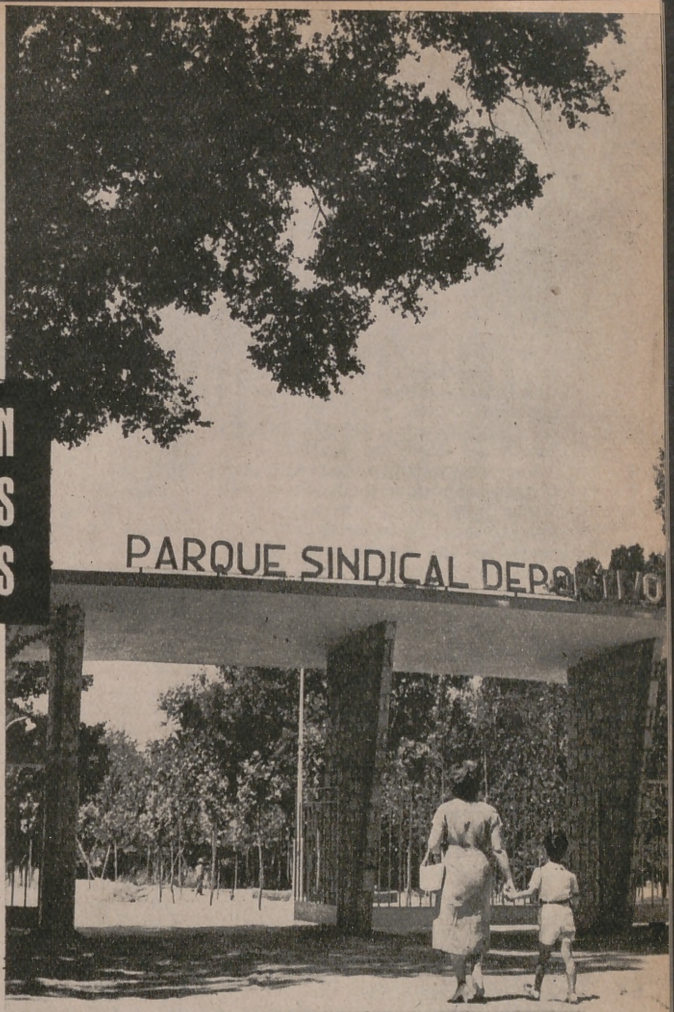
Julio Vega, resumía así sus impresiones:

—No he visto en toda la América Central, ni en Miami mismo, nada parecido dedicado a los productores. Este Parque sería allí un Club para millonarios que tendrían que pagar muchos cientos de dólares para ingresar en él como socios. Y no porque se ha derrochado dinero en lujo ni instalaciones santuosas, sino por la calidad y el volumen de las obras realizadas con vistas a que se beneficie de ellas un amplio sector de población.

EL MANZANARES, LAGO DE BERLÍN

La idea de construir el Parque fué recogida por la Delegación Nacional de Sindicatos, a través de Educación y Descanso. Se quería que entre los álamos, plátanos, encinas y fresnos de las laderas

El desfile de los deportistas sindicales en la marcha de las antorchas



del Manzanares surgieran instalaciones para practicar el deporte tan español del frontón y del baloncesto, y de los bolos, y del patinaje... Con una playa con agua abundante y limpia para adultos y otra para niños, con un plan completo de juegos a base de balancines, columpios, árboles giratorios, toboganes...

Con tal motivo se celebró el año pasado un concurso de proyectos entre arquitectos para elegir el más conveniente y fué aprobado el presentado por Manuel Muñoz Monasterio, que explica así su concepción del Parque:

—Las obras permitían dos soluciones; la primera, erigir una presa, dando con ella lugar a la formación del embalse necesario para, con los movimientos de tierra precisos en el lecho del río, unificar las pendientes con objeto de lograr las profundidades deseadas. La otra solución era formar un lago artificial alimentado por un canal o por un grupo electrobomba aspirante, que permitiera llenarlo.



La disposición elegida ha sido la de presa. Se ha estimado que la construcción de un lago, aun siendo más fácil de ejecutar por no ser entonces preciso la realización de obras en el propio lecho del río, ofrecía el inconveniente de que la naturaleza del terreno facilitara filtraciones o escapes de agua importantes. Para luchar contra éstos hubiera sido preciso instalar un potente grupo electrobomba en constante funcionamiento o, en otro caso, impermeabilizar el suelo que hubiera significado una notable elevación del costo de la obra.

Por tales razones, tenemos muy cerquita del puente de San Fernando la presa del Parque, que permite embalsar agua en una extensión tal, que cinco mil personas bañándose a un mismo tiempo disponen de dos metros cuadrados cada una de ellas. La profundidad de este embalse es de tres metros como máximo y de 60 centímetros como mínimo en la zona destinada a los niños.

La presa sirve de embalse y de puente, sobre el que se puede pasar de una orilla a otra del Manzanares. Caminar sobre tal puente permite contemplar la perspectiva general del Parque, extendiéndose longitudinalmente en la margen izquierda del río en una superficie superior al kilómetro y medio, con sus instalaciones dando cara a las aguas remansadas del Manzanares, limpias y claras, sobre las que navegan con libertad de movimientos, lanchas, piraguas, canoas y motoras.

Juan Repiso, que ha venido a Madrid desde Oviedo, dejando por unos días el taller de forja donde trabaja, para participar con su equipo de baloncesto en los II Juegos Deportivos Sindicales, con los que se inaugura oficialmente el Parque, comenta apoyado contra la barandilla de la presa:

—Esto es igual que un lago berlinés; yo estuve durante la guerra en un hospital de Berlín para heridos convalecientes. Muchas tardes iba a pasear por las orillas de los lagos cercanos a la capital. Me acompañaba Martha, una enfermera de caballos dorados nacida en un pueblecito de Baviera... Me parece ahora que la voy a ver allí, en la playa, cerca del restaurante...

EL GALEON DE SALGARI

Difícil sería que nuestro obrero asturiano divisara desde la presa a la linda enfermera alemana. Sería difícil por la imposibilidad material de distinguir entre los cientos de bañistas que pueden acudir al Parque, a una persona situada a más de un kilómetro del observador. Pues tanta distancia se ha calculado para montar los servicios precisos para que puedan bañarse en una hora determinada cinco mil personas.

Los vestuarios de hombres y mujeres son otros tantos pabellones distintos. Se trata de dos edificios de líneas modernas, en los que la obra de mampostería se combina con paredes lisas, pintadas con colores alegres, desde el gris al rojo, del verde al plata, del amarillo al azul. Una de las características del Parque es la gracia con que se han jugado las más variadas tonalidades. Ello produce un estímulo que reconforta el ánimo y que ayuda a verlo todo con espíritu optimista, de co-

lor de rosa aunque no sea éste precisamente el que más se prodiga.

El pabellón dedicado a las mujeres posee 96 cabinas renovables, relacionadas directamente con el guardarropa la mayoría de ellas, por medio de ventanillas interiores. De este modo se consigue el más rápido y cómodo servicio para dos mil bañistas. Ese número de cabinas, calculando que cada una pueda ser ocupada durante cinco minutos, permite una capacidad de 1.150 usuarios por hora. Así, pues, en menos de dos horas las dos mil bañistas pueden estar vestidas y arregladas para coger el autobús.

En contacto directo con ese pabellón de cabinas, pero con la conveniente independencia, se han establecido los servicios sanitarios para que cuantos acudan a bañarse al Parque los puedan utilizar cómodamente.

El pabellón destinado a los hombres se ira proyectado con una disposición similar, pero con la diferencia de establecer al fondo del mismo un vestuario común, a base de bancos dobles, en contacto directo con el servicio de guardarropa, aumentándose de este modo la capacidad de servicio considerablemente. El número de cabinas individuales es de 112.

Mientras los padres se preparan en sus respectivos vestuarios para habérselas a poco con el agua, el sol y el aire, los hijos menores de ocho años se hallan en el pabellón infantil vigilado por personal especializado en cuidar y atender a los niños. Los niños tienen también vestuarios independientes, lavabos, retretes y duchas proporcionados a la estatura de los simpáticos usuarios. Ello quiere decir que si papá o mamá entran en el pabellón infantil lo primero que tendrán que recordar es que si no agachan la cabeza ante la puerta se darán contra su parte superior. Y que para abrir los grifos de los lavabos o duchas habrán de ponerse en cuclillas. Uno de los espectáculos más graciosos del Parque es ver a la gente menuda utilizando unos servicios calculados para el metro y poco más que levanta del suelo.

Frente al pabellón infantil se extiende una amplia superficie de terreno cubierto de una hierba jugosa de un verde intenso. Es una pradera dedicada exclusivamente a los niños, vigilada por celadoras que visten batas immaculadas. El recinto puede acoger a 500 bañistas. A corta distancia se encuentra su playa, una playa en la que el agua no sobrepasa los 60 centímetros, que es tanto como decir que no existe el menor peligro en dejar jugar a los niños a sus anchas mientras se bañan.

Pronto, muy pronto, los niños tendrán la posibilidad de realizar uno de sus más hermosos sueños en el Parque Sindical Deportivo de Puerta de Hierro. Se va a llevar a las aguas de la playa infantil un galeón, de dimensiones apropiadas a su destino, para que los pequeños suban a bordo y vivan las más portentosas aventuras de filibusteros, corsarios y piratas. Ya nos parece oír los gritos de guerra:

—¡Al abordaje!... ¡Al abordaje!

Y nos parece también ver pelear a los Tigres de la Malasia, a

Yáñez y a Sandokan... El Parque tiene lugares para jugar al baloncesto y, también, para soñar.

UN RESTAURANTE PARA DOS MIL PERSONAS

Como complemento de las instalaciones deportivas y auxiliares el Parque cuenta con un bar-restaurante, otro gran bar de una barra de 26 metros, y dos bares pequeños, uno de ellos situado en una isla que surge en medio de las aguas embalsadas, a la que se accede por una pasarela flotante.

El restaurante dispone de un pórtico abierto, terraza supletoria y salón interior. Se ha edificado aprovechando la forma natural del terreno, que presenta en ese lugar un punto avanzado hacia el río con magnífica visibilidad. La línea de la construcción es ligeramente curva a fin de lograr mejores vistas panorámicas. Cuenta con 250 mesas y cinco plazas cada una.

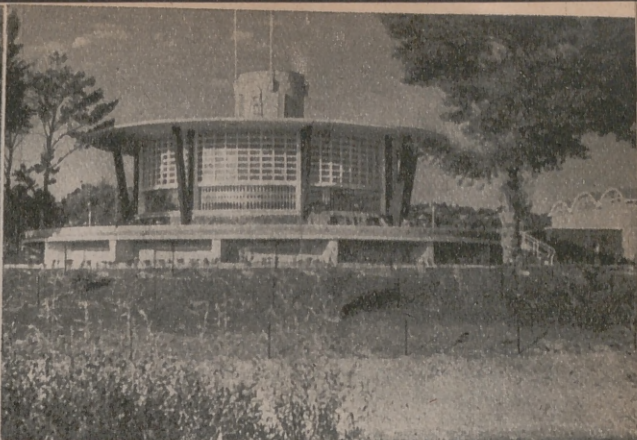
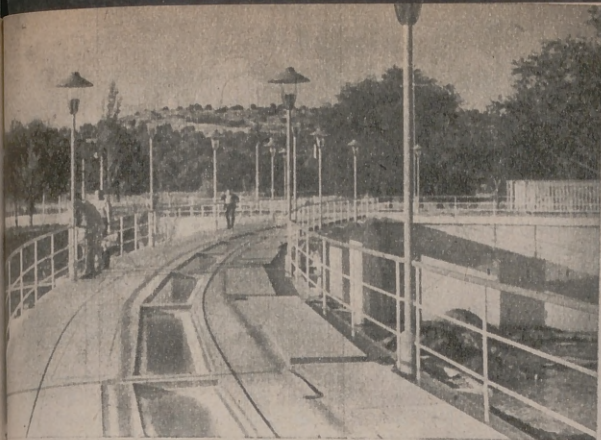
El administrador del Parque nos habla del servicio de restaurante:

—Las instalaciones nos permiten servir diariamente dos mil comidas; cuatrocientas sesenta simultáneamente. La preocupación máxima ha sido que los precios estuvieran al alcance de todo el mundo. Y así la entrada al Parque, con derecho a baño, será de cinco pesetas, y siempre habrá de exhibirse el carnet de Educación y Descanso. Con estos ingresos de taquilla se aspira únicamente a cubrir los gastos de entretenimiento de todas las instalaciones y del personal de servicio. Por cinco duros cualquier afiliado podrá costear el transporte desde la plaza de la Moncloa hasta el Parque, pagar la entrada con derecho a baño y almuerzo o cenar en el restaurante. Se servirán tres platos, a elegir cada uno de ellos entre cuatro diferentes. Una minuta puede ser: entremeses variados, huevos o pescado, carne, fruta pan y vino.

El edificio del restaurante, con una fachada al embalse y otra a un jardín, ha permitido la instalación de un vasto comedor cubierto, decorado por el pintor Pradillo, que fué becario de Educación y Descanso cuando era obrero en Guadalajara. Con un acertado empleo del color y de la línea ha reproducido en una de las paredes del salón un grupo alegórico de Danzas. El restaurante cuenta con dependencias para el personal de servicio, cocinas modernas, despensa, almacenes, cámara frigorífica y montas platos para facilitar la utilización de la terraza.

El gran bar que se alza entre los vestuarios de hombres y el infantil constituye la construcción más audaz y atractiva del Parque. Es de planta circular, sustentada por medio de placas de hormigón armado que descansan sobre ocho soportes en forma de V, de muy poco espesor. Los paramentos son de mampostería y baldosines encarnados y dispone de una vasta terraza circular cubierta de toldos de colores vistosos y rodeada de arriates con gran variedad de flores.

El conjunto arquitectónico del Parque se completa con un pabellón de acceso al recinto, con



ocho taquillas y caseta para el guarda; con el edificio destinado a Administración, de tres plantas, donde se hallan el botiquín, teléfonos, información, secretaría y un salón de actos, y, por último, con una torre que se levanta a dieciséis metros de altura.

Esta torre, que luce su línea esbelta sobre el conjunto, va aumentando su diámetro a medida que se aleja del suelo. Su finalidad es servir de depósito de agua para el caso en que, por cualquier motivo, se suprimiera repentinamente el suministro. Su capacidad es de ocho metros cúbicos. Para subir a la parte superior de la torre se han instalado alrededor de sus paredes exteriores unos peldaños volados que ascienden hasta el anillo de coronación, produciendo un atractivo juego de sombras.

Todos los servicios del Parque están atendidos por agua potable del Canal de Isabel II. Las aguas del Manzanares embalsadas están libres de toda contaminación, y para conseguir esto ha sido preciso construir un colector que encauza las aguas fecales procedentes del Arroyo del Fresno hasta un lugar situado río abajo, más allá del puente de San Fernando. De esta manera los bañistas del Parque se sumergen en un agua que se considera perfectamente potable. Lo que hace un año era por esta época como una rancharía india, es ahora el milagro de estas instalaciones del Parque Deportivo Sindical Puerta de Hierro, las más modernas de Europa.

HACIENDO DEPORTE SE CONOCE ESPAÑA

Este 18 de julio, con ocasión de la clausura de los II Juegos Deportivos Sindicales, el Parque abrirá oficialmente sus puertas para recibir a la concentración de todos los deportistas que han participado en ellos. Ningún marco mejor para celebrar el repar-

El cierre del embalse y el campo de deportes del parque madrileño «18 de Julio»

to de premios y el desfile de más de diez mil productores, cuatro mil de ellos venidos de todas las tierras de España, de Ceuta y Melilla, de Canarias y Baleares.

Día de gran gala para las construcciones del Parque y para los productores. Con tal ocasión recibirán éstos simbólicamente las llaves del Club, proyectado dentro de la máxima austeridad, concebido dentro de líneas tranquilas, con proporciones equilibradas, sin modernismos estridentes, buscando que el ambiente general de toda la arquitectura entone con el paisaje. Donde se prodigan los elementos revocados y encalados, como corresponde a la arquitectura tradicional de El Pardo. El lugar de su emplazamiento se ha embellecido por los miles de pinos, cedros, sauces y olmos que se han replantado. Árboles y flores puede decirse que son los únicos elementos decorativos.

José y Juan Luis Ferret son dos jóvenes productores nacidos en Prat de Llobregat. Hermanos, ambos pertenecientes a la Empresa textil «La Seda», el uno delineante y el otro mecánico, han venido por vez primera a Madrid para jugar de ala derecha y defensa en el equipo de baloncesto de la Empresa. Este equipo, el de José y Juan Luis, es nada menos que campeón de España. Los dos hablan por los codos, interrumpiéndose y quitándose la palabra.

—Gracias a los Campeonatos organizados por la Obra Sindical Educación y Descanso conocemos media España. El año pasado jugamos en La Coruña dor-

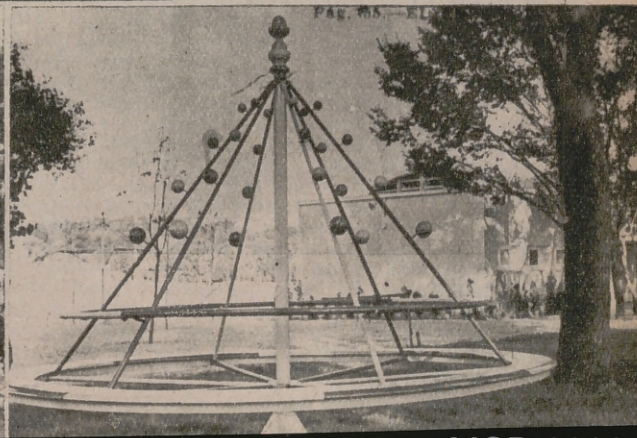
de nos llevamos limpiamente el título de campeones de España de la primera categoría.

—El año 1953 ganamos el título de campeones de la segunda categoría, en Santander. Educación y Descanso celebra siempre en capitales distintas los Campeonatos, para que los obreros que participan en ellos tengan oportunidad de conocer muchas ciudades españolas.

—Hemos visto todas las instalaciones del Parque: el frontón reglamentario, con tres trinquetes de acompañamiento; los dos campos de baloncesto, las dos boleras, la pista de patinaje, para celebrar en ella partidos de hockey sobre patines... Lo mejor de todo ello es que se ha construido para que los aficionados lo puedan utilizar sin más requisito que pertenecer a Educación y Descanso. Se ha pensado más en el jugador que en los espectadores, aunque los frontones, el campo de baloncesto y la pista de patines vayan acompañados de graderíos para el público.

Educación y Descanso se ha propuesto que el mayor número posible de sus 250.000 afiliados practique todas las modalidades del ejercicio físico. Campos de deportes, gimnasios, piscinas, carreras ciclistas, partidos de fútbol, combates de boxeo... Nada menos que setenta y cinco mil competiciones ha celebrado en España y en el extranjero. La práctica de los deportes, que era hasta hace poco un lujo asequible tan sólo a las clases acomodadas, hoy está al alcance del más humilde de los trabajadores. Y de igual forma que la Obra Sindical Educación y Descanso, mediante una serie de instituciones, vela para que las masas trabajadoras disfruten de los bienes de la cultura, vela también por su alegría, su salud y el deporte. Así ha ido cubriendo el mapa de España de toda clase de instalaciones deportivas: Vitoria, con su campo de fútbol;

La pista de hockey sobre patines y el parque de juegos infantiles de esta magnífica instalación deportiva sindical



Cornellá, de baloncesto; Las Palmas, con su gimnasio; Bilbao, con el campo San Ignacio; Tarracón, de fútbol... Y Albacete, igual que Madrid. El Ciego y Moncada, Alicante, Valls, Tarraçona, Vallecas, Brunete, Sabadell... Todas estas instalaciones, sin descuidar la red de Residencias para las vacaciones y de Hogares, que se alzan en la montaña, al aire y al sol, junto a lo mar; son 41 Residencias, diseminadas estratégicamente aquí y allá, en los rincones más saludables y alegres. Y sin olvidar tampoco la organización de viajes para los obreros, para que, conociendo a España, se la ame más aún, y llevándoles al extranjero, para que no vivan de espaldas a lo que ocurre lejos de nuestras fronteras. Con los kilómetros de viajes organizados habría para formar una cinta que diese setenta y cinco veces la vuelta al mundo.

MIL SEISCIENTOS CONCURSOS FINALIZAN EN LOS II JUEGOS DEPORTIVOS

Estos II Juegos Deportivos Sindicales, que inaugurarán oficialmente el Parque de Puerta de Hierro, son las competiciones finales de más de mil seiscientos concursos celebrados al cabo del año. Se inician éstos en el ámbito provincial y se proclaman los campeones provinciales de las distintas especialidades. El premio a esos campeones es la participación en el torneo nacional. Son veintisiete las especialidades deportivas que practican los afiliados a Educación y Descanso: educación física, ciclismo, fútbol, balonmano, remo... Manolo Martínez, jefe de Deportes de Educación y Descanso, explica:

—Todos los que participan en los Juegos Sindicales son trabajadores e intervienen como simples aficionados; excluimos a los jugadores profesionales o federados. Nuestro intento es formar deportivamente a las masas trabajadoras, para que luego, los que lo deseen, pasen a las distintas Federaciones. En estos Segundos Juegos Sindicales intervienen los campeones provinciales de las siguientes especialidades: baloncesto, balonmano, bates, educación física, fútbol, hockey sobre patines, y patinaje artístico y, por último, pelota a mano. Esto ha supuesto traer a Madrid a unos cuatro mil productores de las distintas provincias.

Son cuatro mil obreros que traen con su presencia en el Parque Sindical la representación alegre, joven y optimista de las masas trabajadoras de todas las regiones españolas. Vienen a la capital con viajes y gastos de alojamiento sufragados por la Obra Sindical Educación y Descanso, calculados unos y otros en sesenta pesetas diarias por deportista. Además, la mayoría de las Empresas, conscientes de lo que significa el deporte para la formación de sus productores, pasan a éstos el jornal sin descontar los días de estancia en Madrid de las vacaciones reglamentarias. Empresas como Acumuladores Tudor, de Zaragoza; Vasco Asturiana, de Oviedo; Azucarera del Carrión, de Pa-

lencia; Empresa I. M. N. S. A., de Navarra; Gaselec, de Melilla, han enviado su embajada deportiva a Madrid mientras los compañeros de trabajo viven junto a las máquinas y los hornos, pendientes de la actuación de los deportistas que los representan.

Antonio Valle es un simpático obrero textil de Cataluña; viste una flamante camisa a cuadros de colores vivos:

—En el tablón de anuncios que hay a la entrada de mi fábrica se ponen todos los días los resultados de los partidos que hemos jugado, y si ganamos se organiza una buena...

Interviene José Vila preparador del equipo de baloncesto campeón de España:

—Mi profesión es contable y mi devoción es el deporte; llevo veintisiete años entrenando equipos de baloncesto, y a pesar de los triunfos deportivos que he alcanzado, mi mayor satisfacción es que en cuantas competiciones han participado mis chicos nos han felicitado por la caballerosidad y el espíritu deportivo de todos ellos.

Antonio Valle juega de centro en el equipo dirigido por José Vila:

—Don José es el mejor entrenador de España; ha preparado a los mejores conjuntos, entre ellos al de la Sección Femenina y al Juventud. Lo malo es que tiene muy mal genio cuando está entrenándonos...

La conversación la interrumpe Julián del Pozo, que representa tener unos cincuenta años y que viste modestamente:

—Yo soy limpiabotas; trabajo en una peluquería de Barcelona. Tengo tanta afición al deporte que no he podido pasarme sin venir a Madrid para ver jugar a los equipos que representan a Cataluña. He venido con ellos y me he ofrecido a limpiarles los zapatos para que cuando salgan a la calle puedan presumir con las madrileñas. Porque yo he nacido en Madrid, donde hay las chicas más guapas del mundo. Llevo treinta y tres años trabajando en Barcelona; allí se cobra tres pesetas el servicio de limpieza y mantengo bien a mi mujer y a mi hijo. Pero a los de mi equipo les limpio los zapatos gratis todas las veces que quieren.

El mismo entusiasmo que el de estos aficionados es el entusiasmo de los jugadores de los veinte equipos de baloncesto, de los diez de fútbol, de los dieciséis de balonmano, de los veinticuatro de pelota, de los veintinueve conjuntos de educación física que participan en estos II Juegos Deportivos Sindicales. Cada equipo representa a una provincia y todos ellos han venido a Madrid con los jefes de deportes provinciales de Educación y Descanso y con el alegado de equipo de las Empresas. La organización de los Juegos ha sido minuciosa. Todos los participantes al llegar a Madrid tenían en su poder instrucciones completas que abarcan desde el horario y lugar de celebrar los partidos, hasta el punto de salida y el número de los camiones que han de utilizar para

los desplazamientos. Nada menos que treinta camiones Pegaso con remolque se han puesto al servicio de los participantes, cada uno de ellos con capacidad para 200 plazas.

TARRAGONA, DESPUES DE PUERTA DE HIERRO

Quede quien quede campeón, ya sea el equipo de pelota a mano de la Empresa SEAT, de Barcelona; o el de hockey sobre ruedas de SNIACE, de Santander, o el de bates de la Cofradía de Pescadores, de Ribadeo; o el de «La Seda», o el de la Hermandad, de Villarrobledo; RENFE, de León; o La Papelera Española, lo más importante de estos II Juegos Deportivos Sindicales se ha logrado. Que las masas trabajadoras cultiven el amor al ejercicio físico, al aire libre, al sol y al agua. Además de este objetivo principal, la Obra Sindical Educación y Descanso colabora decisivamente al auge del deporte nacional iniciando la formación de atletas y jugadores que más tarde serán figuras en las distintas especialidades. Bahamontes comenzó sus actividades ciclistas en competiciones de Educación y Descanso, lo mismo que los futbolistas Saso, Callejo, Ruiz Losco... Para fomentar el deporte del esquí, la Obra ha fundado para sus afiliados una Escuela en el Puerto de Navacerrada, con cinco profesores para sesenta inscritos, a cuyas clases han asistido desde el embajador de Costa Rica y su hijo, a título de socios honorarios, hasta el matrimonio madrileño Núñez de Celis, con su hija de cinco años; Julita Díaz-Agero, con nueve años, y José Martín Soria, con más de cuarenta. El profesor de esta Escuela, la Enrique Núñez Ballester, no habla del resultado de sus esfuerzos:

—Hemos iniciado a muchos deportistas con la satisfacción de haber descubierto auténticos valores. Uno de ellos es Salvador Jiménez, que con dieciocho años es un superdotado para el esquí. Si no se malogra y conserva su gran espíritu deportivo tendremos en él a un futuro campeón de España en descenso y habilidad.

En esas jóvenes promesas está el fruto de la actividad deportiva de Educación y Descanso, de sus 32.186 partidos celebrados durante el año 1954, con un total de más de 122.000 jugadores.

Cuando el júbilo de los campeones de estos II Juegos Deportivos Sindicales se haya apagado; cuando regresen a sus hogares los cuatro mil participantes venidos de las provincias, ahí queda esa realidad del Parque de Puerta de Hierro por obra y gracia del trabajador español que quiere vivir alegre, sana y deportivamente. Y ahí están, en manos de arquitectos y técnicos, la Memoria y el proyecto de la Ciudad Residencial de Tarragona, una más entre las cuarenta y una Residencias y 500 Hogares de Educación y Descanso, que también por obra y gracia del trabajador español será única en Europa.

Alfonso BARRA

(Fotografías de Mora.)

FESTIVALES AL AIRE Y AL SOL DE ESPAÑA

Desde Montjuich a Sevilla, pasando por Granada a la plaza de los Arcos de Santander

Veintiún provincias montan sus escenarios cara al pueblo

LOS más bellos escenarios naturales de nuestra Patria se han llenado de luces multicolores. Como en una invasión de milagrosas luciérnagas, desde el casi olvidado teatro griego de Montjuich o la plaza porticada de Santander a los espléndidos escenarios gaditanos, y desde la glorieta Azul de Sevilla a la sobria y musgosa plaza de la Catedral de Oviedo, en España se han encendido las luces de sus festivales. Bambalinas ideales de viejas piedras y de nuevos verdes. Entre ellas resuenan las doces de nuestros mejores intérpretes teatrales, se desmaya la gracia frágil de esas muñecas de «ballet», como hechas en serie. Y el aire se llena de sinfonías. Canta Brahms y truena Wagner. Y todo bajo el cielo, al aire libre, cara al pueblo de España.

Una verdadera epidemia de arte recorre nuestras provincias. Desde que los primeros calores primaverales se dejan sentir, comienzan los Festivales de España. Hoy, aquí; mañana, en otra o en otras provincias. En torno a fiestas y ferias unas veces, y otras aprovechando el momento de mayor afluencia turística, se organiza el festival. Ya no son sólo los tradicionales gigantes y cabezudos, tarascas y otras deliciosas garambainas con fondo de tracas y cohetes. Es algo más —mucho más— que eso. El gusto por más refinadas manifestaciones del arte penetra hoy en nuestras masas populares gracias a



los Festivales: teatro, «ballet», música sinfónica llegan ahora hasta el seno mismo del pueblo.

DE DOS A VEINTIUNA PROVINCIAS: FESTIVALES EN TODA ESPAÑA

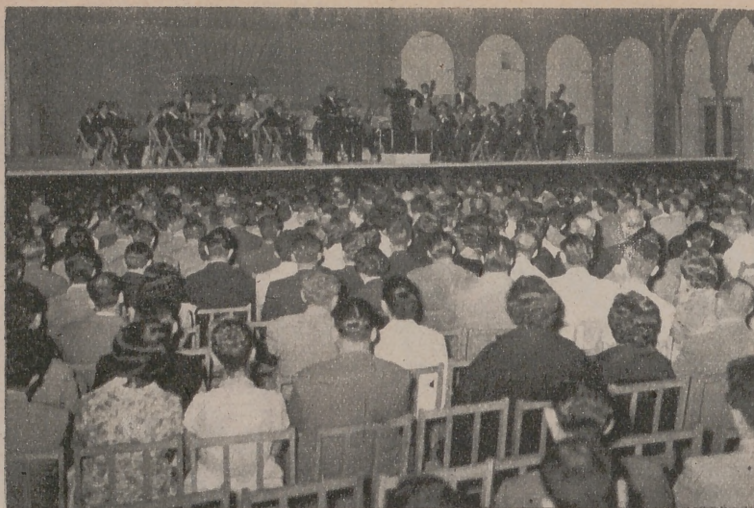
Desde luego que no hemos inventado nosotros los Festivales. La tradición del festival existía desde hace mucho en viejas ciudades europeas. Y si festival quiere decir aire libre, y quiere decir enlace entre las más altas manifestaciones del arte y el pueblo mismo, tendríamos que echar una carrerita hasta las páginas de la historia de Grecia para enterarnos bien de que aquellos señores ya sabían mucho de esto. La civilización ateniense fué arte y pueblo. Y arte y pueblo son los Festivales de España.

En Santander, desde el año 1948, hubo precedentes de los actuales festivales que organiza el

A pesar de la lluvia, el público, refugiado tras los paraguas, asiste a uno de los Festivales de Santander

Ministerio de Información y Turismo. Eran festivales un tanto minoritarios, porque se hacían en torno a las actividades de la Universidad de Verano «Menéndez y Pelayo». Conciertos y representaciones que tuvieron en un principio un carácter universitario, y que entonces la Delegación de Educación Popular planeó para dar a conocer de un modo más o menos sumario a los estudiantes extranjeros lo que era nuestro panorama artístico actual.

Pero intervino el público. El pueblo asistía a los conciertos, se interesaba por ellos tanto como pudiesen interesarse los universitarios auténticos de playa. Se interesaba por el teatro clásico y se interesaba por cuantos acontecimientos artísticos tuviesen lugar



La Orquesta Sinfónica de Baviera, en el Alcázar de Sevilla

en torno al palacio de la Magdalena. Fué una revelación, una verdadera sorpresa. Masas de público—masas modestas de pescadores y artesanos—que jamás en sus vidas habían presenciado un «ballet», se entusiasmaban hasta el delirio con las más difíciles creaciones de la danza clásica.

La idea de los Festivales—de unos festivales populares, con precios al alcance de todos—gana adeptos. Sevilla hace suya la idea. Y, al fin, con un amplio y ambicioso programa de difusión artística, en febrero de 1954, se crea en el Ministerio de Información y Turismo un Patronato encargado de llevar a todas las provincias españolas estos festivales de música, teatro y danza.

Sólo en el pasado año, el Patronato organiza festivales en once provincias. Y en el año 1955 la cifra casi se dobla: veintiuna provincias están incluidas en el programa de los Festivales de España. Y si no se atienden los ruegos de otras provincias—hasta el número de cuarenta—es por falta de medios materiales y económicos, aun teniendo en cuenta las desinteresadas y magnánimas aportaciones de Ayuntamientos y Diputaciones. Y es que el salto de dos provincias a veintiuna—en poco más de un año—, geográfica y técnicamente, es una acrobacia increíble.

DETRAS DE LOS BASTI- DORES

La organización de un festival es algo muy complicado. La organización de veintiún festivales no es mucho más todavía. Porque a veces las provincias quieren que las actuaciones tengan lugar en la misma fecha, o en fechas aproximadas, y los desplazamientos de las compañías y de las orquestas se hacen imposibles. Hay que conjuntar, arreglar, tratar de espaciar los acontecimientos. A veces, en un mes los técnicos tienen que atender a varias provincias casi al mismo tiempo, y los montajes—montajes que necesitarían un mes largo para realizarse—quedan listos en ocho días puesto que hay que desplazarse inmediatamente a otra provincia.

En la oficina de los Festivales, telefonazos, conferencias con el

extranjero, visitas de provincias, cartas. Nadie sabe bien lo que cuesta a veces traer una orquesta de Hamburgo o un «ballet» de París o de Copenhague. Las fechas, los números y las cantidades andan casi siempre por en medio tratando de entorpecer todo lo que pueden. Cada mañana se vive en aquellos despachos una verdadera orgía telefónica.

—Conferencia de Cádiz

—Llaman de Buselas.

La correspondencia es capítulo aparte.

—Llega el «ballet» de Francia.

—A ver esos alojamientos.

De todo hay que cuidar y a todo hay que atender; propaganda, confección de programas. Y siempre una tendencia a abarcar cada vez más. En el año en curso se han celebrado ya los festivales de Cartagena, Canarias (Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas), Ciudad Real, Sevilla, Huelva, Ayamonte, Lugo, Madrid. Se están celebrando los de Pamplona y Gerona, con extensión, además, a Palamós, Tosa, San Feliú de Guixols y Lloret de Mar. Mas tarde han de venir los de Avila,

Segovia, Vigo, Valencia, Santander, Gijón, Cádiz, Almería, Oviedo, Valladolid y Cáceres.

Todo un recorrido.

PROTAGONISTA, EL PUE- BLO. LOS CLASICOS AL AIRE LIBRE... POR CINCO PESETAS

El protagonista real de los Festivales es el pueblo. Por él y para él están realizados, y siguiendo esta presión creciente, las autoridades locales piden al Ministerio de Información ayuda para satisfacer esta necesidad del público. De ahí la importancia de los Festivales.

Los Festivales suponen, en primer lugar, una labor de difusión artística de primer orden. En esta labor de difusión se eleva la cultura del pueblo; por eso los Festivales tienen categoría y significación de verdaderas misiones de arte.

El mundo del arte ha venido siendo largamente inaccesible para las clases populares. En primer lugar, porque los precios de un recital de «ballet» o de un concierto sinfónico no han sido asequibles a todas las clases sociales. En segundo lugar, porque el pueblo no suele ir por su propio pie a buscar estas manifestaciones artísticas.

Por eso, la idea de los Festivales es clara y magnífica: «Si el pueblo no viene al teatro, que salga el teatro a la calle y busque al pueblo».

Y a la calle a buscar al pueblo, han salido nuestros clásicos, los clásicos extranjeros. Han salido los compositores más destacados de la música nacional y extranjera, llevados de la mano por los mejores intérpretes por afamados solistas, agrupaciones y directores.

Y como escenario se busca siempre el lugar amplio, donde se hagan posibles los grandes aforos. Y así los precios de las localidades pueden hacerse mínimos: hasta por cinco pesetas es posible asistir a un recital de «ballet», a un concierto de la Orquesta de Cámara de Zurich, o escuchar los sonoros versos de



Los aspectos de los Festivales celebrados hace poco en Sevilla

Gran Ballet del Marqués
de Cuevas en el concierto
de Chopin



Calderón, cuando no la profunda filosofía de un Shakespeare.

TRES MIL ESPECTADORES EN EL PATIO DE LA MONTERIA. EL TEATRO Y EL «BALLET» CLASICO, FAVORITOS DEL PUBLICO

De esta manera, también los Festivales atienden un segundo objetivo: proteger al arte auténtico.

Porque al aficionar al pueblo a estos espectáculos se amplía el ámbito de acción de los hombres dedicados a estas tareas. Ya no trabajan para minorías, su voz puede llegar a todos. Y al mismo tiempo se ayuda a la empresa a montar obras que ella sola no po-

dria realizar por costosas, y se sacan del olvido obras de arte largo tiempo arrinconadas.

Los resultados son de verdad portentosos. En algún festival sevillano hubo predicciones pesimistas en cuanto a la afluencia de público. En la capital andaluza no se recordaba afluencia de ochocientas personas— en el mejor de los casos—a un concierto sinfónico.

—Veremos a ver—era la única frase de los esperanzados.

Y la sorpresa fué general. Hasta tres mil espectadores escucharon ansiosos a nuestra Orquesta Nacional en el bellísimo marco patio de la Montería. Hombres y mujeres de todas clases sociales, humildes en su mayor parte, oye-

ron a Beethoven en un hermoso codo con codo. Un Beethoven que para muchos era nuevo y casi recién nacido.

Por eso no ha sido ya una sorpresa que el presente año, en la misma capital sevillana, el público agotara las localidades a las cinco horas de abierta la taquilla.

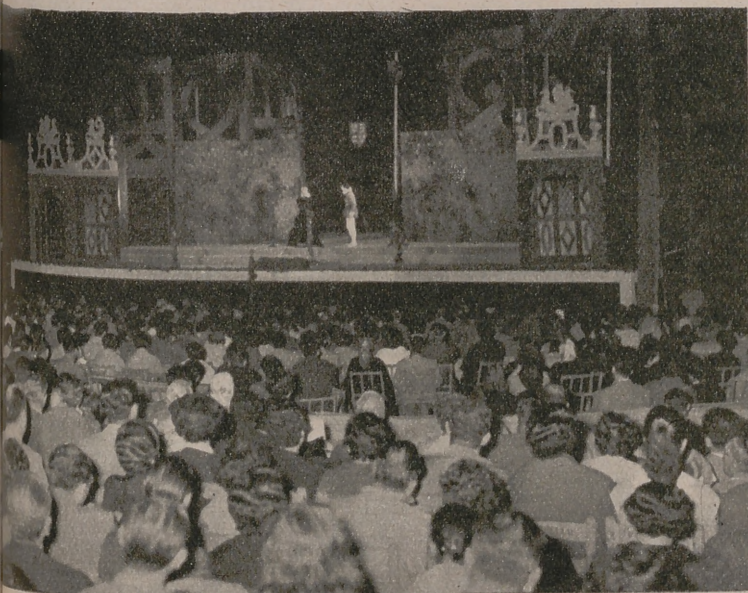
Cantan las cifras de las estadísticas de los Festivales con su voz tonante y todo convincente. Y uno siente escalofríos cuando le cuentan que el total de asistentes, sólo desde abril a septiembre de 1954, se ha elevado a 1.137.127. Y aquí, en esta cantidad, piensen ustedes que están incluidos, ante todo y sobre todo, esas familias marineras y pescadoras de todas nuestras costas, esos mineros de nuestras cuencas, los secos castellanos, bien pegados a su terruño; los industriales y obreros de otras zonas. Y también hasta ese hombre, medio mercachifle, medio soñador, que aprovecha la ocasión para vender chicle y gaseosas en los descansos, y de paso no pagar ese único duro que se le reclamara en la taquilla. El, como todos los españoles, en el fondo, se considera un tanto poeta y un mucho músico. Y en siendo del gremio... todo se queda en casa.

Estos asistentes, estos mismos hombres, se han repartido así en sus predilecciones.

Asistentes a representaciones teatrales ...	628.000
A conciertos sinfónicos...	111.216
A recitales «ballet»...	225.472
A conciertos vocales ...	60.112
A veladas folklóricas ...	112.327

1.137.127

El teatro y el «ballet» se llevan el mayor número de aficionados.





Janine Charrat, la principal bailarina del Ballet de Francia

LOS MINEROS DE MIERES LEEN A SHAKESPEARE, PEDRO CRESPO BAJO LA LLUVIA DE MONTJUICH

Sobre todo, el teatro.

En Asturias, por ejemplo, los Festivales alcanzan, además de Oviedo, a Mieres y Sama de Langreo. Plena cuenca minera. Allá ha ido la compañía teatral de María Jesús Valdés, que en Mieres da la «Fierecilla domada», de Shakespeare.

En el momento de comenzar la representación, el espectáculo —con ser grandioso el del escenario— es casi más impresionante en el improvisado patio de butacas. En él se apiñan hasta cuatro mil

espectadores en su mayoría mineros. Frase a frase movimiento por movimiento, aquellos hombres van viviendo la comedia. La trama les recuerda algo cercano y familiar, problemas de hogar y de matrimonio. Y los alegres asturianos ríen y sienten con «La Fierecilla» que cada vez les llega más al alma. Cuando la representación termina, su entusiasmo es tan grande que María Jesús se ve obligada a adelantarse a las cantilejas y dirigirles la palabra.

Y al día siguiente, en la Biblioteca Municipal de Mieres, se registran treinta y dos peticiones de obras de Shakespeare.

El teatro fascina y arrastra al pueblo español. Nada de chabacanerías y frivolidades. Nuestra masa popular entiende y gusta de nuestros clásicos, porque los casos y las anécdotas se multiplican.

En Barcelona se celebra la Decena de Arte Dramático. En el teatro griego de Montjuich va a empezar la representación de «El Alcalde de Zalamea», cuando empieza a lloviznar. A lloviznar, primero, y luego, a caer agua en cantidad de bastante consideración. Preocupados y cariñosos por lo del tiempo andan los del foso: Tamayo, el Alcalde de Barcelona, funcionarios de la oficina de los Festivales...; nadie sabe qué hacer. Se piensa inmediatamente en suspender la función y devolver el importe de las localidades. Alguien dice de aguardar unos instantes. La lluvia persiste. De repente, desde el foso, se empiezan a oír palmas de impaciencia. Primero son sólo unos cuantos espectadores, luego más, más. Hasta que el patio entero, los espectadores todos, hacen llegar ruidosamente hasta foso y bastidores su deseo de que aquello comience. No hay lugar a dudas: con lluvia y todo el público quiere «Alcalde de Zalamea».

Bajo la lluvia, al aire fresco de la noche de Montjuich, los versos de Pedro Crespo se dejan oír impresionantes.

Y bajo sus paraguas, con los cuellos de las gabardinas alzados, los espectadores permanecen hasta el último verso sentados en sus sillas.

EL «BALLE» EN LOS FESTIVALES. BEETHOVEN Y LA PESCADORA

Si esto ocurre en cuanto al teatro, en cuanto al «ballet» la cosa se vuelve aún más emocionante.

Ya hemos apuntado que ésta ha sido una de las grandes sorpresas de los Festivales: el descubrir una gran afición y sensibilidad del pueblo español hacia esta manifestación artística. Mientras en el pasado año sólo Santander y Gijón llevaron «ballet», en 1955 rara es la provincia que no pide llevar «ballet», con machacona insistencia. En cuanto a «ballet» español, el de Pilar López, en el «Sombrero de tres picos», de Falla, llevó nada menos que 7.000 espectadores a la plaza de la Catedral de Oviedo, bajo un toldo de 4.000 metros cuadrados... por aquello del «crayú». Y esto entre gentes que no tenían una educación anterior de este tipo, pues sabido es que en España no abundan las agrupaciones, sobre todo de «ballet» clásico.

Y el «ballet», como medio de

difusión musical tiene una gran importancia. Porque es un medio plástico de hacer llegar hasta el pueblo música difícil y de hacerle entrar de lleno en el terreno de la música sinfónica. Aunque la sensibilidad musical, contra lo que se ha venido afirmando, existe, y muy aguda, en nuestro país. Lo que ocurre es que esta sensibilidad hay que cultivarla.

Por eso, el episodio de aquella pobre mujer pescadora que se presenta en Radio Cantabria con su duro en la mano:

—Vengo a pedir la «Novena sinfonia», de Beethoven. Mañana es el santo de mi marido y quiero que ustedes se la dediquen.

Y la pobre mujer sostiene su duro, frente a los ojos de los atónitos funcionarios.

—¿La «Novena sinfonia»?

—Sí. Yo no la había oído antes, pero la oímos mi marido y yo el año pasado en el festival y nos gustó tanto que quiero que se la dediquen mañana.

Ya pueden comprender que Radio Cantabria se revolucionó aquel día de arriba abajo. Y que al emisión del día siguiente aquella en la que se incluyó la «Novena sinfonia», le fué dedicada íntegra a la pescadora y a su marido.

EL ARTE VUELVE AL PUEBLO

Puesta en cifras, la labor del Patronato de Festivales de España, resulta colosal. En un total de 304 representaciones intervinieron siete compañías de teatro, cinco Orquestas Sinfónicas, seis compañías de «ballet» y siete Masas Corales. En total toman parte cuarenta y cinco elencos artísticos, nacionales y extranjeros, y 1.450 intérpretes.

Y a todo esto, la labor propagandística realizada tanto en España como en el extranjero resultó fabulosa. El grito multicolor de los artísticos carteles murales se ha lanzado a todas las esquinas patrias y posibles rincones extranjeros. En total son 80.000 carteles murales generales y más de 160.000 carteles murales diarios. Propaganda atrayente de motivos simples y populares, carteles vivos y directos, como el arlequin que este año anunció el festival de Sevilla, o de una pureza casi infartil, como el mismo cartel general de los Festivales.

Luego quedan los trípticos, que repiten el motivo del cartel particular del festival, los programas de mano. En ellos, nombres gloriosos, Marian Anderson, Antonio y muchos otros, desde los Cuartetos Húngaro y Vegh, orquestas de Hamburgo, Zurich, hasta nuestra Nacional y Sinfónica de Madrid, «ballets» de Francia, Helsinki, Montecarlo, y solistas, bailarines e intérpretes cuyos nombres son famosos en España y en el mundo.

Los viejos escenarios españoles resucitan al conjuro de esta verdadera movilización artística.

Y el pueblo, que creó música y teatro en los anchos patios descubiertos y en los atrios de las catedrales, vuelve a encontrar ahora, junto a las mismas viejas decoraciones, las olvidadas farsas y melodías que en él tuvieron su origen.

María Jesús ECHEVARRIA

LA LUCHA POR EL URANIO

**EL MODERNO ORO DE UNA
EPOCA DIFICIL Y AGITADA**

VERNON PICK, UN

BUSCADOR DE AHORA

CON TEMPLE DE VIEJO RASTREADOR DE TESOROS, SE HA HECHO MILLONAR

LA AZAROSA VIDA EN EL DESIERTO EN BUSCA DE LA FORTUNA

○ CHO meses a la desesperada y en la soledad del desierto. La barba crecida y el ancho y arrugado sombrero de cow-boy protegiendo la mirada enrojecida. La camisa kaki, las botas de cuero y caucho y la mochila a la espalda. En la mano, del tamaño de un pequeño aparato de radio, el contador Geiger, un delicado instrumento sensible a las radiaciones naturales emitidas por el uranio.

Ese personaje tiene un nombre: Vernon Pick. Su historia comenzó así. Un día se le incendió su casa, que había construido y levantado con sus propias manos y en la que había invertido todo su capital; pero mal asegurada, no recibió nada más que una corta cantidad de dinero. Vernon Pick, que tiene algo del duro y entrañable gesto de los viejos conquistadores del Far-West, hizo del dinero dos montones iguales. Dió 6.000 dólares a su hija Virginia y la deseó buena suerte para que encontrara un empleo en Minneapolis; después cogió a su mujer de la mano y la dijo: «Tenemos el derecho de esperar un cambio de fortuna.»

Vernon Pick no tenía nada decidido, nada concreto. Por lo pronto, le atraía ir a Méjico. Hacían planes, sobre el viaje y se ponen en marcha, pero cinco meses después no han llegado. Una noche, cuando Ruth y Vernon se encuentran en Colorado Spring oyen hablar, por vez primera, de los buscadores de uranio. Desde hacía tres años la Comisión de Energía Atómica buscaba por todos los medios el desarrollo de las fuentes naturales del país en materiales radiactivos. Uno de los sistemas era ayudar y aconsejar a los buscadores, comprarles sus minerales a buenos precios y estimularles para la aventura. Vernon Pick ve que en Co-

lorado Spring hay ya aventureros, gentes montaraces y vivas, que cruzan las montañas en procesiones parecidas a las que un día recorrieron los Estados Unidos en busca del oro.

Cuando vuelve al hotel, Vernon, le dice a su mujer: «¿Ponemos 5.000 dólares en el negocio?»

Ruth mira a su marido y le recuerda que es casi todo el dinero de que dispone.

«Al fin y al cabo —dice Vernon—, si sale mal estaremos tan pobres como antes.»

LA TECNICA DEL BUSCADOR

Se entera Vernon que buscar uranio no es, al fin y a la postre, como buscar pepitas de oro. Se necesitan unos mínimos conocimientos imprescindibles. En la región existe una representación de la Comisión de Energía Atómica que proporciona unos manuales.

Lo primero que hay que comprar es el detector Geiger, que cuesta a Vernon Pick, 99,50 dó-

Arriba: Vernon Pick, el buscador de uranio norteamericano que se convirtió en millonario de la noche a la mañana.—Abajo: Un cargamento de uranio en Fort Smith (Canadá)



lares. Se entera por los periódicos que mucha gente, familias enteras, cuando salen de vacaciones los fines de semana se llevan con ellos detectores por sí, casualmente, a la hora de la pesca o del baño, salta la liebre prodigiosa de la radiación.

El aparato Geiger indica instantáneamente la presencia y la importancia de la desintegración. «contando», por «golpes» de segundo, la intensidad de la radioactividad. Cuando llega a 500 se ha encontrado un buen filón. Pero Vernon tiene que comprar, igualmente, las lámparas ultravioleta a la luz de las cuales las huellas del mineral radioactivo aparecen de forma fluorescente. Queda el electroscopio, cuya utilización está basada sobre el hecho de que el aire es conductor en presencia de un cuerpo radioactivo.

Todas estas razones teóricas pierden su sentido para los buscadores. Estos no aprenden nada más que las consecuencias prácticas. Por ejemplo, el electroscopio tiene unas pequeñas láminas que toman el color rojo cuando existe en la proximidad el menor síntoma de radioactividad.

Las lecciones experimentales son, de igual forma, muy sencillas. El uranio, generalmente, puede encontrarse tanto en las rocas cristalinas (granito, etc.), como en las tierras sedimentarias. Los minerales que poseen un porcentaje alto de uranio suelen estar en las masas rocosas cristalinas y los de menor porcentaje, a su vez, en las tierras. Pero la detección es imposible desde las capas superiores del suelo si están formadas por tierras vegetales. En este caso el aparato Geiger no percibe la radiación. Una completa revisión requiere el pico y la pala, la azada y, según Vernon Pick, la paciencia.

SOBRE UN MAPA ARRUGADO, EL DESIERTO

Sobre la mesa del matrimonio Pick hay un mapa azulado. El dedo de Vernon va señalando a su mujer, a Ruth, la región que va a explorar. Ha escogido la más difícil. Ha puesto la mano sobre las Montañas Rocosas.

Vernon deja el resto del dinero a su mujer y parte solo. Durante casi un año este soldado de la aventura, no hace otra cosa que marchar. La meseta del Colorado, para los geólogos, es un inmenso y desolado museo natural.

El solitario Vernon Pick no se asusta de todo ello. Busca, incesantemente, por lo más hondo de los «cañones», desde cuyo hondo ventisquero las montañas parecen hundidas en las nubes. El no sabe precisar porque clase de regiones geológicas anda. No sabe cuando llega a las rocas de Morrison —dice Life Magazine— que está frente a un mundo que evolucionó 150 millones de años antes de Jesucristo. Un instinto misterioso le fija allí. El aparato Geiger le va señalando, constantemente, con sus pequeñas palpitaciones, que en la zona existe uranio.

Tiene que hacer una y otra vez expediciones hasta Hanksville, en

el Utah, para recoger viveres y agua.

Lo curioso es verle llegar a Hanksville. Hanksville es el último centro civilizado antes de adentrarse en el desierto. «Algunas casas—dice un testigo—, una tienda donde se vende de todo y cuarenta hombres, cuarenta habitantes que hacen todos la ruta de los buscadores de uranio. El centro de ese mundo, que parece extraído de una novela, es la tienda

En ella se encuentran todos; pero el solitario Vernon adquiere una fama peligrosa: como un susurro comienza a decirse que se trata de un agente del F. B. I. que vigila todo el sector. Nadie sabe lo que puede pasar. En su último viaje a por provisiones, Vernon se encuentra el fin de sus fuerzas y de su dinero: no hay ya nada más que 300 dólares. Y, aun así, decide realizar la última tentativa. Sale de Hanksville y días más tarde, después de horas de trabajo, llega a un terreno de color amarillo, del amarillo del huevo. El aparato Geiger comienza a dar las más altas frecuencias. «¡Qué oficio asombroso! Yo no cambiaría ese momento por un Imperio», dirá después.

El sondaje posterior sirvió para comprobar la existencia de un filón de uranio muy importante y considerable. Vernon Pick se convirtió así en el primer multimillonario de los buscadores de uranio. Ha sido, además, en Norteamérica, el símbolo de la nueva época.

Casi todos los Estados del mundo, como en Norteamérica, han pasado por esa ola nostálgica de una nueva quimera del oro. En el caso de Francia, sus geólogos han realizado estudios de la tierras que, posiblemente, contengan uranio, y la Comisión de Energía Atómica ha delimitado perfectamente las zonas que serán inspeccionadas exclusivamente por el Estado y las regiones en las que se permite la libre iniciativa individual para su búsqueda. Se establecen una especie de compromisos o garantías entre el Estado y los buscadores: el Estado enseña y plantea pedagógicamente las fórmulas para que los buscadores que no tienen un mínimo conocimiento de la materia salgan victoriosos. Les compra, además, el mineral que encuentren.

No hay que decir, sin embargo, que son los Estados, con sus poderosos medios de investigación y control científico, los que llevan el peso del asunto. Por otra parte, la simple consideración del papel que desempeña el uranio en la energía nuclear sitúa sus descubrimientos en el terreno de la defensa nacional.

Queda en esa fase del descubrimiento y de la utilización del uranio la interrogante sobre las reservas que puedan existir de mineral en el mundo. Según Julliot-Curie, no exceden de los 25 millones de toneladas.

Al compás de las dificultades para su localización surgen las de su explotación. Una mina puede exigir enormes inversiones de capital no sólo por el coste de la extracción, sino por las operaciones posteriores de la refinación, primero, y de la transformación del uranio en plutonio,

después, para la producción de la energía nuclear. Todo implica la puesta en marcha de reactores atómicos y de una complicada maquinaria científica e industrial. Suecia, que se dedica desde hace tiempo a la producción de uranio, ha venido consiguiendo de las extracciones que realiza en los campos petrolíferos de Karnstorp un rendimiento de tres kilogramos de uranio por tonelada.

PERO HABRA TODO EL URANIO QUE SEA NECESARIO

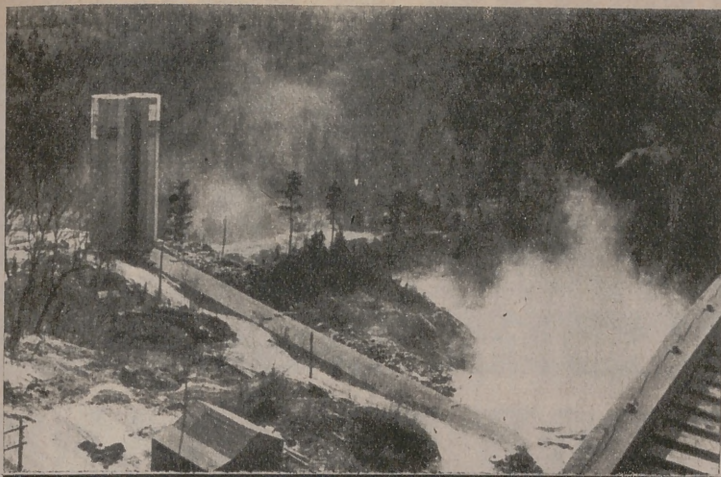
Pero hasta mayo de 1953 la posibilidad de utilizar reactores y combustibles atómicos como una de las fuentes principales de energía industrial no había salido del campo de las teorías. Se tropezaba con dos obstáculos considerables. El primero era el costo del combustible en fisión pura, «que nunca se ha determinado, pues sólo se obtiene para fines militares y no puede adquirirse libremente. Sin embargo, se sabía con certeza que el costo por kilogramo era muy elevado. El segundo obstáculo residía en la duda de si habría en el mundo entero bastante uranio en los yacimientos minerales para abastecer las necesidades de la industria atómica. Uno y otro obstáculo quedaron eliminados al proclamarse el éxito obtenido con el reactor-generator experimental, instalado por la Comisión de la Energía Atómica de los Estados Unidos en Arco, Idaho. De un solo golpe el suministro de uranio quedaba prácticamente multiplicado por 140, y el precio efectivo del combustible quedaba casi reducido a cero. El reactor-generator constituye uno de los adelantos más importantes en el campo de la utilización de la energía atómica.

EN AFRICA DEL SUR, CON EL ORO, EL URANIO

África del Sur ha sido siempre, en la imaginación y la aventura, la ruta más portentosa de los buscadores de oro. Es la primera productora mundial del metal amarillo y nadie podía pensar que llegaría un día que los accionistas de las minas recibirían, al mismo tiempo que el áureo regalo, una participación aumentada en las acciones: era el uranio.

Resulta que hace cuarenta años, por 1915, el doctor Rogers hundía sus curiosas manos de investigador en las tierras movilizadas en torno a las minas de oro, constituidas por dunas enormes o tierras mezcladas de gangas minerales. Cuando las sometía al análisis del laboratorio descubre en ellas materiales radioactivos y otros desconocidos o inutilizables. El doctor Rogers publica en una revista científica el resultado de su experiencia y no vuelve a ocuparse más del asunto. Nadie además da valor utilitario ninguno al descubrimiento de ciertos elementos radioactivos en las tierras que cubren las minas de oro. ¿Hay acaso en el mundo mejor negocio?

Tal es la pregunta sin contestación, que se ofrecen a sí mismos los accionistas de las compañías auríferas. Pero pasan los años, llega de pronto la Edad



Algoma Central, una de las fábricas de uranio en el Canadá

Atómica y todas las tierras del universo son sometidas al análisis.

Así le llegó la vez a Suráfrica. Antes de que la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos fuera creada, la *Manhattan Project* (una Compañía privada) encarga a un investigador rehace, de una forma total el análisis del doctor Rogers. Cuando se conocen los resultados, la impresión universal es enorme: las tierras de las minas de oro poseen un porcentaje elevado de uranio. ¿Podría concebirse casualidad tan extraordinaria?

El secreto del Estado surafricano cayó inmediatamente sobre la verdadera importancia de la producción; pero nada pudo impedir que se dieran cita allí, a un mismo tiempo, los compradores mundiales y el espionaje. En relación con este último uno fue singularmente famoso.

Los accionistas mantenían celosamente el secreto; el Estado de Suráfrica controlaba meticulosamente la producción. El aumento de los dividendos era oficialmente la única noticia que se permitía; pero tras ella penetró el espionaje.

Uno de los accionistas, Walter Herburn, de nacionalidad alemana, intervino para que la Sociedad pusiera en claro las cuentas. Le amparaba el Derecho; pero hacerlo era tanto como terminar para siempre con el secreto. Unos libros muy importantes, en los que se detallaban los comienzos de la actividad del mundo del oro en la producción del uranio, desaparecieron misteriosamente. La Policía Secreta del Estado, en colaboración con el F. B. I. norteamericano, descubrió una conexión entre Walter y el robo de los libros. Poco tiempo después se llegaba a la conclusión de que el accionista formaba parte del sistema del Agitrop, servicio de propaganda comunista, en África. Detenido declaró que cuantas noticias había llegado a poseer las había comunicado inmediatamente a Rusia. De todas formas, el «affaire» de espionaje terminaba con el misterio. El 29 de abril de 1954 el periódico «Star», de Johannesburgo, decía: «La Unión

Surafricana se puede conceptuar extremadamente feliz por tener sus yacimientos de uranio íntimamente ligados a los del oro, lo cual facilita mucho la producción económica de ambos. Esto viene a dar realidad a la esperanza de que la Unión llegará un día, en la Edad Atómica, a ser, tal como sucede hoy con el oro, el primer productor mundial.»

En los Estados Unidos, a su vez, se pasaba en tres años, de 1952 a 1955, de explotar 200 minas a tener abiertos los negros y oscuros agujeros de 600. A veces, según investigaciones prácticas y sobre el terreno, el uranio se encuentra a treinta kilómetros de profundidad. Nada, sin embargo, ha sido suficiente para disminuir la fiebre del uranio, que, más fabulosa que la del oro, termina por dibujar el contorno de una nueva Edad.

EL URANIO DE RUSIA SE PRODUCE EN CHECOSLOVAQUIA

Detrás del «telón de acero» la situación es idéntica: se investiga por todos los medios posibles para encontrar yacimientos de uranio. Pese a todas las dificultades, se conoce acualmente con cierto detalle la producción total de Rusia y los centros fundamentales de extracción. El más importante es, sobre cualquiera otro, Checoslovaquia.

Por el conducto de diversas personas que han conseguido escapar hasta la Alemania occidental se conoce a la perfección el sistema empleado. Josef Kubačka, un checo de veintiocho años de edad, que después de innumerables peripecias consiguió evadirse del campo minero de Joachimsthaler, ha hecho una declaración jurada, para ser transmitida a las Naciones Unidas, en la que da toda clase de detalles sobre los procedimientos empleados por Rusia para extraer al máximo el uranio checoslovaco.

Según sus declaraciones, no menos de 50.000 hombres, en régimen de trabajos forzados, trabajan en las minas. Se reúnen en ellas, en una Babel dramática con los mismos checos, prisioneros y soldados de las naciones que combatieron hace quin-

ce años a Rusia. En las zonas de explotación, según Richard Sedlacek (un diplomático checo afiliado al partido comunista que huyó de su país), miles de residentes civiles son evacuados por la fuerza para dejar paso a los trabajadores forzados o a los trabajadores contratados, que hacen antes, previamente, juramenta de silencio sobre las actividades que desarrollarán durante su empleo.

Al comienzo de la explotación de los ricos yacimientos de uranio checoslovacos, la presencia rusa, aunque todopoderosa, pasaba más inadvertida; pero desde que se ha producido el gigantesco avance de la industria atómica norteamericana, las cosas han cambiado completamente. La Policía Militar soviética domina todo el conjunto, y la producción se aumenta a riesgo de las vidas humanas.

Los centros principales, aparte de la zona citada, se extienden por Jachymov, Stribro, Paldubice y Ceska Trebova. Cientos de trenes mensuales salen de estas regiones con destino a las industrias rusas. Se calcula que el rendimiento de Checoslovaquia llegará a las 1.500 toneladas de metal puro.

ESPAÑA, ENTRE LOS PAISES MAS IMPORTANTES DEL URANIO

De todos los países, es Bélgica el principal productor de uranio. El núcleo principal de extracción es la enorme mina Shinklobwe (en el Congo belga), enviando la mayor parte de la producción a los Estados Unidos. Según el «New York Times», el alcance total del uranio belga supera las 11.000 toneladas.

Detrás vienen Canadá, Estados Unidos, Checoslovaquia y España. Según los técnicos, la vena principal del uranio español cruza toda la Península Ibérica y pasa por las montañas de Sierra Morena, en el Sur. Los portugueses, que desarrollan igualmente toda clase de trabajos exploratorios, se han decidido por una zona de 12.000 kilómetros cuadrados, que está limitada al norte por el río Duero. Los técnicos portugueses calculan las posibilidades anuales de uranio en 250 toneladas.

La situación de España es, en el conjunto de los países europeos, evidentemente privilegiada en cuanto a este mineral. Si se tienen en cuenta además los descubrimientos franceses de uranio en el sur de Francia, puede pensarse que en los Pirineos, como ya se ha citado en alguna ocasión, se encuentren yacimientos importantes. El hecho cierto es que, para los observadores científicos, España es un país ciertamente importante en este apasionante y profundo juego de buscar el nuevo tesoro: la nueva energía del mundo futuro.

En la situación de lucha actual por los mercados y los filones, cada pueblo multiplica sus fuerzas para ocupar, dentro de la Edad Atómica, el lugar de privilegio que implica el tener el elemento fundamental: el uranio.

Enrique RUIZ GARCIA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

LA LUCHA POR EL URANIO



Nuevos pueblos han surgido junto a los yacimientos de uranio en las duras tierras del Colorado americano. Los buscadores de este codiciado tesoro vuelven otra vez a vivir épicas jornadas como en los antiguos tiempos del viejo Far-West



En esta página recogemos varios aspectos de los hombres que se han entregado a esa dura lucha por el uranio

